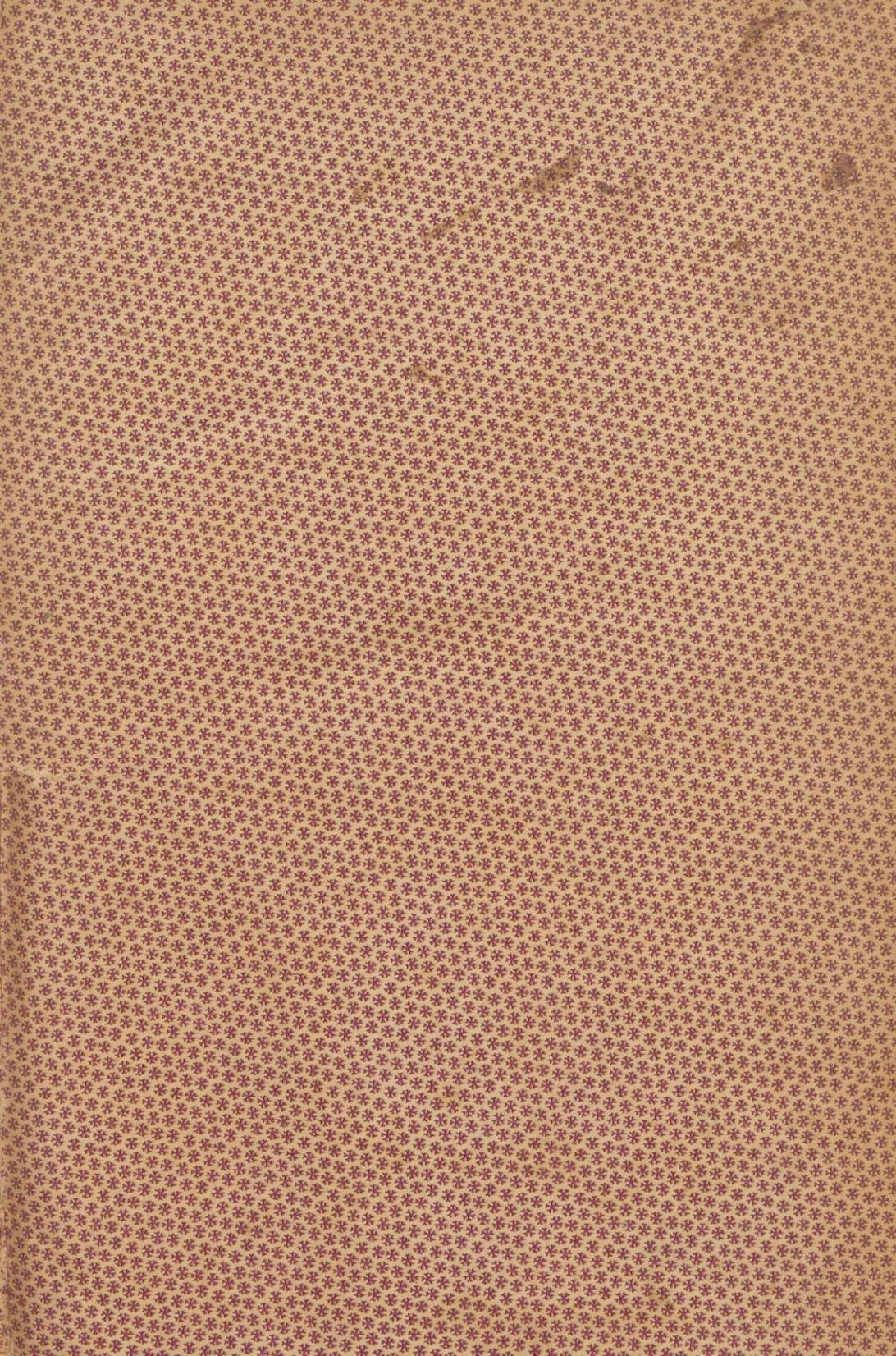




LIBRERIA
DE LA
VIUDA DE CACTO
LIBRERIA D.
CÓRDOBA.



24 cm
R-40-743
BIBLIOTECA-LIBRERÍA * TOMO



JULIO VALDELOMÀR Y FÀBREGUES

1
0
479

LUZ
MERIDIONAL
POESÍAS

CÒRDOBA

Imprenta, librería y litografía del DIARIO

San Fernando 34 y Letrados 18

1889

1881

MEMORIAL

OF

THE

MEMORIAL

1881

BIBLIOTECA-LIBRERÍA TOMO

CARTA PRÓLOGO

Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo.

Faltaría á uno de los más elementales deberes de gratitud, carísimo y respetable amigo, si al decidirme á publicar mi primera obra, con este humilde libro de versos, alentado por el acicate de la amistad, y ayudado por el Excmo. Ayuntamiento de Córdoba, á quien debo gratitud por la subvención que tuvo á bien concederme, no encabezase las páginas de mi colección de poesías con su ilustre nombre, siempre para mí querido y respetado.

El vá unido á la fecha del suceso más fausto de mi vida, á la unión con mi adorada compañera, que V. se dignó apadrinar el año próximo pasado, dispensándome de este modo alto honor, y haciendo nacer en mi corazón, henchido desde entonces de santa y pura felicidad, hondo reconocimiento y gratitud, que no debe ni puede olvidar nadie que de bien nacido se precie. ¿Cómo pagar—me preguntaba yo entonces—favor tan señalado, distinción tan inmerecida? y hé aquí que hoy, al ver terminadas las cuartillas de versos que forman este volúmen, he venido á contestarme aquella pregunta, apresurándome desde luego á dedicárselo, por más de que me halle profundamente convencido de que este ramo de humildes flores, nacidas en mi alma al calor de esta *Luz Meridional*,—así se titula este librito,—sean pobre ofrenda á sus reconocidas bondades y esclarecido talento.

Ya lo he dicho, flores humildes, mis pobres versos, no encierran ni se encuentran valorados por méritos literarios, cuya falta notará, desde luego, el Aristarco menos exigente, y si algo se les encontrara de bueno—¿qué digo bueno?—de menos malo, sería, sin duda, el estar inspiradas en el hermoso lema que lleva escrito en el corazón todo buen español:

Patria, fides y amor. Andalucía, tierra bendita, donde V. como yo, tuvo la dicha de nacer, háme inspirado en su mayor parte, haciéndome sentir, con vigores de desbordados anhelos de amor, la naturaleza, y los cuadros espléndidos, y las costumbres y fiestas alegres de esta hermosa tierra; la fe, ese hermoso lenitivo que lleva tantos consuelos á el alma, ha sido causa, de que escriba otras poesías, nacidas del corazón y escritas con lágrimas, y por último el amor, esa eterna y sublime aspiración, á la que no es dable, jamás sustraerse, dióme motivo, para trasladar al papel, en horas de insomnio, ó en otras, no menos mortales de negras melancolías, impresiones, ora tristes, ora más felices, de esas que no se olvidan nunca, porque ellas forman el santuario de nuestros recuerdos, y recordar—como ha dicho alguien—es vivir.

Oleadas de luz, de sol de Andalucía, cuadros alegres, risueños paisajes, nieblas del alma, consuelos de la fe, anhelos de amor, lágrimas y suspiros, pasajeras alegrías, y algo que eterno é inmutable queda, porque afecta á el alma, y esta es imperecedera, tales son los elementos que entran á componer este libro, empapado, por decirlo así, en algunas de sus páginas, de fantasías morunas, y de consejas cristianas, de ecos de la guitarra, y de incienso de las flores que despiden los campos de mi Andalucía. Acéptele, pues, en prueba de reconocimiento y acendrado afecto, y si mañana, pobre poeta ignorado, mi oscuro nombre lograra ser repetido ó recordado por alguien, cabráme la satisfacción de volver mis ojos á estas páginas, y mirándolas con doble cariño del con que hoy las miro, ver á la puerta de ellas su nombre, por tantos títulos ilustre, unido al del humilde vate cordobés.

De V. devotísimo agradecido amigo

Q. B. S. M.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.

Córdoba 11 de Marzo de 1889.

PARTE PRIMERA

LUZ MERIDIONAL

DE MI TIERRA

LUZ MERIDIONAL

PROEMIO

Mucho tengo soñado, y sin embargo,
No ceso de soñar
Que el alma del poeta necesita
De sueños nada más.
Presa de una nostalgia incomprensible
De recóndito afán,
En mis ojos noté días tras días
¡Lágrimas de pesar!
Y canté sin saber lo que cantaba,
Y en un sueño eternal
Me acarició el amor, y sentí el fuego
De un oculto volcán.

La hermosa Andalucía fué la musa
Que me llegó á inspirar;
Hirió su luz intensa mis pupilas,
Cegué á su claridad....

Y en ceguera de amor, pudo mi pluma
Torpemente espresar
¡Algo de aquel amor que yo sentía
Y que no morirá!

¡Morir! De la guitarra los sonidos
Nunca morir podrán
Ni esos cantares donde graba el pueblo
Su sentir y pensar.

No morirá el recuerdo de otros días
La fe, que es inmortal,
Ni el cariño que tengo á aquellas cosas
Que cerca de mí están.

Quando cierre mis párpados la muerte,
Por canto funeral
Quiero el del viento de la patria mía
Impregnado de azahar,
Porque él mi amor, mi dicha, mis recuerdos
Así despertará,
Bañándose mi alma en los efluvios
De LUZ MERIDIONAL!!

À CÒRDOBA

Bendiga Dios la patria del sol y de las flores
De los preclaros génios, de la brillante luz;
La patria que alimenta purísimos amores,
Privilegiada cuna de insignes trovadores,
La que venció á los moros con la divina Cruz.

Enamorada vírgen la que antes fué sultana,
Alfombra con sus flores le dá el risueño Abril,
Contornos vagorosos la luz de la mañana,
Acentos inspirados la musa castellana,
Plegarias el creyente, perfumes el pensil.

En ella todo admira, su cielo, su poesía,
Sus campos donde vierte su luz brillante el sol,
Sus noches estrelladas, en que el amor confía,
Sus mártires gloriosos, su Catedral sombría
Su historia avalorada en límpido crisol.

Parece que hoy descansa tranquila en sus laureles
Y que en su dulce sueño, recuerda con afán,
Su Califato espléndido, los árabes corceles
Que en sus continuas luchas montaban los infieles
Y sus antiguas glorias que ya no volverán....

Sus calles silenciosas, sus viejos torreones,
Que dejan la palmera morisca, siempre, ver

Recuerdan las gloriosas y añejas tradiciones
Que guardan cual reliquia las cien generaciones
Del hoy y del mañana, lo mismo que el ayer.

Guadalquivir undoso la arrulla placentero
Y entona un himno á Córdoba, que lo repite al mar,
Un himno que repite también el pueblo ibero
Porque es el que nos habla de nuestro amor primero
¡Aquel que nos enseña á bendecir y á amar!

De Góngora y Saavedra los cantos seductores
Parece que aún se escuchan suaves enredor,
Y de Valdés y Céspedes los mágicos colores,
Los guardan en sus pétalos las perfumadas flores
Y el cielo que nos muestra brillante su esplendor.

Su sierra es canastilla de lirios y de rosas,
Risueño paraíso, privilegiado edén
Donde el romero vierte esencias deliciosas,
Y libres de las pompas del mundo bulliciosas,
Están los ermitaños que rezan y que creen.

Allí libres de celo, del malhadado encono,
Del suspirado puerto de dicha van en pós,
La caridad bendita les brinda con su abono,
Y doblan su rodilla ante el cerúleo trono
Donde la luz se vierte, donde se sienta Dios.

En esa misma sierra y oculto entre montañas
Jigantes centinelas que amparo, fiel, le dán,
Se encuentra un santuario cercado de espadañas,
De arroyos cristalinos, de miseras cabañas
De flores, que por darle perfumes se abrirán.

La Virgen de Linares que nuestro pueblo implora
Inunda el santuario de luz y magestad,
De Córdoba fué excelsa, feliz conquistadora,
Y á su divino influjo huyó la raza mora
Abriendo á los cristianos entrada en la ciudad.

Por ella San Fernando reconquistó glorioso
La perla de Occidente del yugo del infiel,
Y así de Cristo el lábaro fué emblema victorioso
Que en elevado cerro ⁽¹⁾ mostrar pudo orgulloso
El santo Rey, un día, cual su mejor laurel.

¡Alá tan solo es grande, nos dice en la Mezquita,
Y en el *Mirah* espléndido, la arábica inscripción,
Que de la raza mora los tiempos resucita,
Y solo Dios es grande, nos dice la bendita
Capilla misteriosa, que guarda la oración.

El huerto perfumado, las cristalinas fuentes
Y lagos que las hadas acaso habitarán,
Nos hablan de sultanas, con ecos elocuentes,
De citas misteriosas, de escenas diferentes,
De palmas que se besan con amoroso afán.

En Córdoba se adunan dos gracias soberanas
Que dán á sus mujeres aspecto encantador
Haciendo de ellas rosas de las del campo hermanas,
Los ojos de sus bellas y lánguidas sultanas,
Y el tipo de las Vírgenes que adoran al Señor.

(1) El llamado de *Jesús*, situado frente al Santuario de Linares.

Por ella velan siempre los ángeles de oro,
Y escudánla solícitos del génio de Luzbel,
Que en su sagrado templo esconde cual tesoro
La imágen sacratísima que desde niño adoro
La que defiende á Córdoba, ¡su luz! San Rafael.

Por él desvía el rayo su senda enrojecida,
Y baja hasta la tierra para enterrarse allí;
Por él encuentra el justo la palma apetecida,
Y fe el que no es creyente, y el moribundo vida,
Que él vela á todas horas ¡oh Córdoba! por tí.

No muere, no, la musa que inspira esos cantares
Donde refleja el pueblo sus penas y su amor;
No mueren las memorias de los paternos lares,
Ni la oración bendita que sube á los altares
Hasta la cruz do pende divino el Redentor.

Morir no podrá nunca la inmarcesible historia
De que mi patria amada testigo mudo fué,
Mostrándonos brillante su fiel ejecutoria
Que vivos mantendremos, por siempre, en la memoria
Sus héroes legendarios, los triunfos de su fe.

¡Surgid, pálidas sombras de mártires gloriosos,
Que vísteis vuestra sangre verter sin compasión;
Aún palmas os ofrecen los campos más hermosos,
Aún hay quien os recuerda cristianos y piadosos
Y á vuestros nombres fúlgidos consagra una oración.

Resucitad colosos y rayos de la guerra
Que estrechas esas tumbas á vuestra préz serán;
Que es pobre y es mezquina, la deleznable tierra

Que há siglos que los restos con avaricia encierra
De aquellos que en mi Córdoba jamás se olvidarán.

Recuerdos no extinguidos, gratísimas memorias
Que de la patria mía conserva el corazón;
Haced que resuciten sus inmortales glorias,
Contadme á todas horas mil bélicas historias,
Los hechos de sus héroes, del mundo admiración.

Decidme que nos cuenta la espléndida morada
Que fué mansión un día de estirpe señorial,
Y qué los torreones y la fulmínea espada
Con sangre de los árabes teñida y bien templada
Que duerme en la panoplia con sueño sepulcral.

En misterioso asilo gallardo se levanta
Como un emblema santo de caridad y amor,
Un templo bendecido que llaman la Fuensanta,
En donde está la Vírgen divina y sacrosanta,
En la que pone el pueblo su amparo y su fervor.

La Vírgen milagrosa del pecador egida,
A la que mis primeros amores consagré,
La que mantiene puras las fuentes de la vida,
Aquella que á los tristes con extásis convida,
La que nos dá esperanzas, resignación y fé.

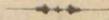
No se oye en tu recinto el eco fragoroso
De la moderna industria que clama en tu favor,
Que el humo de tus fábricas disipa vagoroso
El perfumado ambiente que baja silencioso
Desde la cumbre altísima del más risueño alcor.

En cambio te dan besos las brisas más suaves,
Esencias esas flores que esmaltan tu pensil,
Y música las fuentes y las canoras aves
Y el viento que en los pinos produce notas graves
Y alfombras de colores el perfumado Abril.

El corvo arado sangra los senos de la tierra
Que lleva ópimos frutos más tarde al labrador,
Con el tesoro oculto que en su interior encierra,
Tesoro que hoy no extingue la saña de la guerra
Y que la paz bendice con himnos del amor.

¿Qué importan tus desgracias si el ánimo esforzado
De tus amantes hijos valor te infundirá?
Del siglo los progresos te llaman á su lado,
Y como nuevo Lázaro, tu brillo y tu pasado
Resucitar mañana con esplendor podrá.

¡Oh Córdoba querida, ciudad de mis amores,
Donde por vez primera yo ví la luz del sol;
Dios quiera que la suerte te colme de favores
Y duerma el sueño eterno bajo tus frescas flores,
En el rincón más bello del ámbito español!



AL POETA GRILO, EN SU REGRESO À CÔRDOBA

Vuelves de nuevo á tus lares,
Y al retornar á tu patria
Acude el llanto á tus ojos
Y los recuerdos á el alma,
Mirando como otras veces
Sus azuladas montañas,
Y sus perfumados huertos
Y aquella casita blanca,
Que fué testigo amoroso
De los días de tu infancia.
Aquí descubres la reja
Que escaló la pasionaria
Y besa la blanca luna
Con rayos suaves de plata.
Ella fué de tus amores,
Allá en la noche callada,
El escalón que conduce
Al templo de la esperanza.
Si penetras en la iglesia
Y miras la Virgen Santa,
Que fué tu culto de niño
Y que hoy enjuga tus lágrimas,
La fe ilumina tu espíritu
Y tu corazón estalla,

Y habla solo el sentimiento
Y enmudecen las palabras.
Cada paso es un recuerdo,
Cada sitio una plegaria,
Cada flor es un poema
Y cada cruz es un alma,
Que con los brazos abiertos
A la eternidad nos llama.
¡Ay! que ya todo ha cambiado;
¡Ay! que no existe tu casa,
Ni tu madre ya te espera,
Ni en las noches estrelladas
Repetirán tus amores
En la huérfana ventana.
Tu madre, como la mía,
Acaso *allí* son hermanas,
Y nos miren y nos hablen
Con el rumor de las auras,
O con la voz de los céfiros
Que junto á nosotros pasan,
Dejando en nuestros oídos
Música suave y grata.
Nuestra ciudad bendecida
Te devolverá la calma,
Dándole energía al cuerpo
Y serenidad al alma,
Inspiración á tu mente
Y ternuras sacrosantas
Para el ser de tus amores,
¡El ángel de tu esperanza!
Para tu hija Magdalena

Que te sonrie y te llama,
Y es para tí la dulzura
Y el amor y la esperanza.
Vuelves de nuevo á tus lares,
Ves las torres de tu pátria,
Que corona el Santo Arcángel
Y protege con sus alas,
Al Guadalquivir undoso
Y sus vegas dilatadas,
Y sus recuerdos moriscos
Y sus leyendas cristianas,
Y lleno el pecho de júbilo
Y de venturas el alma,
Tendrá tu lira canciones
Y música tus palabras,
Para saludar gozoso
A tu bendecida patria.

LA GUITARRA

No hay música más dulce
Ni más bizarra,
Que aquella producida
Por la guitarra.
Mi alma la adora,
Porque con ella siente,
Con ella llora.
En sus tirantes cuerdas
Veo dormidos,
Un mundo de recuerdos
Y de sonidos,
Que al despertarse
Al corazón sensible
Van á posarse.
Si adornan la guitarra
Lazos y flores,
Símbolo es de alegría,
Nuncio es de amores,
Que cuando suena
Nos habla de una vírgen
Cándida y buena.
Otras veces es símbolo
De honda tristeza,
Apropiado instrumento
De la pobreza,

Que pan reclama,
Y con sonidos tristes
Por Dios nos llama.
Nadie comprender puede
Mi Andalucía,
Sin escuchar la dulce
Grata armonía
De ese instrumento,
Intérprete sublime
Del sentimiento.
Él, del hogar preside
Las fiestas todas,
El bautizo y los bailes
Como las bodas;
Sin él, ¡Dios mío!
Todo es triste, desierto,
Pálido y frío.
De la sala en un frente
Se vé colgada
Una guitarra vieja
Desafinada,
Como esperando
La mano que las notas
Le vá arrancando.
Allí está, yo la miró
Como si fuera
Una santa reliquia
Que se venera,
Y es porque un día
Ausente, me recuerda
La patria mia.

Yo la oí acompañando
Bellos cantares
Por las calles que forman
Los olivares,
Y en la floresta
La ví reina aclamada
De toda fiesta.
Dicen los andaluces
Que desde el cielo,
Se les dió la guitarra
Para consuelo;
Y en horas buenas,
Por eso le confían
Todas sus penas.
¿Quereis saber del pueblo
Que la desgarrá?
Él os dirá cantando
Con su guitarra,
Todos los días
Sus penas, sus deseos,
Sus alegrías.
Intérprete del alma,
No se equivoca:
¡Benedicida guitarra
Si ella te toca,
Si en tí no miente,
Dime en tus tristes notas
Lo que *ella* sientel

EL VINO DE MONTILLA

Á MI MUY QUERIDO AMIGO

DON RAFAEL DE EGUILIOR Y HOCESES

No cantaré ese vino de la Grecia
Que adquirió en el festín su limpia fama,
Ni del Jeréz la transparencia pura,
Ni del Rhin y Borgoña las baladas,
Ni á ese Falerno que recuerda ufano
Las costumbres y el cielo de la Italia;
Ni del Champagne la bulliciosa orgía,
En donde Vénus su pendón levanta.
Ni el brillante esplendor del Manzanilla,
Preso en la estrecha cárcel de las cañas;
Ni el color de la púrpura de Tiro,
Ni la dulzura del sabroso Málaga.
Voy á cantar al clásico Montilla
Que surge de los campos de mi patria,
El vino del amor y los placeres,
El vino que dió vida á la guitarra,
El que animó la bulliciosa *juerga*,
Y la alegre y sentida serenata.
Su cuna está en las uvas transparentes,
Que escondidas entre hojas de esmeralda
Forman las vides que en Montilla nacen,

O en los racimos de la añosa parra
Que cuelgan siempre, cual caireles de oro,
Y preservan del sol á la ventana.
Cuando llega el Otoño y la vendimia,
A el lagar los racimos se trasladan,
Y al macerar sus frutos corre un rio
Cuyo color al del topacio iguala.
Se conduce después á la bodega
Y su prisión en los toneles halla;
Y en su medrosa oscuridad se cura
Y por la espita del tonel se escancia.
Él presta vida á las alegres fiestas;
Él aleja el pesar de nuestras almas;
Él enciende el amor en nuestros pechos;
Él hace que reluzcan las navajas,
Y engendra la amistad, y engendra el odio,
Y el placer, y las risas y las lágrimas,
Y en él aspiro con deleite hermoso
Los recuerdos y esencias de mi patria,
Y me conduce á sus benditos campos,
A sus noches de amor y sus veladas,
Y me hace ver las luces de su cielo,
Con el Guadalquivir que flores baña,
La hermosura sin par de sus mujeres
Y los puros ensueños de la infancia!



À ANDALUCÍA

De España en el fértil suelo
Hay una región hermosa,
Que por mostrarse orgullosa
Tiene siempre azul el cielo.
Patria que á el alma consuelo
Suele dar con sus primores;
Bello país de las flores,
Encantado paraíso,
En donde Dios poner quiso
El ángel de los amores.

En esa feráz región
Donde el sol se enseñorea,
Prestando fuego á la idea
Y á la mente inspiración,
Ensánchase el corazón,
Que allí el alma se extasía;
Y al nacer el nuevo día
Que el brillante sol inflama,
Con esplendidéz derrama
Color, perfumes, poesía.

Un hálito embriagador
Espárcese por su ambiente,
Y no hay pecho que no aliente
Dulce esperanza de amor.

Cuadro bello y seductor
Nos ofrecen sus hogares,
Sus perfumados altares
Y su cielo esplendoroso,
Como el cendal primoroso
De las olas de sus mares.

Bajo de la añosa parra,
Dando rienda al sentimiento
Que rebosa en el acento
De la morisca guitarra,
En esta tierra bizarra
Goza el pueblo y se enajena,
Y en una noche serena
De esas del cálido estío,
Desbórdase como un río
En la plácida verbena.

Verbenas que son encanto
De esta tierra peregrina,
Que llena de fe ilumina
El sencillo altar de un santo.
Tiende la noche su manto;
Se engalanan las doncellas,
Y, más que las flores bellas,
Dánse á coloquios de amor
En la reja, al resplandor
Que irradia de las estrellas.

Las noches de Andalucía
No las tiene patria alguna:
Aquí, la calle moruna
Y la verde celosía;

Allá, la dulce armonía
De la fuente, siempre grata,
Y la alegre serenata,
Y el patio lleno de flores,
Y el trinar de ruiseñores
Presos en jaulas de plata.

Cada ciudad maravilla;
Cada mujer enamora,
Y sus penas el que llora
Suele ahogar con manzanilla;
Y cuando en las cañas brilla
Ese néctar delicioso,
Que guarda el fruto jugoso
De la verde vid tendida,
Parece surgir la vida
De su raudal espumoso.

Los campos llenos de flores
A un chal morisco se igualan,
Por cuyos pliegues resbalan
Arroyos murmuradores.
Y entre sueños seductores,
En esta tierra bendita,
El recuerdo resucita
De una raza ya olvidada,
Con sus jardines Granada,
Córdoba con su Mezquita.

Percíbense en sus cantares
El són de morisca zambra,
La poesía de la Alhambra
Y el rumor de los aduares.

Y en sus fiestas populares,
En la *juerga* bulliciosa,
En donde el placer rebosa,
Surge á su plácido arrullo
El amor, cual del capullo
La espléndida mariposa.

Encantadora región,
Deja que tus glorias cante;
Deja que un himno levante
Hasta tí mi corazón;
Mi postrimera canción
Será tuya, patria mía;
Y si por acaso un día
De tí me encuentro alejado,
Siempre tu nombre adorado
Pronunciaré, ¡Andalucía!

ECOS DEL VALLE

Valle hermoso, valle hermoso
El de mi aldea adorada,
Donde las flores esparcen
Sus delicadas fragancias,
Donde viven mis amores
Y está mi casita blanca,
Como paloma que duerme
La cabeza bajo el ala:
Cuando recuerdo los días
De los juegos de mi infancia,
Siento acudir á mis ojos
Un mar de copiosas lágrimas.
Ya no bajo hasta la fuente
Al despertar la mañana,
Ni oigo el constante volteo
De las alegres campanas,
En aquella romería
Que yo con ánsia esperaba:
Ya no le ofrezco á la Virgen
Las rosas, por mí cuidadas;
Ya no me espera la niña
Que adoraba con el alma,
Ni por las noches de luna
Voy en alegre rondalla
A decirle mis amores

Al compás de la guitarra,
Que tenía para ella
Notas jamás olvidadas.
Todo fenece en el mundo,
Todo rueda, todo pasa;
Las ilusiones, las citas,
Los placeres, la esperanza,
Y las madres que nos dicen,
¡Los hijos de sus entrañas!
Sin los recuerdos, la vida
Sería aún más amarga,
Porque los recuerdos, siempre,
Dentro de su seno guardan
Rayos del sol de la dicha
Para alumbrar nuestras almas.
Valle hermoso, valle hermoso,
Que en el confín de mi patria
Te muestras como un oasis
Que mil deleites regala;
No te olvido, y si la muerte
Siega mi vida mañana,
Quiero que mis pobres restos
Hallen en tí su morada,
Teniendo siempre por bóveda
El cielo azul que me encanta;
Las flores, por incensario,
Y sobre una piedra blanca
Un epitafio que diga:
Aquí y allí está mi alma.



UN RECUERDO DE SEVILLA

Era una noche de ardoroso estío,
Serena y perfumada;
Sobre el azul del cielo destacábase
Sombria la Giralda,
Que ornada de arabescos, por la luna
Cariñosa besada,
Parecía la imágen misteriosa
De la última sultana.
La catedral severa ante mis ojos
Desplegaba sus galas,
Apareciendo hermosa revestida
De sus pompas cristianas.
En sus severos pórticos que adornan
Las esculturas santas,
Encima los calados doseletes,
La luna su luz blanca
Enviaba también, cual si quisiera
Dar vida á las estátuas.
Poco tiempo después, detuve el paso,
Frente estaba el Alcázar,
Y al contemplar sus muros los recuerdos
En mi mente brotaban,
Como surgidos al conjuro mágico
De la noche callada.

Recordé de los árabes la historia,
La media luna alzada
Y después los pendones de Castilla
Llegando á suplantarla.
Los distintos amores de Don Pedro,
De la Padilla la amorosa llama,
Y el fratricidio aquel de Don Fadrique
Reclamando venganza.
Todo á mi mente inquieta se venía
En confusión extraña
Con ese tinte vago y misterioso
De cosas ya olvidadas.
Y después, cuando á el astro de la noche
Una nube ocultaba,
Ví que á mi alrededor, con tardo paso
Un grupo de fantasmas
Silenciosos, fatídicos, inquietos,
Severos desfilaban,
Unos llevando negras medias lunas
Y otros, cruces cristianas.

LAS HUERTAS DE MI PATRIA

Son las frondosas huertas,
Que hay en mi patria,
Misteriosos edenés
Que el alma encantan,
Son un idilio,
Son el dintel hermoso
Del paraíso.

Allí la paz se alberga,
Nace la dicha,
Que retrata en sus ojos
La campesina,
Y hay mil encantos
Que son para sentidos
Y no espresados.

Bóvedas de follaje,
Que el sol penetra
En ténue lluvia de oro
Que no nos ciega,
Flores hermosas,
Africanas palmeras,
Aves canoras.

Una casita blanca
Que en la floresta
Se esconde, como símbolo

De la modestia,
Y allá en el fondo
Horizonte sin término
Que ven los ojos.

La parra lujuriosa
Que se retuerce,
Dando fruto en Octubre
Como las mieles,
En el invierno,
Deja pasar los rayos
Del sol de Enero.

En las serenas tardes
De Andalucía,
Cuando vagan los céfiros
Y el sol declina,
El alma encuentra
Goces nunca explicados
En esas huertas.

El viento que á las veces
Mueve los árboles,
Es gárrulo en los verdes
Cañaverales,
Y entre los álamos,
Parece que salmodias
Está entonando.

Y la noria chirría
Con mil rumores,
O vaciando ó llenando
Sus canjilones,

Donde se muestra
Como el cristal de clara,
El agua fresca.

El tardo buey da vueltas
Constantemente;
Le hostiga el hortelano
Si no se mueve,
Y hay en la atmósfera
Que se respira, dulces,
Gratos aromas.

En las punzantes pitas
De los vallados,
Dan su adiós á la tarde,
Que huye, los pájaros,
El lebrel ladra,
Y de oración el toque
Dan las campanas.

¡Oh poesía bendita
Que dá consuelo;
Tú engédras en mi espíritu
Los sentimientos,
Cual te revelas
En el hermoso cuadro
De nuestras huertas!

EL PINAR

De la sierra en las cumbres mas altas,
Con deleite admiro
Los festones de eterna verdura
Que forman los pinos.
Ellos son centinelas eternos
De aquellas montañas;
Ellos son el emblema constante
De mi amada patria.
Ellos crecen junto al caserío;
Junto al santuario;
El pinar es refugio, en las tardes,
De todos los pájaros.
A traves de sus troncos diviso
La blanca silueta
De la torre elevada y erguida
Que tiene la Iglesia.
Esa Iglesia que finge en las cumbres
Cándida paloma,
Que descansa tranquila entre flores
Y arbustos y aromas.
Cuando el viento que silva recorre
El pinar sombrío,
Finge rudos y estraños conciertos
Allá entre los pinos,

Y si viene después á trocarse
 En brisa suave,
Finge entonces concierto dulcísimo
 Que vibra en los aires.
En la noche, el pinar nos parece
 Fila de fantasmas
Que despiertan á estraño conjuro
 De génios ó de hadas,
Y después cuando viene la aurora
 Y el sol luce luego,
El pinar es un campo de luces
 Que causa contento.
¡Cuántas veces crucé solitario
 Por aquellos sitios!
¡Cuántas otras oyeron los árboles
 Mis tristes suspiros!
¡Porque allí, soledades tan solo
 El alma respira,
Soledades que á el alma producen
 Bienhechora dicha.
Del pinar en el medio mi espíritu
 Se embebe y recrea,
Allí pude cantar algún día,
 Él me hizo poeta,
Y si á veces de Córdoba lejos
 Me encuentro, á mi alma
Vienen esos efluvios dulcísimos
 Que tienen los pinos
 Que bordan mi patria.

EN LA ERA

Todo respira fuego que el aire abrasa,
Y el sol, dueño del cielo, gozoso brilla;
Como blanca paloma se vé la casa,
Y es un ramo de oro cada gavilla.
La era se muestra alegre, con los rumores
Que en ella van vertiendo los campesinos,
Y los pesados carros, murmuradores
Lentamente rechinan por los caminos.
La paja cruje ardiente, porque la llama
Del sol le imprime besos con gran donaire,
Y el labriego forzado, la desparrama
Con el pesado bieldo, que lanza al aire.
El grano, mientras tanto, baja sonoro
Hasta llegar al suelo, donde reposa,
Como si fuesen bellos granos de oro,
Que atraen la mirada mas codiciosa.
En el fondo del cuadro se ven rastros,
Por donde está el ganado, que pasta á solas,
Y mas allá destacan sus tonos rojos,
Como encendidos lábios las amapolas.
Cuando llega la hora del mediodía,
Y es la luz compañera de la floresta,
El ánimo cansado, ya se estasia,
Con los sueños tranquilos que da la siesta.

Y siguen su faena los campesinos
Por el sudor bañada la noble frente,
Y las aves redoblan sus dulces trinos,
Y el bieldo sube y baja constantemente.....
Muere el día, y su velo, siempre sombrío,
Estiende ya la noche que se levanta,
Mientras el grillo, cerca del manso río,
Trovador enlutado, sonoro canta.

LA NORIA

Es el alma y la vida
De nuestras huertas
La que en barro poroso
Dá el agua fresca,
La nota viva
En los campos frondosos
De Andalucía.

Girando con pereza
Se mueve al cabo,
Respirando fresca
Que dá descanso,
Y acompasada
Parece que se queja
Como las almas.

El agua trasparente
Que de ella sale
Se vierte generosa
Por todas partes,
Y al macho ciego,
Se anima con las voces
Que le dá el dueño.

El sol que en pleno día
Sus rayos vierte,

Hace crugir la noria
Pausadamente,
Y si se para,
Tiembla en los canjilones
Cobarde el agua.

No hay amor sin espinas,
Fe sin caimientos,
Ni ciencia sin mil dudas
En el cerebro,
Como en mi Córdoba
No hay huerta que no cuente
Con una noria.

Los vaivenes del mundo
Fielmente imita;
Lo que abajo unas veces,
Otras arriba;
Lo mismo pasa
Con las horas felices
Y las desgracias.

Alternan de la noria
Con los ruidos
El canto de las ranas
Y el de los grillos,
Que trovadores
Negros son de los campos
Y de las noches.

¡Arre, *Lucera!* grita
Rudo hortelano,
Y algún zagal repite:

jarre, caballo!
La noria gime
Y su curso ordinario
Lento prosigue....

Noches de Andalucía,
Noches de amores
Que despiertan del alma
Las ilusiones,
Quien de sed muera,
Beba de nuestras norias
El agua fresca.

CUADROS DE MI TIERRA

LA FERIA DE CÓRDOBA

I.

Andalucía es la patria
Del amor y de las fiestas,
De la luz y de las flores,
De las clásicas verbenas,
Que por su ambiente purísimo
Misteriosos ecos ruedan
Que en la cítara morisca
Son dulces, vagas endechas
De la gitana en los crótalos
La alegría siempre alerta
En el pandero bullicioso,
Y en la guitarra hondas penas
En las andaluzas noches,
El cielo es plantel de estrellas,
El río cinta de plata
Que entre las flores serpea,
Y los mares azulados
Lagos de las bayaderas,
Que después de dar sus sales
A las hijas de esta tierra,
Como sumisos esclavos

Sus plantas menudas besan.
Guadalquivir, corre y canta
Un himno á mi patria bella,
Murmuran suaves los céfiros,
Y á el amor se abren las rejas,
Trono del enamorado
Que allí ve siempre á su reina.

II.

Al primer claror del día,
Cuando la luz se derrama
Con vaguedad misteriosa
Que va repartiendo el alba,
Ya de la féria sorprende
La perspectiva, que halaga
Con su aspecto, los sentidos,
Con sus perfumes, el alma,
Pues parece desde lejos
Bella ciudad encantada
Surgida á un conjuro mágico,
Y que airosa se levanta
Como mansión de placeres,
Teniendo para mas gala
Por techumbre, el limpio cielo,
Por alfombra, flores varias,
Y por fondo, de la sierra
Las azuladas montañas
Con sus frescos naranjales
Y con sus casitas blancas.
De este cuadro delicioso

En calles rectas y largas,
Se vén multitud de tiendas
Y gallardetes y flamulas,
Que cuando ondean al viento
Parecen decir: ¡hosamna!
A uno y á otro lado miránse
Los circos, los cosmoramas,
Teatros y polichinelas
Que encanto son de la infancia,
Donde artistas embrionarios
Gesticulan y declaman.
Allí el payaso subido
En lo alto de una barraca,
Nos anuncia algún sainete,
Baile, pantomima ó jácara.
Discurriendo entre el ganado
Que muje, relincha ó bala,
Puede verse á los chalanés
Apoyados en sus varas
Que lo mismo las tijeras
Requieren que la navaja,
Que se ganan el dinero
Con la venta de una jaca,
Como un alambre de fina,
Cómo los pesares larga.
Todo se mueve y se agita
Cual olas de un mar que brama;
Se acrecientan los sonidos,
Y aquella ondulante masa
De gentes, que van y vienen,
A nuestra vista resaltan

Como figuras de un cuadro
Que al acercarse, se agrandan,
Si se alejan, disminuyen,
Y á pesar de la distancia
Dejan un color distinto
En la retina, cansada
De ver desfilas constante
Un iris bello que esmalta
De adornos, aves y flores,
El pañuelo que descansa
Sobre los hombros morenos
De las hermosas gitanas.
Aquí un requiebro se escucha,
Este pregona, aquel canta,
Pues que la feria semeja
Un pandemonium ó zambra
Que preside el rey del día
Que con la luna argentada
Cuando por las noches surge
Como una visión fantástica,
Dan á aquel cuadro esplendente
Tintas de fuego ó de plata.

.....
.....
Llega la tarde, ¡á los toros!
La multitud solo exclama;
Los coches constantes cruzan,
Y los látigos restallan,
Y los caballos relinchan,
Y el aire cálido abrasa.
Ved la cuadrilla, ya viene,

Yá de un ómnibus se baja,
Yá sus caireles de oro
Destellos el sol arranca.
Yá el circo rebosa gente
Que en entusiasmo se inflama;
En los palcos, las hermosas
Lucen sus mantillas blancas,
De Goya así recordándonos
Las incomparables majas.
Se agitan los abanicos
En vistosas oleadas;
Suena el clarín, sale el toro
Que hasta el picador avanza....
Y oigo un eco que en mi oído
Dice con júbilo: ¡España!

La luz parece de incendio;
Muere la tarde, y se explaya
El gentío por la feria
Donde mil carruajes pasan
Conduciendo á las mujeres
Que son de Córdoba gala,
En cárcel de seda y raso
Presas sus formas gallardas;
Y entre aquella Babilonia
La figura se destaca
De un jinete, sobre un potro
Cordobés, de noble estampa,
Vistosamente enjaezado
Y airoso, que cuando anda

Hasta el pretal de colores
Sus negros brazos levanta,
Llenando de blanca espuma
Los hebillajes de plata.
Allá á lo lejos, escuchánse
Los ecos de una guitarra,
Y después esas canciones
Que dicen á nuestras almas
Cómo se llora á una madre,
Qué son celos, que son lágrimas,
Qué es amor, qué es la poesía
Que se refugia en la Alhambra....!

III.

En un fondo de negrura,
Formadas en larga fila,
Y á las puertas los candiles
Que prestan su luz rojiza,
Y que cual lenguas de fuego
A impulsos del viento oscilan,
Cual misteriosos asilos
Se vén las buñolerías,
Donde nos muestra su gracia,
Cuando á pasar nos invita,
La buñolera, que tiene
Tipo de mujer egipcia,
En su rostro el sol del Africa,
Las noches de Palestina
En sus ojos, en sus lábios
Semillero de sonrisas,

Al talle pañuelo grana,
Y en el pecho clavellinas,
Creyendo el que las contempla
Y al mirarla se fascina,
Que es la imágen de Cleopatra
O acaso Cleopatra misma.

Ya los génios de la noche
Que pasan á nuestra vista,
Sus luminarias brillantes
Por el real extendidas
Dejaron, y desde lejos
Como si gnomos que brincan
Fuesen las luces, semejan
Embriagadoras pupilas
Que á intérvalos languidecen
Pareciendo que nos miran,
Y recortando las sombras
Diademas fingen que brillan
En las sienes de las hadas
Que aquella fiesta presidan.
Surca un cohete el espacio,
Lágrimas de fuego imitan
Al caer, tras ronco trueno
Sus deslumbradoras chispas,
Y tras él, miran mis ojos
Con augurios de Sibila,
Pájaros de alas de fuego,
Castillos, ruedas que giran,
Orlado todo de llamas

Que no se extinguen, y avivan
Las misteriosas Vestales
De esta fiesta peregrina.
La embriaguéz de mis sentidos
No cesa; mi fantasía
O realidades encuentra
O seducciones fingidas;
Que allí en un nido de luces,
De perfumes y armonías
Que las hadas fabricaron
O que soñó algún artista,
Envueltas en raso y tules
Pasan, cruzan y palpitan
Las que son por su belleza
O vírgenes ú odaliscas
Que aquí tuvieron su trono
En tiempo de los Califas,
Y han despertado al conjuro
Del amor y la poesía.
Hasta mí llegan süaves
En las alas de las brisas
Las notas de un vals alegre,
Perfumes que me acarician,
Las canciones, los suspiros,
Los juramentos, las risas,
Hasta que nace la aurora,
Y la noche se arrodilla
Envuelta en su negro manto
A los piés del rey del día.

Lejos de mi amada Córdoba
Las impresiones distintas
De su feria á mi memoria
Con su recuerdo venían,
Y mi alma llena de gozo,
Al amor jamás rendida,
Poniendo en mis ojos lágrimas,
Me hizo exclamar: ¡patria mía!

COSTUMBRES CORDOBESAS

EL OTORGO

Todo el que visite á Córdoba,
El que venga á Andalucía,
Verá costumbres y tipos
Dignos de un album de artista;
Cuadros vivos y animados
Que encantan y que fascinan,
Por que llevan al espíritu,
Con impresiones gratísimas,
Algo que jamás se extingue
Y que en nuestro ser palpita;
La nota hermosa de patria,
Fechas que jamás se olvidan;
La reja donde *ella* espera,
Los recuerdos de otros días
De juventud y de amores,
Y un algo, que es la poesía,
Que flota por todas partes
En esta tierra hermosísima,
Que los gnomos fabricaran
Con flores, mares y brisas,
Y con leyendas cristianas
Y tradiciones moriscas....

Al describir el otorgo,
Esa fiesta peregrina
En que jóvenes amantes
Su suerte, gozosos, ligan,
Seguiré como está en moda
La escuela naturalista,
Que solo viendo este cuadro
Formárase idea viva
De lo que son las costumbres
De esta mi patria querida.
Sitio, un barrio cordobés,
San Pedro ó Santa Marina,
En antiguo caserón
De ancho pátio y galerías,
Donde fabrican sus nidos
Las parleras golondrinas,
Colgándolos en las negras
Y más que vetustas vigas,
Y en cuya puerta de piedra
Por el tiempo careomida,
Se vé un escudo soberbio
Con cuarteles y divisas,
Que de sus antiguos dueños
La noble alcurnia atestiguan.
Es de noche, mucha gente,
Toda la que *se convida*,
Que no gasta cumplimientos
Aquella santa familia
Para festejar el acto
Que con placer solemniza.
En una espaciosa sala,

Por la casera cedida,
Que alumbran grandes velones
Con sus pantallas bruñidas,
Cuyos mecheros esparcen
Fulgores de luz rojiza.
Sentadas se vén y alegres
En pobres y limpias sillas
Varias muchachas del barrio,
Tan graciosas, como lindas
Cubriendo su airoso talle
Con pañuelos de Manila,
Donde sembradas con arte
Se vén pagodas de China,
Y pájaros de colores
Bordados en sedas ricas,
Pañuelos que jamás salen
Del arca, donde se cuidan,
Hasta que hay fiesta solemne,
Y más que á gordo repican.
En sus cabellos lustrosos,
Rubios como las espigas,
O negros como los celos
Que los amores espían,
Por parecer mas hermosas,
Llevan, con arte prendidas,
Rosas de color de grana,
Lo mismo que sus mejillas,
Ramos de blancos jazmines
Y en el pelo clavellinas.
A su lado están los mozos,
Tenorios como hoy se estilan,

Con sombreros de anchas alas
De *Lagartijo* ó *Guerrita*;
Calzón ceñido de punto,
Pechera bordada y limpia,
Zapatos blancos, y cortas
Y flamencas chaquetillas.
Detrás están complacientes,
Recordando acaso días
En que lucieran su garbo
En reuniones parecidas,
Viejas que tienen cien ojos
Para observar á sus niñas,
No sea que éstas *se escurran*
En cosas que no sean lícitas;
Rapaces, que ya impacientes
Aguardan las golosinas,
Y en el centro de la sala
Presidiendo la alegría,
La novia bella y radiante
Por el rubor encendida
Y á su lado el prometido
Esposo que amante mira
A la que será mañana
Su compañera dulcísima,
Para compartir con ella
Sus pesares y alegrías.
Todo es bulla y movimiento,
Todo rumores y risas:
Ya las guitarras preludian
Jaleos y *seguidillas*,
Y se dá comienzo al baile

Y las parejas oscilan
En movimientos graciosos
Que los palillos animan.
«¡Bendita sea *tu mare!*
¡Viva tu gracia... bonita!»
Dice un mozo á una morena
Que cuando baila fascina:
En tanto, en grandes bandejas
Va circulando el Montilla,
Que con los bizcochos blancos
Al estómago dan vida.
«Brindo—añade—un mozo cruo,
Por la gente que *convía*,
Por los novios y por Córdoba
Y por toda esta familia.»
Siguen el baile y la fiesta
Y el ruido y la alegría,
Y se cantan malagueñas,
Polos, tangos y güaguiras,
Y los mozos enamoran
Y las mozuelas cautivan.
El sereno que ha escuchado
El jolgorio, tiene envidia,
Y abandonando su puesto,
De la fiesta participa
Por si fuese indispensable
Conducir á la *Higuerilla*
A algún devoto de Baco
Que riñe ó escandaliza.
El calor sube de punto,
Y aquella sala es muy chica

Para contener á todos
Los que dentro de ella anidan;
Se salen al ancho patio
Que los rosales tapizan,
Al igual que los jazmines
Y que la parra cobija,
Y allí siguen el jolgorio,
La fiesta característica,
Que con sus tocas de plata
La luna curiosa mira,
Bañando con luz suave
Este cuadro que cautiva,
Y que es clásico en el suelo
De mi Córdoba querida.

¡A LA ARRUZAFÁ!

La primavera galana
En los campos se avecina,
Y en tibia y fresca mañana,
A la sierra se encamina
Una alegre caravana.
En conjunto vario y rico
Véase en tropel bullicioso,
Algo que yo no me esplico,
Desde el caballo brioso
Hasta el paciente borrico.
Los unos, con mil primores
Van, con orgullo, enjaezados,
Luciendo mil esplendores
En los rendajes bordados
Y en la manta de colores,
Y con gentil apostura
Y con actitudes francas,
El gineté se apresura
Por llevar del bruto en ancas
Una espléndida hermosura,
Que confiada y tranquila,
Y acaso soñando amores
Que de su pecho destila,
Luce las bordadas flores

Del pañuelo de Manila,
Ostentando en sus miradas
La luz del sol verdadera
Y mil gracias delicadas,
Y una gentil primavera
En sus trenzas perfumadas.
Junto al caballo ligero
Que se aleja, velózmente,
Por el vecino sendero,
Camina muy lentamente
El burro de un piconero,
Que su eterna piconada
Mira trocarse aquel día,
Que es de fiesta señalada,
Por una beldad preciada
De la hermosa Andalucía.
Y así en ráudo torbellino
Aquella gente bizarra,
Hace mas corto el camino,
Con coplas á la guitarra
Y sendos tragos de vino;
Que no es mucha maravilla
Que del vino seductor
Que cual un topacio brilla,
Haya dicho un escritor
Que es el *divino Montilla*.
A los nacientes reflejos
Del sol que su luz derrama,
Trocando el agua es espejos,
Envuelta en su antigua fama
Se vé Córdoba á lo lejos.

En sus ondas la retrata
El ráudo Guadalquivir
Cuya fama se dilata
Al mar, donde va á morir
Como una cinta de plata.
Entre la broma festiva
Y el alegre guitarreo
Que en la fiesta es lo que priva,
Cumplido ya su deseo
Encuentra la comitiva.
De ¡alto! el eco no extinguido
Dá al fin uno, que se zafa
Para hacer de amor su nido;
Ya estamos en la Arruzaf:
Este es el punto elegido.
No habrá nadie que no afronte
Tal escursión, con anhelo,
Por llegar después á un monte
Contemplar el limpio cielo
Y el espléndido horizonte.
A un lado la sierra hermosa,
Que es feliz, risueño edén,
En donde el alma reposa,
Y esconde su amor, también,
En el cáliz de una rosa.
Y al otro llena de luz
La campiña que se extiende,
Cual los brazos de una cruz,
Y la riqueza comprende
De este vergel andalúz.
Muchas y blancas casitas

Entre espesos naranjales,
Constituyen las Ermitas
Que arrullan los manantiales
De aguas puras y benditas:
Allí la naturaleza
Brinda con mágicos dones,
Mostrándonos su belleza;
Allí tienen mas grandeza
Las místicas oraciones....
La *Arruzafa* es un pensil,
Que lleva amor á las almas
Con los perfumes de Abril;
Allí se besan las palmas
Y es todo hermoso y gentil,
Resucitando en la mente
Tiempos que no volverán
De su pasado esplendente
Cuando imperó Abderrahman
En la Bagdad de Occidente.
Cada sitio á la memoria
Lleva un recuerdo de amor,
Una página de gloria,
Un poema es cada flor
Y cada piedra una historia.
Allí el ánimo consuelo
Halla, siempre, á los pesares,
Calmando allí nuestro anhelo,
Perfumes de los azahares
Y luz divina del cielo....
Ya en tierra todos están:
Dejan sus cabalgaduras,

Y buscan llenos de afán
El agua, con las frescuras
Del Cañito de Bazán.
Para las niñas galanas,
Que el cuadro aquel embellecen
Con sus gracias soberanas,
Ellos asientos ofrecen
En sus mantas zamoranas,
Y en ancho corro sentados,
Más acrecen su alegría
Del rojo sol escudados.
Por la chumbera bravía
Centinela en los vallados,
Mientras se halla divertida
La juventud, cuyo fin
Solo es gozar en la vida,
Algún Brillat Savarin
Se encarga de la comida.
Otros, que sienten ya antojos
Por comer bien, desde luego,
Van buscando con cien ojos
Alguna leña y rastrojos
A que después prenden fuego.
Y así, mientras en sazón
Queda la comida puesta,
Sigue más la animación,
Y es idilio la floresta
Y un volcán el corazón.
Que todos y de buen grado
Un himno al amor entonan,
Y en el pecho enamorado

Parece que se amontonan
Las flechas del Dios vendado.
¡Al columpio! pero ¡vivos!
Dice un mozo diligente,
Y de los de amor cautivos,
Ya el columpio está pendiente
De dos ancianos olivos,
Y es de admirar lo cortés
Que se aproxima un mozuelo
Con solícito interés,
A una niña, como un cielo,
A quien ata los dos piés.
Niña que ahuyenta las penas
Con sus dos ojos tiranos
Que de amor forjan cadenas,
Asiendo el cordel sus manos
Que son blancas azucenas.
Y entre risas sostenidas,
Que la juventud mantiene,
Turnan las más atrevidas
En la cuerda que vá y viene.
A impulsos de las mecidas,
Que alternan con esos cantos
Que nuestro pueblo atesora,
Mezela de placer y llantos,
Con los cuales enamora
O disipa sus quebrantos.
Mas tarde, niñas galanas
Con atavíos sencillos,
De la gira soberanas,
Hacen sonar los palillos.

Bailando las sevillanas.
Y otras alegres, risueñas,
Lanzan cantares al viento
Que ablandan hasta las peñas,
Con el dulce sentimiento
Que inspiran las malagueñas.
¡La guitarra! de ella al són
A dulces goces invita
Causando grata impresión,
Pues con sus notas agita
Las fibras del corazón.
Ella de la guzla mora
Supo heredar la armonía,
Es el árabe que llora,
Es el alma seductora
De la hermosa Andalucía.
Su *ligado* hace llorar,
Su *jaleo* nos encanta,
Y aleja todo pesar
Si surge de una garganta
Playera ó jota vulgar.
¡Cuántas veces á sus sonos
En una noche serena
Despertó mil impresiones
En la popular verbena
Y al rumor de las canciones!
¡Guitarra! grande es tu empresa
En esta tierra de flores,
Que ante la invasión francesa,
Contesta á los invasores
Con la jota aragonesa.

.

El sol macilento arde
Despidiéndose del suelo
Que hace de sombras alarde,
Y ya aparece en el cielo
El lucero de la tarde.
Tras el gozar, con esceso,
El cansancio que desarma,
Ya todos de su embeleso
Salen al grito de alarma.
¡A Córdoba de regreso!
Ya á poco, todos reunidos,
Lo mismo que en la mañana
Busean el lecho rendidos,
O la *pava* en la ventana
Por el amor mal heridos,
Sin que falte en el jolgorio
De esta alegre expedición,
Alguno, que meritorio,
No rece alguna oración
Ante el Cristo del Pretorio....
¡Oh! yo bendigo la tierra
Donde se meció mi cuna,
Y tanta belleza encierra,
En su Mezquita moruna
Y en las cumbres de su sierra.

UNA JUERGA Á ORILLAS DEL MAR (1)

A mi mejor amigo y compañero el inspirado poeta malagueño

SALVADOR RUEDA

¡Málaga!

Como sus festines Grecia,
Y Roma sus bacanales
Y sus góndolas Venecia,
Málaga tiene y aprecia
Sus flamencas saturnales.

Fiestas que sin pompas vanas
Son propias de Andalucía
Donde imperan soberanas,
Reminiscencias paganas
Llenas de luz y poesía,

Donde entre dulces cantares
Parece vagar incierto
El genio de los pesares,
Que flota en los adüares
De los hijos del desierto.

(1) Esta poesía obtuvo el segundo premio en el Certamen Científico Literario, celebrado en el Liceo de Málaga, el mes Julio de 1885.

Desde entonces, el encanto
Son de esta tierra bizarra;
Mezcla de placer y llanto,
Duermen en una guitarra
Las mil notas de su canto.

I.

A orillas del mar azul
Que de Málaga las playas
Besan y arrullan las olas
Que en espumas se desatan;
Sobre la tendida arena
Que de trecho en trecho esmaltan,
Caracolillos diversos
Y bellas conchas de nácar,
En una tarde de Mayo
Como un altar aromada,
Cuando el rojo sol declina
Con magestad soberana
É inmenso crisol de fuego
Fingen á su luz las aguas;
En torno de espesas redes
Que sobre el suelo descansan
Mostrando abundosa pesca
Entre sus menudas mallas,
Un grupo de pescadores
Percheros de prosapia,
Alternan alegremente
Con tres bellas trinitarias,
Que son lo mejor del barrio

Según nos cuenta la fama,
Por sus rostros hechiceros,
Su alabastrina garganta
Sus contornos ideales,
Y por sus negras pestañas,
Pabellones de los cielos
Que en sus ojos se retratan.

Todo es bulla y movimiento,
Y ruidos y algazara;
Sobre una mesa de roble,
Cuatro bandejas con cañas,
En las que fermenta el vino
Que á cada momento escancia
Una morena, trasunto
De la imagen de Cleopatra,
Que con el vino reparte
Sonrisas llenas de gracia,
La dulce miel de sus labios
Y sus ardientes miradas.

Todo allí al placer convida;
El amor tiende sus alas,
Corre por las venas fuego,
Y el corazón se dilata
A la vista de aquel cuadro
Que da embelesos al alma,
Luz brillante á las pupilas,
Y melancolías vagas
A el corazón que suspira
Lejos de la amada patria.

II.

Celébrase aquella tarde
El éxito de la pesca,
Con los alegres rumores
De la bulliciosa fiesta
Las barquillas pescadoras
Sobre el mar se balancean,
Y con el viento que gime
Sobre las olas, se mezclan
Los ecos de las canciones,
El chocar de las botellas,
Y las melodiosas notas
De la guitarra que suena.

Julia y Rosa, dos muchachas
Cuya espléndida belleza,
Nunca podrá compararse
Con las esculturas griegas
Que trazó el cincel de Fidias
En los pórticos de Atenas,
Son con justicia aclamadas
Las reinas de aquella fiesta:
Cautivan con sus encantos
Con su mirar enagenan,
Y al modular dulcemente
El polo ó la malagueña,
La guajira tropical
O sentidas peteneras,
De sus gargantas de nieve
Parecen surgir espléndidas,
Cataratas de armonías,

Anchos raudales de penas,
Explosión de sentimientos
Y oleadas de tristezas.

Ciñen sus esbeltos talles
Flexibles como palmeras,
Pañolones de Manila
Donde bordados en sedas,
Hay pájaros de colores
Y figurillas chinescas,
Completando su atavío
La bata suelta y ligera
Que dibuja los contornos
Del seno y de las caderas.

Circula la manzanilla,
Estalla el placer con ella,
Y al compás de la guitarra,
Rosa, con voz que semeja
Al ruiseñor cuando al viento
Lanza sus tiernas endechas,
Después de entornar les ojos
Que su ardiente amor reflejan,
Exhala un dulce suspiro,
Un ¡ay! que hasta el alma llega,
Y así dice, y así canta,
Y así siente, y así expresa:

«Con ser tan grande la mar
Y tan infinito el cielo
Es más grande todavía
El querer que te tengo.»
—¡Viva tu mare morena!
—Una caña á tu salud.

—Vaya otra coplilla, ¡venga!
«Cuando esté mi cuerpecito
Durmiendo en el Camposanto,
Vete, y hablarás conmigo,
Que mi alma saldrá á decirte
Lo mucho que te he querido.»

Y cuando Rosa termina,
Con un ¡ay! doliente queja
De un corazón que padece
La nostalgia de la ausencia,
Por sus rosadas mejillas
Furtivas lágrimas ruedan,
En tanto que los pesares
De aquella reunión se alejan,
Dando paso á la alegría
Y á las notas placenteras,
Que son el alma y encanto
De la bulliciosa *juerga*,
Que nace en el suelo hermoso
De aquesta andaluza tierra.

La noche tiende su manto;
Se cubre el cielo de estrellas,
Y surge la blanca luna
Que sobre la mar refleja,
Iluminando suave
Aquel cuadro, donde alternan,
Con las risas, los suspiros,
El placer con la tristeza,
Y con las sentidas notas

Que rebotan en las cuerdas
De la morisca guitarra,
La voz del viento que lleva
Al desterrado que gime
En las playas extranjeras,
El dulce nombre de ¡patria!
Y los ecos de sus fiestas.

MIS DOS NOCHES-BUENAS

I.

1884

Existen esta noche, arpegios y rumores
Que el alma enamorada escucha con afán,
Y notas en los aires, y en el hogar amores
Y risas de los niños, allá en los corredores,
Y nieve en las montañas rufugio del Titán.

Los campos que antes fueran estuches de esmeralda
Del triste invierno frío presentan la aridéz,
Trocándose de flores la espléndida guirnalda
Por los abrojos secos, cargados á la espalda,
Del leñador, que es símbolo de muerte ó de vejéz.

El cielo no nos muestra su azul resplandeciente
Como en los claros dias del perfumado Abril:
La tarde es melancólica, y el sol no es tan ardiente,
Ni los sutiles céfiros columpian dulcemente
La cimbradora palma, ni el plátano gentil.

La *Noche-Buena* es noche de dicha y de ventura
Que suele hacer un templo del apacible hogar,
Un templo donde offician la paz y la dulzura,
Y el pecho se conmueve, y el alma se satura
Del perfumado ambiente que brota de su altar.

¡Qué cuadro tan hermoso! ¡Qué dicha tan serena!
Reunida la familia se entrega con placer,
Los niños á sus juegos, y á preparar la cena
La cariñosa madre que goza y se enagena,
Mirando á aquellos ángeles á quienes diera el sér.

Allá en la chimenea que tiene la cocina,
Que en esta santa noche es punto de reunión,
Retuércense los troncos de corpulenta encina,
Que el padre cuidadoso frecuentemente hacina,
Dando al dormido fuego vivaz animación.

En torno de la llama, y llenos de cariño,
Se sientan los amantes y el viejo militar,
Los padres, la abuelita, la rapazuela, el niño,
Rubio como las mieses, blanco como el armiño,
Y el gato que presiente lo que le van á dar.

En un rincón se mira el frágil *Nacimiento*
Que rústicos artífices hicieron á granel,
Con sus abruptos montes de blanca nieve asiento
Su blanqueada venta, su río turbulento,
Zagalas y pastores con regalada miel,

Allí los Reyes Magos, á quien la estrella guía
Pendiente con un hilo del rústico portal,
Donde entre blanca paja con humildad dormía
El Niño Dios, que el hálito caliente percibía
De irracionales séres, y en mísero pañal.

Y arroyos, y montañas, y valles, y colinas
Con propiedad fingida por vidrios y cartón,
Son siempre de los niños, parleras golondrinas,
El tema de esas notas alegres y argentinas
Que el *villancico* forman de su agradable unión.

La mesa está dispuesta; la madre cariñosa
Ya la humeante fuente coloca en el mantel;
Bendice el grave anciano la cena bulliciosa,
Y todo es alegría, y calma venturosa,
Llenándose las copas del rico moscatel.

Mientras algunos pobres se morirán de frío
Sin casa, sin familia, ni abrigo, ni calor....
Otros, acaso encuentren en esta noche hastío....
Y acaso algún ausente recordará, Dios mío,
La madre bendecida, ¡la vírgen de su amor!

Yo pienso ¡ay! en los seres aquellos que se fueron
De nuestro lado un día, y *ya no volverán*....
En los amantes padres ¡que tanto me quisieron!
Los que mi amor recuerda, los que creer me hicieron,
Aquellos que esta noche mi sueño velarán.

II.

1887

¡Ay, que ya vuelve la Noche-Buena!

¡Ay, que mi madre no existe ya!

(GRILO.)

Jamás se apartará de mi memoria
El recuerdo feliz de aquella estancia,
Donde yo con mi madre, que esté en gloria,
Pasé los días de mi alegre infancia.

Todo lo miro igual; la misma reja
Dando entrada del sol á los fulgores;
Por la noche la misma candileja
Ante la Virgen ¡ay! de mis amores.

Todo lo miro igual, todo está en calma,
Mas en mi hogar se siente mucho frio....
Ya no vive la madre de mi alma
Y no hay amor que llene este vacío....

¡Madre del corazón! mi amarga pena,
Mis lágrimas copiosas, mis pesares,
Se aumentan al venir la Noche-Buena,
Que es la noche feliz de los hogares.

Todos, calor buscando en el cariño,
Se agrupan esa noche bendecida,
La mas feliz para inocente niño,
Al que con dulces sueños le convida.

Oigo rugir el pavoroso viento
Que silba por la abierta chimenea,
Y juzgo que me dice, en ronco acento,
¿Y tu madre dó está? ¡Bendita sea!

No me pondrá como en mi infancia hermosa
El Nacimiento lleno de pastores,
Ni la estrella que guía esplendorosa
A los Magos que van por los alcores;

Ni en los madroños, rojos cual la grana,
Fingirá el algodón copos de nieve,
Ni se reirá ya el sol en mi ventana
Por despertarme, así, del sueño breve.

Vendrá la noche triste y enlutada,
Y formarán los niños dulce coro,
Mientras la ausencia de la madre amada
Con lágrimas de fuego, ardiente, lloro.

¿Quién sustituye el mágico embeleso
De aquella edad que á la ilusión convida?
¿Qué beso podrá ser como aquel beso
Que me daba la madre de mi vida?

Por eso, cuando miro con anhelo
A una madre, feliz, los ojos fijos
En los seres que forman su consuelo,
Envidio la fortuna de esos hijos;

Y solo aspiro en mi profunda pena,
Mezclada con mi loco desvario,
Que al llegar otra vez la Noche-Buena,
Tenga un hogar feliz, y un hijo mio.

Que solo así, con dulce compañera
Que con su amor mitigue mis pesares,
Podré gozar la dicha verdadera
De esta noche de paz en los hogares.



LA GUITARRA Y LOS PALILLOS

Después de animada fiesta,
Y en el rincón de una sala,
A donde llevan las flores
Sus esquisitas fragancias,
Rendidas á los placeres,
Al amor y á la algazara,
Así hablaron los palillos
Y la andaluza guitarra,
Con más moñas y más cintas
Que el domingo una zagala.
«¿Estás triste?—« ¡No he de estarlo!
Llevo en mí notas del alma,
Y más que de la alegría
Soy confidente de lágrimas,
Que en el pecho enamorado
Dejan estelas amargas;
Todos dicen que soy mora,
Mas yo me juzgo cristiana,
Porque si mis cuerdas hieren
Manos pequeñas y blancas,
Y acompaño esos cantares,
Que más que esto son plegarias,
Son mis notas oraciones,
Y es mi música un *hosanna*;»

Así dijo á los palillos
Sollozando la guitarra.
«Pues nosotros, que llevamos
La alegría en las entrañas,
Al chocar nuestras cabezas,
Que se adornan con mil galas,
Y al misterioso conjuro
De antiguas moriseas zambras,
Resucitamos el baile,
Encendemos las miradas
Y el arqueo de los brazos
Que se enroscan, suben, bajan,
Describiendo suaves curvas
Ante garrida muchacha,
Con más flores en el pelo *
Y en los labios ricas granas,
Que en los tapices de Oriente
Y en los campos de mi patria.»
«Pero ¿no sentís?»—«Sentimos
Emociones siempre extrañas,
Algo del beso que quema,
Del amor que nos abrasa,
Y mil voluptuosidades
Que nos recuerdan las danzas
De ideales bayaderas
O mujeres de la Arabia.»
«¿Y sentimientos purísimos
De esos que nunca se acaban,
Y tristezas no extinguidas,
É inesplicables nostalgias....?»
Los palillos contestaron

Con sonora carcajada;
Dibujó un rayo de luna
La figura de Moraima,
Y en estrecho abrazo unida
Suspiró con la guitarra.....

À UNA MALAGUEÑA

Bendiga Dios esos ojos,
Donde se asoma tu alma,
Tan azules como el cielo
Siempre hermoso de tu patria:
Ojos, que causan envidia
Del sol á las vivas llamas,
Y en las que amor va buscando
Enredarse en tus pestañas,
Que prestan toldos de ébano
A tus lánguidas miradas.
Ellas tienen la dulzura
De las vírgenes cristianas,
Y las voluptuosidades
Del Oriente, que regala
Gentilezas á tu cuerpo,
De las africanas palmas,
A tu corazón ardores,
Vago ritmo á tus palabras
Donde á la gracia andaluza
Se unen, se funden, se hermanan,
Con arrullos de la tórtola,
Reminiscencias arábigas,
En tus manos, nó instrumento,
Corazón es la guitarra,
Que vá buscando suspiros,

Como alegrías y lágrimas;
Y cuando sale la copla
De tus labios, si es que cantas,
Tu voz, es eco divino,
Tempestades y plegarias,
Concierto de ruiseñores,
Y emanaciones del alma.
Malagueña, malagueña,
La que seduce al mirarla,
Nueva Venus que ha surgido
Del mar azul de tu patria;
En tí se encuentran reunidas
Belleza, bondad y gracia,
Circulando por tus venas
Con sangre mora y cristiana,
Esencias de los azahares
Y limoneros de Málaga!

ECOS DE LA GUITARRA

Cuando mi amor se murió,
Al llegar al cementerio
Mi corazón solamente
De ella fué sepulturero.

Alma mía no me llores
Porque el llanto es contagioso,
Y de los hombres las lágrimas
Queman al caer el rostro.

Existe en tu mirada
Tanta dulzura,
Que en ella los enojos
No caben nunca.
Feliz el alma
Donde de amor penetran
Esas miradas!

No existe mujer alguna
Que quiera como una madre,
Aquel á quien se le ha muerto
Es tan solo quien lo sabe.

Mírame otra vez serrana
Porque quiero que amanezca
Hoy más temprano en mi alma.

Si ves pasar un entierro
No le preguntes á nadie,
Ingrata, quien es el muerto.

Ven conmigo compañero,
Nacidos en la desgracia,
Vamos á buscar consuelo
Bogando en un mar de lágrimas.

Maresita del Carmelo
Por culpa de esa mujer
¡Cuánto vengo yo sufriendo!

Te quiero más que á mi vida
Mas que no lo sepa nadie,
Avaro de tu cariño
Tengo hasta celos del aire.

Yo no quiero ver mas luces
Que las luces de tus ojos,
Porque ellas son las que llegan
Tan solo de mi alma al fondo.

Tenía el cabello
Como el manto que tiende la noche
De hermoso y de negro.

Apesar del tiempo que hace
Que á esa mujer no le hablo,
Cuando sus ojos me miran
Tiemblo como un azogado.

Dices que los celos son
Del amor desconfianza
Los celos son la esperanza
Ya muerta en el corazón.

Yo soy como la tormenta
Que después de tronar pasa,
En cuanto cesa la duda
Queda serena mi alma.

No tienen fin mis tristezas,
Ni tienen mis males fin,
Para vivir en el mundo
Es preciso no sentir.

La flor del olvido es
La que se asienta en tu pecho,
Como que es la flor que puede
Vivir lozana en el hielo.

Tengo en tí tal confianza,
Que me pareces la Virgen
Bendita de la Esperanza.

Por Dios te lo pido
Vida de mi alma,
Que en la vida me mientes el nombre
De aquel que te amaba.

Hay veces niña del alma
Que cuando te estoy mirando,
Me parece que tus ojos
Son redención y calvario.

LOS BALCONES DE ANDALUCÍA

Cuadros de luz y poesía,
Ramilletes de ilusiones,
Todo esto son los balcones
De la hermosa Andalucía,
Donde bajo un puro cielo
De luces esplendorosas,
Se ven las flores hermosas
Que nacen en nuestro suelo.
Convertidos en verjeles
Y sin que el aura repose,
No hay tiesto que no rebose
Rosas, lirios ó claveles,
Que con arte confundidos
Siempre exhalan de sus pomas,
Los delicados aromas
Que embriagan nuestros sentidos.
Al venir la primavera
Con sus días seductores,
Hace despertar las flores
La golondrina primera,
Porque aves y flores son
Por modo bien singular,
Lo que nos enseñã á amar,
Cautivando el corazón.
A sueños mi alma se entrega

Si los balcones repasa:
Ya de la moderna casa,
Ya de mansión solariega.
En unos, el arte igual
A los ojos se presenta,
Como en los otros se ostenta
El escudo señorial
Grabado en la dura piedra,
Por heráldico cincel,
Al que presta su dosel,
En manto oscuro, la yedra.
En estos, la mente ufana
Ver en ellos se figura,
Descollando la hermosura
De la noble castellana,
Y en los otros el fulgor
De unos ojos hechiceros,
Que brillan como luceros
Y que están pidiendo amor.
Balcones de Andalucía
Siempre rebosando flores,
Mudos testigos de amores
Donde el alma se estasía.
Yo os rindo mi culto fiel,
De *ella* el balcón es mi cielo,
Y es mi dicha y mi consuelo
Poner los ojos en él.

•••••

LA GITANILLA

Cabellos negros, muy negros,
En los ojos luz intensa,
Miel y coral en los labios
Y flores en la cabeza.
Amparo, la gitanilla,
Alma y vida de la fiesta,
Que ya repica los crótalos
O toca la pandereta
Con todo el gentil donaire
De una mujer de esta tierra,
Demandando mil amores,
A nuestros ojos se muestra,
Como una visión del Nilo,
Como una escultura griega.
Va á bailar, alza los brazos,
Teje y desteje sus piernas,
Y al compás de una guitarra
Que parece llorar penas,
En convulsiones se agita,
Y se separa, ó se acerca
Como llama del deseo,
Que una pasión alimenta.
«¡Olé por las barbianas!»
«¡Viva tu gracia, chicuela!»
Se oye decir en el corro,

Mientras se entusiasma ella
Con la grana en las mejillas,
Y el sol en su faz morena.
Y más brilla su mirada,
Y más su pecho se altera.
No hay otra que se le iguale,
Ella es la musa y la reina
En la calle y en los toros
Y en toda clase de fiestas,
Y solo requiebros oye
De aquellos que la rodean;
Por eso despierta envidias,
Por eso á todos encela,
Y Amparo, la gitanilla,
Es lo mejor de esta tierra.

LOS CLAVELES

Cuando llega el mes de Mayo
Y el campo muestra sus galas
Y más azul aparece
El cielo de nuestra patria,
Entre las flores hermosas
Que perfumes nos regalan,
Embriagando los sentidos,
Dando placidez á el alma,
Figuran esos claveles
De hermoso color de grana
Que á los lábios de las bellas
Nuestros poetas comparan.
Esas flores, se desbordan
Por balcones y ventanas;
Festonean los jardines,
Y á nuestra vista resaltan
Como deliciosas notas
De vivo color, que acaban
Por dejar en la retina
Brillante luz, y fragancia
En el ambiente purísimo
Donde el céfiro resbala.
Los claveles son emblema
Del amor, y en las mañanas

De risueña primavera,
Siempre tibias, perfumadas,
Son de la tierra andaluza
La muestra mas soberana.
De árabe origen, ocupan
Los cármenes de Granada
Y de Valencia las huertas,
Los jardines de la Alhambra
Y los deliciosos campos
De Córdoba la sultana.
El clavel, entre otras flores
La más genuina de España,
De la mujer andaluza
Hace resaltar las gracias,
Ora adornando su pecho
O acompañando bizarra
En una tarde de toros
La mantilla negra ó blanca,
Que nos recuerda de Goya
Los cuadros llenos de majas.
Entre las trenzas de ébano
De la sencilla aldeana,
Como en el peinado artístico
De aristocrática dama,
En el altar de la Virgen,
En el *boudoir*, en la estancia
Modesta del artesano,
En todas partes se hallan
Los claveles, que pregonan
A nuestra bendita patria.

NUESTROS AROMAS

Yo no sé que tiene
Para mi este Córdoba,
La patria bendita,
Donde el alma toda
En redes de amores
Prisionera mora;
Ello es, que no encuentro
Frondas cual sus frondas,
Sierra cual su sierra,
Glorias cual sus glorias,
Ni aromas tan puros
Como sus aromas.
Nuestros campos huelen
A lirios y á rosas,
A vagos perfumes
Que mi alma trastornan,
A algo que en los aires
Misterioso flota.
De cada cabaña
Surge vagorosa
Columna de humo,
Que el hogar denota,
Penacho que el viento
En cortar se goza,
Y que indica vida,

Calor y... y la gloria,
Que no está la dicha
En casa lujosa,
Donde amor á veces,
Tal vez porque estorba,
Se ausenta, dejando
Lágrimas y escorias
En vez de sonrisas
Placeres y notas,
Que ensayan los himnos
De dichas que brotan
Del fondo de un alma
Que siente y que llora.
Aquí los azahares,
Que el naranjo bordan
De flores mas blancas
Que alas de palomas,
Perfuman los patios,
Perfuman la alcoba
Donde está la Virgen
Divina y hermosa,
Que guardó mi madre
Como eterna joya,
Y me dá consuelos
Cuando á mi me agobian
Los hondos pesares
Que á el alma trastornan.
Cuando el viento suave
Entona salmodias
Que acompañan siempre
Las pesadas norias,

Que gimen virtiendo
El agua sabrosa,
Cada huerta tiene
Distintos aromas,
Porque en cada pétalo
Las flores hermosas
Tienen mas esencias
Que Arabia en sus pomas.
¡Ay! es indudable
Que en la vida importan
Mucho los olores
Que tienen las cosas:
El hogar nos huele
A edad venturosa,
Con tantos recuerdos
Como él atesora,
Él vino á los campos
De la patria hermosa;
La cuna del hijo
A un angel, que torna
A su patria, el cielo,
Al nacer la aurora,
Y en fin, tanto adoro
A mi amada Córdoba,
Que si lejos de ella
Me encuentro, á mis solas
Pienso que no hay dichas
Cual las que atesora,
Ni aromas tan puros
Como sus aromas.



LA BELLEZA DE MI BARRIO

Se llama Luz, es morena,
Tiene muy rojos los labios,
Y cuando vá por la calle
Gracia y sal va derramando;
Que no hay mujer que la iguale
Cuando echa el menudo paso
Y enseña unos piecitos
De diminuto tanaño,
Bajo su falda de indiana,
Que puesta en ella es encanto.
Sus dos ojos, que parecen
Dos luceros, con sus rayos
Asesinan corazones
Que están muertos por su garbo:
Es una escultura helénica,
Y hay en sus contornos algo
Que nos recuerda á las Vírgenes
Que ornan los templos cristianos.
Canta cual los rruiseñores
Y en su acento dulce y vago,
Hay murmullos de los céfiros
Cuando pasan por los prados.
Su boca, cual los panales,

Va siempre miel rebosando,
Y es tanta su gentileza
Como los juncos del lago.
Por su amor dieran un mundo
Los que tiene enamorados,
Pero ella siembra desdenes
Porque dice, en tono franco,
Que para que tenga novio
Han de pasar muchos años.
Es Luz, la luz más brillante
De los andaluces cuadros,
Reina de las romerías,
La primera en los saraos,
Alma y vida en los bautizos,
Con la guitarra un encanto,
Y no hay otra que la iguale
En peteneras y tangos,
Que las palmeras recuerdan
De aquel suelo americano.
El pañuelo de Manila
Que ciñe al cuerpo con garbo,
Lleno de vistosas flores
Y de ramas, y de pájaros,
Semeja una Primavera
Que vá surgiendo á su paso,
Y en fin, Luz es tan hermosa,
Es tan buena, vale tanto,
Que no en valde se le nombra
La belleza de mi barrio.



CUADRO DE LUZ

Respira Sevilla aromas,
Y en la espléndida Giralda
Finge el sol lluvia de oro
Y con caireles se esmalta
De viva luz, que parece
Que del cielo se desgrana.
Todo alegrías despierta,
Y en las calles y en las plazas,
En los campos, en los toros
Y en el barrio de Triana,
Solo se escuchan rumores,
Palillos, gresca y guitarras,
Que sus armoniosas notas
A los vientos, dulces lanzan,
Mientras que las coplas llevan
En sí sonrisas y lágrimas.
Allí su hermosa figura
Una andaluza destaca,
Llevando el rostro moreno
En marco de filigrana,
Que forma á tanta belleza
La airosa mantilla blanca.
Para garbo en los andares
Las mujeres sevillanas,
Que en donde ponen su paso

Van siempre vertiendo gracias,
Siendo del undoso Bétis,
Reinas, misteriosas hadas,
Que despiertan los amores
Y la pasión en las almas.
Ellas la luz de su cielo
Esconden en su mirada;
Melancólicos cantares
En armoniosa garganta,
Y perlas, que este es su llanto,
Bajo sus negras pestañas,
Toldos para el sol de estio,
Que en sus ojos siempre guardan.
Allá el ginete, que rige
El potro á la jerezana,
Llevando en crines y cola
Cintas y lazos de plata,
Y el majo, como el torero,
El *maleta*, la gitana,
Con su mantón de Manila,
Con flecos de oro que arrastran;
En el carruaje de lujo
La bella elegante dama,
Y en cada rincón la *juerga*,
El vino servido en cañas,
Y una orgía de colores
Sobre la ciudad gallarda,
Que tiene una torre de oro
Y un Bétis, en cuyas aguas
Sevilla hermosa se mira
A todas horas la cara.

MI PATRIA

Encantadora tierra
Donde he nacido,
Lugares misteriosos
Donde he vivido.
Toda mi gloria
La alcanzo en esta vida
Con tu memoria.

Los ámbitos del mundo
No cambiaría
Por el rincón hermoso
De Andalucía.
Nido de flores
Donde están mis recuerdos
Y mis amores.

Donde están de mi infancia
Los goces puros,
Donde añejas historias
Guardan sus muros.
Y el Bétis corre
Y un arcángel corona
La vieja torre.

Aquí, con la guitarra
Se ama y se llora,
Aquí tuvo su imperio

La raza mora,
Cuya mezquita
Es templo donde brilla
La Cruz bendita.

Entre huertas frondosas
Y en ara santa,
Tiene asilo la Virgen
De la Fuensanta;
Que en los reveses
De las desdichas, salva
Los cordobeses.

Porque en aquella ermita
Y en santa calma
Se curan los dolores
Que tiene el alma.
¡Ay! ¡quién pudiera
Ir allí con mi madre,
Si me viviera!

Llevár á sus altares
Ramos de flores,
Implorar de la Virgen
Santos favores;
Y con cariño
Rezar con los fervores,
Que tiene el niño.

Ver en la tibia noche
Que amor aduna,
El río que refleja
La clara luna.

Después, soñando,
Pensar en esas dichas,
Que van pasando,
Visitar de la sierra
Valles y alcores,
Escuchar como cantan
Los ruiseñores;
Y en las ermitas,
Oír al ermitaño
Preces benditas.

Y al venir primavera
Vertiendo galas,
Ver de las golondrinas
Las negras alas,
Que desiguales,
Dan, de cariño, golpes
En mis cristales.

Aquí todo se mezcla,
Luz y poesía,
La noche es un poema
Y otro es el día,
Y azul el cielo,
Sin duda porque á el alma
Dé más consuelo.

Cada reja es un trono
Dó amor se asienta,
Cada piedra una historia
Muda nos cuenta;
Y hasta las flores

Son obligadas cómplices
De los amores.

Patria donde he nacido,
Córdoba mia,

Átrio de los recuerdos
Y la poesía:

Tu eres mi encanto,
Y por eso sin duda
Te quiero tanto.

PARTE SEGUNDA

NOTAS ÍNTIMAS

¿MAGDALENA?

Después de haberme herido en lo más hondo
En el seno del alma;
Después de haber vertido por mis ojos
Sangre, mejor que lágrimas
Tras largos sufrimientos, que mi vida
Han trocado en amarga
Copa de hiel, cuyas postreras heces
Apuré por desgracia,
Vuelves á mí, convicta de tu culpa
Tus lánguidas miradas....

Has sido para mí toda la vida,
Y ni el tiempo cruel, ni la distancia
Pudo borrar tu seductora imágen
Que yo llevo en el fondo de mi alma.
Para volverte á amar es necesario
Hundir en el pasado mis miradas
Y borrar de la mente, todo aquello
Cuyo solo recuerdo me maltrata
Y entónces, cual los náufragos perdidos
Después de una borrasca,

Arriban venturosos á segura
 Y salvadora playa,
 Arribaremos á la nueva dicha
 Que aun miramos muy vaga....
 La herida que me hiciste fué tan honda
 Que aun sangre es lo que mana.

¿MAGDALENA?

Después de haberme herido en la mano
 En el seno del alma
 Después de haber vertido por mis ojos
 Sangre, mejor que lágrimas
 Tras largos sufrimientos, que mi vida
 Tan pronto en amarga
 Una de las cosas postizas de
 Aparte por desgracia
 Vuelves á mi, con el alma en el golpe
 Tus lágrimas muerdas

Las síde para mi toda la vida
 Y en el tiempo cruel, ni la distan
 Solo por mi sufrimiento tan grande
 Que yo hevo en el fondo de mi alma
 Para volverte a amar es necesario
 Huir en el pasado mis miradas
 Y borrar de la mente todo aquello
 Que solo recuerdo me mataste
 Y entonces, cual los naufragos perdidos
 Después de una tormenta

¡SACRILEGIO!

¿Por qué lo he de callar? ¿a qué temores
En lo que el mundo por desdicha sabe?
La santidad feliz de los amores
Entre el tuyo y el mío ya no cabe.
Un día, que fué ayer aún me parece,
Al entrar en un templo silencioso,
Ví un altar, una luz que languidece,
Y á un sacerdote bendecir piadoso
La unión de un ser, que dijo ser eterno
El puro amor que me jurara un día...
Mi pecho fué un volcán, era un infierno
Y mi alma ¿cómo nó? la maldecía.
Entre dolor, indignación, tristeza,
Yo ví la palidez de su semblante
El azahar emblema de pureza,
Y un hombre más allá... fué lo bastante.
Salió, después, al parecer dichosa
Del medroso interior de la capilla,
Sin el tinte suave de la rosa
Que otras veces tiñera su mejilla.
Al pasar junto á mí, sonó un lamento;
La comitiva que detrás marchaba,
No vió en aquel entonces se agregaba
Un convidado más: ¡el sufrimiento!

LA CAJA DE MIS RECUERDOS

Yo guardo, lleno de afán,
 Una preciosa cajita
 De marfil y malaquita,
 Dó mis recuerdos están.
 Al abrirla, me estasio,
 Siento halagos seductores,
 Que en ella escondo las flores
 Que me diera el amor mio.
 Y sus cabellos de oro,
 Y sus cartas perfumadas,
 Y varias cintas bordadas,
 Que son para mí un tesoro.
 Mi alma se encanta y hechiza
 Mirando tanto primor,
 Porque un recuerdo de amor
 Cada objeto simboliza
 Que por especial virtud,
 Exenta de desengaños,
 Reviven así los años
 De mi alegre juventud.
 ¡Oh amor, que jamás se acaba!
 ¡Oh fe sagrada y bendita,
 Aquí está mi Virgencita,
 A la que ella le rezaba!
 La que su alma mitigó

Dando fin á su quebranto,
A la que imploraba tanto
Que sus lágrimas secó.
Aquí la blanca azucena,
Que hurtó á su jardín florido;
Allá el clavel encendido
De una noche de verbena;
Allí el rústico rosario
Del desierto de Belén,
Y el retrato de mi bien,
Y el bendito escapulario
Que me dió con el objeto
De que cuando yo me fuera
Lejos de ella, me sirviera
Como sagrado amuleto.
Aunque mi pecho taladre,
En esa caja, guardada
Tengo la llave enlutada
Del ataúd de mi madre,
Y al recordar otros días
Siento un hondo desconsuelo,
Y la caja, que es mi anhelo,
Riego con lágrimas mías.

HISTORIA DE UN BESO

Nació de un suspiro ardiente,
Que fué hermano de una lágrima;
Descansó en el corazón;
Recorrió, furtivo, el alma,
Y asomándose á unos labios,
Bermejos, cual la granada,
Lleno de mil inquietudes,
Esperó sobre sus granas
A que Morfeo cubriese
A la hermosa con sus alas,
Durmióse, al fin, junto al lecho,
Amor, en forma de hada,
Sentóse, y vagó el ensueño
Por las regiones fantásticas,
Dibujando mil sonrisas
En aquella fáz de nácar.
El beso pasó suave
Por una oración cristiana,
Y se fijó en el madero
Donde el Redentor estaba
Con su corona de espinas
Y sus lacerantes llagas;
Después, viajando quedito
Entre nubes de oro y grana,
Posóse en una cajita

Que un tesoro de amor guarda,

Y se estampó, con delicia,

En un paquete de cartas,

Donde hay grabados suspiros,

Tristes recuerdos y lágrimas.

Luego se fijó en el rostro

De una madre pura y santa,

Y allí fué más prolongado,

Más dulce, ¡de más constancia!

Descansó un punto, y huyendo

Del vivo deseo en alas,

Sostuvo una sorda lucha

En el interior del alma,

Hasta que al fin, deshaciéndose

De la boca perfumada,

Fué á los labios de un amante,

Se encendió de amor la llama,

Tiñéronse con rubores

Sus mejillas antes pálidas,

Y al despertar, en el cielo

Lució risueña alborada,

Después de ahogarse aquel beso

En un mar de ardientes lágrimas.

MIS FUNERALES

Nada me importa, no, que tu me digas
Que la ausencia ha matado tu cariño;
Ni qué era amor, mujer, supiste nunca,
Ni es sensible una estatua de granito.
Yo te adoré, lo sabes, fuiste un día
Mi pasión más ardiente, mi delirio,
Mi jóven corazón te ofreció entónces
Lo que en el tuyo nunca habrá existido.
Te ofreció esos anhelos misteriosos
Que son de nuestro ser algo divino,
Un culto y un altar, donde yo puse
Tu imágen con tu amor á un tiempo mismo.
Fuiste la dueña de él; jamás mis lábios
Osarian decir lo que tú has dicho,
Pigmalion de tu estatua, ha hecho que hable
La perjuría, faláz, que vá contigo.
No pienses que pretendo acriminarte;
Has muerto para mí, te lo repito,
Ya sabes que de hoy más, existe entre ambos
Una distancia inmensa, un negro abismo.
Te ódio, cuanto te amé; la indiferencia
Del puro amor de ayer, ocupa el sitio,
Y he gozarme viendo como sufres,
Y he de herirte en el alma si te miro.
Ya sé que no te importan mis desdenes

Como á mí no me importan tus desvíos,
Las ilusiones que abrigó mi pecho
Han volado á otra parte á hacer su nido.
Dame la mano, ven, quiero que asistas
A un funeral solemne, irás conmigo,
Al triste funeral de tus amores
De los que sola tu fuiste asesino.
Verás pasar un féretro enlutado
Donde irá un corazón, que será el mio,
Y acaso algunas gotas de sangre
El estigma serán de tu delito.
No lo conocerás; desfigurado,
Exclamarás entónces: ¡no es el mismo!
El que está ante mis ojos, es muy negro,
El suyo no era así... ¡tú lo has querido!
Después, daremos tierra á su cadáver;
Tú ya elegiste para el muerto un sitio,
Una región sin auras y sin flores,
El rincón misterioso del olvido.

.....
No habrá preces ningunas, ¿qué mas preces
Que oír de tu conciencia sordo el grito?
Si quieres que en su tumba haya epitafio,
Ese, quiero dejarlo á tu capricho.
Has muerto para mí: que Dios no haga
Que te encuentre algún dia en mi camino,
Muerto mi corazón, tu ya lo sabes
Te ódio cuanto te quise, y te maldigo.

¡ERA UN ANGEL!

Cuando murió aquella tarde
Impregnada de misterios,
Vistió de luto la tierra,
Y hubo nubes en el cielo;
La ví muerta, y aun parece
Que estoy á la Virgen viendo
Con su cara de azucena
Y sus ojos entreabiertos,
Donde las últimas lágrimas
Hicieron cristal en ellos;
Su boca, nido de perlas
Y de granas, y de besos,
Dibujaba una sonrisa
Porque adivinaba el cielo
Y de sus manos cruzadas
Con una cruz en el pecho,
De perfumada magnolia
Me parecían los pétalos.
El traje, de su pureza
En lo blanco era reflejo,
Contrastando la blancura
De rostro, vestido y féretro
Con las paredes del cuarto
Orladas de paños negros.
Yo la velé por la noche,

Y mis lágrimas de fuego,
Purificando mi alma,
Daban mas luz á su cuerpo
Que en vez de despojos viles,
Flor que marchitara el tiempo,
La transparencia tenía
De esos cristales bohemios
Que perfumadas esencias
Suelen llevar en su seno.
Apenas apuntó el alba,
Se oyeron los tristes ecos
De la fúnebre campana
Del vecino monasterio;
Penetraron en la casa
Tétricos sepultureros,
Y el ataud colocaron
Sobre sus hombros, muy luego;
Iban delante dos cruces,
Y detrás algunos clérigos
Que á intervalos murmuraban
Piadosos y santos rezos,
Hasta llegar á las puertas
Del callado cementerio.
Sobre la tierra movida
Depositaron el cuerpo,
Y por la vez postrimera
Contemplé aquel rostro bello;
Besé sus helados lábios,
Corté sus rubios cabellos,
Y al ver la fosa dispuesta
Que cavó un sepulturero

¡Ay! exclamé, quien pudiese
 Enterrar sus sentimientos...
 Y es que en el mundo, no hay fosa
 Para enterrar los recuerdos.

Á LA LUZ DE LA LUNA

Cuando la noche sus cendales tiende
Y todo en redor calla;
Cuando la luz incierta de la luna
A las ciudades baña,
Y el angel del amor y del misterio
Bate sus blancas alas,
Yo he creído notar que desde el cielo
Descendía una escala,
Donde un coro de rubios querubines,
Pulsando dulces arpas,
Con seráficas voces, esos himnos
De ventura entonaban,
Que son salutations armoniosas
Para las puras almas
Que abandonan la tierra, y van tranquilas
Al cielo, que es su pátria.

«¿Será (me dije) el premio de los buenos
Lo que mis ojos ven? ¿Será la palma
Que Dios en su justicia omnipotente
Para los justos guarda?»

En esto ví que alrededor se abrían
Balcones y ventanas;
Oí después larguísimos sollozos,

Y más tarde ví lágrimas,
 Que al caer por las pálidas mejillas
 De madres angustiadas,
 Como si fueran chispas de un incendio
 Los rostros abrasaban.

Y ví cunas vacías, que la muerte
 Logró desocuparlas,
 En donde el almohadón de lana ó raso
 Aun la huella demarca
 Del peso de la rubia cabecita
 Del niño que espiraba....

¿Era fascinación de mis sentidos?
 No sé pero mi alma
 De angustias infinitas se vió presa;
 Sentí en mis ojos lágrimas;
 Miré de nuevo al cielo, y ví que en brazos
 De ángeles de la guarda
 Aquellos niños muertos sonreían.
 ¡Porque iban á su patria!

LA URNA DE LA VIRGEN

Yo la he visto cuando niño;
Rendíle culto en mi casa,
Y estampando un dulce beso
Sobre aquella cruz de lata
Miraba á la Santa Virgen
Con ojos llenos de lágrimas,
Y con su manto bordado
De lentejuelas doradas.
Es la misma, la conozco,
Es la Virgen de mi infancia,
La que al lado de mi cuna
Mis puros sueños velaba.
Aquella que por las noches
Era de mi madre santa
La constante compañera,
Cuando á la luz de una lámpara
Rezaba un libro piadoso,
Cuyas hojas desgastadas
Aún conservan indelebles
Las señales de sus lágrimas.
Yo las miro como entónces,
Y las tristezas me asaltan,
Y se me nublan los ojos,
Y por mi memoria pasan
En oleadas celestes,

Rumores, besos, fragancias,
Misteriosas oraciones
Por mí jamás olvidadas,
Y aquellas noches medrosas
En que la tormenta airada
Llenó de miedos mi mente
Y llenó de fe mi alma,
Mientras ante aquella Virgen
Yo con mi madre rezaba.
¡Ah! que mi madre se ha muerto,
Y pasaron las veladas,
Y hoy cuando de *Salve* el toque
Oigo en la iglesia cercana,
Mientras el sol se despide
De mi alcoba solitaria,
Caigo ante la urna de hinojos
Y el *Dios te salve*, me salva
De esas angustias sin nombre,
De esos dolores sin lágrimas
Que el corazón nos destrozan,
Hasta que llorando estallan.
Esa urna es mi consuelo;
La primavera galana
Me ofrece ramos de flores
Para poder adornarla,
Y cuando la noche llega,
Cuido la luz de su lámpara
Porque pienso que mi madre
Desde el cielo me lo encarga.



EL AMOR MUERTO

Todo acabó, lo sé, nuestros destinos
Siguen distinta senda;
El mio cruza el mar del infortunio,
El tuyo el lago dó el placer refleja.
Fueron nuestras dos almas, golondrinas
Que se arrullan y besan,
Que nacen cabe un nido y que mas tarde
Para siempre se alejan.
Flores de un mismo tallo, no pudieron
Troncharnos las tormentas,
Y hemos cruzado juntos el camino
Largo, de la tristeza.
Yo he bebido la luz en tus pupilas,
Con la hidrópica sed del que aún espera,
Ahogar los pensamientos de la duda
En el celeste mar de las ereencias;
Y sin embargo, de tu pecho artero
De tu insensible corazón de piedra,
Huyó el amor que me juraste un día
Como huye el sueño de la edad primera.
¿Qué resta del ayer? Olvido y sombras
Donde fuego, pavesas,
Escombros de purísimos afectos
Idolos mil que ruedan;
Tu pecho, hermosa cárcel de ilusiones,

Convertido en caverna,
Donde anidan las sierpes del engaño
Que tu antes puro corazón, laceran.

No pienses, no, que tu desden me mata,
No me ofenden palabras de mujer,
Si un día las creí, fué porque entónces
Me acompañaba el angel de la fe;
Solo me encuentro en la fatal ribera,
Salvado del naufragio de tu amor,
Que si perdí ilusiones venturosas.
Supe sacar á flote el corazón.
Ruda fué la campaña, más ¿qué importa
Si pude tu recuerdo abandonar
Que fantasma tenáz me perseguía?
Mi triste desengaño pudo mas.
Solo me encuentro en la fatal ribera.
Mirando roto el idolo de ayer,
Que he trocado mi amor en ódio insano,
¿Odio dije? no tal, en el desdén.
Si hoy pasas á mi lado, no te miro
Y solo dejo á tu conciencia hablar,
Lo que pueda decirte no lo ignoro
Estoy dentro de tí, y ese es tu mal;
Yo seguiré tranquilo mi camino
Mas si se atiende al rostro, te confieso,
Has de ver en mi rostro al inocente,
Y en tu estremada palidéz al reo!!



LO QUE ES EL MUNDO

Mudos nos contemplábamos, y al vernos
Decían al pasar
Los que por apariencias nos juzgaban:
¡Qué felices serán!
¡Felices! Ignoraban todo aquello
Que pasaba, más tarde, entre los dos,
Cortesanos tan solo, no sabían
Que tú jamás tuviste corazón.
Te veían alegre, complaciente,
La sonrisa en tus labios de rubí,
Hermosa cual ninguna... y ya se sabe
¿Qué importa lo demás para vivir?
Sentados del salón allá en el fondo
Y lejos del bullicio y del placer,
Tu confesión sincera me digiste
Que, te lo juro, nunca olvidaré:
Tus ojos se fijaban distraídos
En el obscuro fondo de un tapíz,
En que una mariposa se veía
Vagar de flor en flor por el jardín.
—«No pienses en mi amor—digiste al cabo;
Olvidame, tal vez otra mujer
Pueda hacerte feliz, cual tu mereces,
Pues te deseo incomparable bien.
Yo he de quererte siempre, como amiga;

¿No te basta mi sincera amistad?
Pero amarte hoy por hoy me es imposible....
Ya ves tu posición.... la sociedad....»
Cuando escuché estas frases de tus lábios
Que un día me juraron dulce amor,
Sentí helarse la sangre de mis venas
Y un puñal que me hería el corazón.
Tu abanico de plumas se agitaba
A impulsos de tu mano de marfil,
Y entonces comprendí tu semejanza
Con la azul mariposa del tapiz.
Como ella inquieta, corres y te posas
En las flores del campo del amor,
Gustando, así, las diferentes mieles
Que se encierran en cada corazón.
Entonces comprendí lo que tu eras,
La venda del error cayó á mis piés,
Serás una escultura.... cualquier cosa,
Todo menos mujer.

Y sin embargo, al ver nuestras miradas
Con la luz del relámpago brillar,
Decían, al pasar por nuestro lado:
¡Qué felices serán!

EL ALBUM DE RETRATOS

Tengo un placer singular
Y paso muy buenos ratos,
Cuando me pongo á mirar
El album de los retratos.
Que en él se encuentra reunida,
Por destino de la suerte,
La muerte, junto á la vida,
Junto á la vida, la muerte.
Séres que ya nos dejaron,
Y que mucho nos quisieron;
Niños que al cielo volaron
Porque á la tierra temieron.
Vírgenes enamoradas,
Llena el alma de candor,
Reflejando en sus miradas
Todo el fuego de su amor.
Aquí, una hermosa morena,
Que fué mi pasión un día,
Y conocí en la verbena
De la amada patria mia.
A su lado, cual visión,
Envuelta entre blancos tules,
Una rubia, una ilusión
Con los ojos muy azules.
Mas allá, dulce fragancia

Esparce como las flores,
Una amiga de la infancia,
Que evoca tiempos mejores.
Cerca de ella *pendant* hace
Un anciano á su hermosura,
Siendo el uno, noche oscura
Y la otra, el día que nace.
Aquí el poeta eminente;
Allí el artista afamado
A quien el génio ha dejado
Su sello augusto en la frente.
Y el militar aguerrido,
Y el sacerdote piadoso,
Y el pensador atrevido
Y el músico prodigioso.
La inocencia, la hermosura,
La virtud, la inspiración,
Todo en el album figura
En extraña confusión.
Llego á su fin, y en la palma
Del martirio, santo, creo
Cuando allí el retrato veo
De la madre de mi alma!
Entre mortales congojas,
Lleno de dulce embeleso,
Riegan mi llanto las hojas
Y doy al retrato un beso.
Que cuando estoy contemplando
Su retrato, me extasía
Pensar que la madre mía
Sourie y me está mirando.

TÚ Y YÓ

Me contastes la historia de tu vida
Y comprendiendo todas tus tristezas,
Un fúnebre crespón cubrió mi alma
Llenándose mi pecho de hondas penas.
Jamás lo olvidare: triste, abatido
Y con heridas que manaban sangre,
Tu cruzaste ante mí como un recuerdo,
Como algo que se ha visto en otra parte.
Como esas ilusiones que se mecen
Sobre nosotros en los dulces sueños,
Como una luz brillante y misteriosa;
Como una creación del pensamiento
Herido el corazón, buscaba en vano
Algún alivio á mi mortal herida,
Más con una mirada de tus ojos,
Me devolviste, con tu amor, la dicha.
Angel, y no mujer, has descendido
Para hacer mi ventura hasta la tierra,
Siendo el culto ideal de mis amores,
El ser que me idolatre y me comprenda,
¿Me podrás olvidar? Si me olvidaras
Acuerdate de mí, ¡sólo un instante!
Aquel en que los dos hablar supimos
Del cielo, del amor, y de los ángeles.

TODO NEGRO

Soy un vago fantasma que cruzando
Del mundo voy el árido desierto,
Y todo aquello que mis ojos miran,
Lo hallo siempre muy negro.
El fértil campo que el Abril esmalta
Con vistosas arreos
De perfumadas y fragantes flores,
Negros mis pensamientos.
De aquellos sueños de color de rosa
Que alimenté otro tiempo,
Solo resta en el fondo de mi alma
El pálido recuerdo.
Ilusiones de amor desvanecidas
¿Porqué fuisteis tan lejos
Dando albergue á crueles desengaños,
Mi dolorido pecho?
Yo quiero ver la luz de aquellos días,
Horizontes abiertos
Donde puedan mis ojos anegarse
En clara luz del cielo.
Andar y andar, ¡qué nubes de tristezas
Cubren mis pensamientos!
Que sombras tan extrañas me rodean,
Cuanto miro ¡qué negro!
¿Me cabrá el estar siempre en ruda lucha

Cual nuevo Prometeo,
Amarrado á la roca misteriosa
De algun lugar dantesco?
No lo sé, pero temo y desconfío,
Sigo mi rumbo ciego,
Y espero hallar la luz que me hace falta
En la mirada de sus ojos negros.

ECOS DEL ALMA

Yo sé que mis pesares á nadie le interesan
Y que camino á solas, transido de dolor;
Aquellos que se rien de los agenos males,
Ni tienen sentimientos, ni tienen corazón.
Canté ya mis tristezas, y á nadie han conmovido,
Que solo indiferencia en mi camino hallé;
Como que son la historia de todos mis afectos,
La historia del cariño que tuve á una mujer.
Y así como el que sufre llorando se consuela,
También en estas páginas mis lágrimas vertí,
Del llanto de amargura, brotaron estos versos
Condensación tristísima de todo mi sufrir.
Si alguna vez recorren tus ojos esas páginas,
Y á conmoverte llegas, temprana flor de Abril,
Acaso compadezcas al pobre vate enfermo,
Acaso, entónces, niña, te acordarás de mí,
Y al ver en ellas siempre refleja mi ternura
Como en tranquilo lago la clara luz del sol,
Dirás lo que hasta ahora tus lábios nunca han dicho:
—«¡Oh cuánto me quería, qué hermoso corazón!»

COMO AYER

¿Te acuerdas? el mismo sitio
Fué testigo en otros días
De nuestros santos amores
Y de nuestras dulces dichas;
El balcón aún no ha cambiado,
La verde parra es la misma,
Es igual el horizonte
Que se estiende á nuestra vista
Y lo mismo son los cielos
De tus hermosas pupilas.
Para el amor verdadero
No hay obstáculos ni envidias,
Tiene en el pecho raices
Y estas nadie las estirpa.
Tras triste tiempo de ausencias
Te vuelvo á ver, alma mia,
Tan hermosa como entónces,
Y, al contemplar tus sonrisas
Y tus ojos llenos siempre
Del sol de mi Andalucía,
Siento anegarse mi alma
En ternuras infinitas
Que á todo mi ser inundan
Con inesplicables dichas.
Sin hablarnos hace tiempo,

Con elocuencia vivísima
Se dijeron las miradas
Lo que los lábios querían;
Y tú y yó, como al impulso
De alguna fuerza escondida,
Dijimos la misma frase
Que del corazón salía,
Y hoy como ayer nuestras almas
En una vemos fundidas;
Tu balcón aún no ha cambiado,
La verde parra es la misma,
Iguales nuestros cariños,
Los cielos de tus pupilas.

MEDITACIÓN

¡Piedad, Señor! el corazón doliente
De Vos tan solo compasión aguarda,
Y ante la cruz divina caigo ansioso
Para verter á solas tristes lágrimas.
¡Piedad, Señor! el animo afligido
De culpas se arrepiente, ya pasadas,
Y lejos de las pompas mundanales,
En éxtasis de amor te entrega el alma.
Infelíz pecador, al fin comprendo
Que del mundo en la mísera jornada,
Solo pueden mis piés hallar abrojos,
Cuyas espinas hieren y nos matan.
Vuestro amor es la luz, luz que ilumina
Todo aquello que pisan nuestras plantas;
Vuestro amor es la dicha y el consuelo,
Ventura que mil goces nos regala.
¿Y yo osé, pecador, con nécio orgullo
Dar abrigo á la duda, que aún me espanta?
El reptil miserable no concibe
Que las nubes remonte, altiva, el aguila.
Vedme aquí á vuestros piés y arrepentido;
Dadme fuerzas, Señor, que me hacen falta,
Y subiré el Calvario de mi vida,
Tranquilo, con la luz de la esperanza.

VELANDO SU SUEÑO

Duerme, mi angel celestial,
Duerme, nada te importuna,
Que te besa hasta la luna
Dándote luz ideal.
Duerme en tu lecho de flores,
Que mi pecho se consuela,
Pues sé que tu sueño vela
El angel de los amores.
Tu cabecita dorada,
Que es mi encanto, mi tesoro,
Parece una lluvia de oro
Descansando en la almohada,
Y tus manitas de rosa
Con sus dedos chiquitines,
Dos perfumados jazmines
Ó alas de una mariposa.
¿Sonríes? ¡con cuánto anhelo
Contemplo tu faz risueña!
Acaso mi niño sueña
Con los ángeles del cielo.
Fuera, la lucha bravia
Resuena de las pasiones...
Angel de mis ilusiones
¡No despiertes todavía!
Duerme, y en sueño profundo,

Como antes, mi bien, te ví,
Que no lleguen hasta tí
Los oleajes del mundo;
Cuando la borrasca empieza
Nos rodean densas brumas,
Vé tu sólo las espumas
Blancas como tu pureza....
Paso la noche callada
Disipando mis enojos....
Ya puedes abrir tus ojos
A la aurora nacarada!!

NOCTURNO

Ni olvido ni perdón, todo ha acabado
Mujer entre los dos,
La que hiere, á mansalva, á quien la adora,
No tiene corazón.
Presentía en el fondo de mi alma
Que para ser feliz
Es menester amar el infinito,
Es preciso sentir.
¿Sentir? dirás con infernal sonrisa,
Platonismo no más,
Amor es solo un libro de recreo,
Que nos llega á agradar.
Esas pasiones que el poeta pinta,
Ese acendrado amor,
Las ilusiones que jamás se agostan,
Quimeras solo son.
¡Quimeras las heridas que en mi pecho
Produjo tu desdén!
¡Quimeras el amar con toda el alma,
Para tí bien lo sé!
Mas para mí, que miro á todas horas
El firmamento azul,
Para mí que te quiero con locura,
La quimera eres tú.



INSOMNIO

En vano lucho porque venga el sueño
Y me dé, con quietud, muerte finjida;
En vano lucho por cerrar los ojos
Y por hallar descanso á mi fatiga.
No quiero ver la luz, y sin embargo,
La luz brillante hiere mis pupilas,
Quiero paralizar mis pensamientos,
Y su labor humana mas se activa.
Recuerdos, impresiones, desventuras,
Afectos amorosos, alegrías,
Todo viene á cercarme en esas horas,
En que todo en silencio se desliza,
Como el reptil que sale de las flores,
Y su letal veneno deposita,
Sin que nadie en la sombra logre verlo,
Ni nadie de su diente se aperciba.
Sumergido en un mundo de ficciones
El ya cansado espíritu se abisma,
Amarrado cual otro Prometeo,
A la roca cruel de las desdichas,
Que se encuentra á merced del infortunio
Por las olas del llanto combatida.
Unas veces se llena la memoria
De ese sol brillador de la alegría,
Cuyos rayos descenden hasta el alma,

Y tiempos venturosos resucitan,
Y otras, el corazón siente amarguras
Mezcladas con mil ánsias infinitas,
Y las lágrimas llegan á los ojos,
Buscando, abrasadoras, su salida.
Ya es un angel quien roza con sus alas
Pensamientos de amor que no declinan;
Es ya un grito el que exhala la conciencia,
Que deja el corazón lleno de espinas;
Ora un recuerdo quien nos lleva presa
De la más ardorosa fantasía,
A recorrer el mundo delicioso
Donde los génios del amor habitan;
Y amores y recuerdos y esperanzas,
Y horribles sufrimientos y alegrías,
Por la imaginación pasan veloces,
Como fantasmas, sin cesar vacilan,
Hasta que el sueño, amigo de la noche,
El grupo de quimeras hostiliza.

LAS CAMPANAS DE MI LUGAR

Lejos de mi amado hogar
Y en tristes, mortales horas,
Que oía, juzgué soñar,
Las alegres, vibradoras,
Campanas de mi lugar.
Para mi no hay santuario
Que unas campanas mejores
Tenga, que aquel campanario,
Centinela temerario
Que se levanta entre flores,
En donde la religión
Tiene asilo misterioso
Y en cada pura oración
Lleva consuelo y reposo
Al fondo del corazón.
Cien catedrales cristianas
Podrán tenerlas mas bellas,
Las ostentarán ufanas,
Más para mí, no hay campanas
Que me suenen como *aquellas*.
En sus estraños sonidos
Que escuché mas de una vez,
Halagando mis sentidos,
Llegan á mi confundidos
Recuerdos de la niñez;

Misteriosas impresiones
De fiestas y de alegrías,
Y místicas oraciones,
Ecos de risueños días,
Rumor de vagas canciones.
Ya el alegre despertar
De la espléndida alborada,
Ya el alegre voltear
Anunciando la llegada
De la fiesta del lugar.
Ora de la procesión
La salida, que impaciente
Esperé con emoción,
O aquel júbilo elocuente
De los días del patrón.
En que el metal placentero
Que sin descansar vibraba,
Incansable pregonero,
Parece que reflejaba
El gozo de un pueblo entero.

.....
¡Ay! que también perturbaron
Esas campanas mi calma,
Y en lágrimas me inundaron
Aquel día en que dóblaron
Por los padres de mi alma.
Sin embargo, no quisiera
Dejarlas de oír un día:
Por mí, con voz placentera
Tocaron cuando nacía,
Y doblarán cuando muera.

¡POBRE NIÑA!

—¡Cuánto tarda en venir la Primavera!
Dice á su buena madre, hermosa niña,
Que viéndose una flor, más sin rocío,
Sueña con besos, puros, de las brisas.
—No tarda, no, ya viene, ya se anuncia
¿No miras las violetas, hija mia?
—Si, madre, sí, pero aun no han retornado
Del Africa, ¡ay de mí! las golondrinas
Y acaso antes que vuelvan á sus lares
Sola te encontrarás con tus desdichas.
—¿Morir tú? No lo pienses, prenda amada,
Dice el doctor que con el nuevo clima
Y la estación de las galanas flores,
Recobraremos la salud perdida.
—No madre, no, yo siento que la sangre
Mis vaciadas venas no acaricia,
Y noto que á mis ojos, solamente,
Acude en fuego y luz toda mi vida.
Si yo siento morir, es por lo sola
Que tu vas á quedarte madre mia;
Muerta la yedra que le dá frescura
¿Qué resta, luego, á solitaria encina?
Pero, ¿lloras? por Dios, si esto fué chanza,
Ya me siento mejor; con qué delicia
Voy á pasar contigo las veladas,

Rezando ante la Virgen bendecida,
Cuyos altares llenaré de flores
Por darle sus fragancias esquisitas.
No estés triste, mi bien, si ya estoy fuerte
¿Ves cómo puedo andar?... La pobre niña
Abandonó el sillón, y cayó luego
Como una flor que el huracán marchita,
Dejando ver sus amarillos lábios
Y á impulsos de tos seca y convulsiva,
Una estela de sangre, precursora
De una rápida y próxima agonía.

Redoblaba la anciana sus suspiros;
Dobló aquella su rubia cabecita,
Y con la luz del cielo en su mirada
Y presa de mortal melancolía,
—¡Sé que me muero, madre, dijo al cabo,
Y no veré volver las golondrinas!

UNA MADRE FUTURA

Cuán bella está la niña de bucles de oro,
Que sujetan, de seda, azules lazos,
Mirando á una muñeca que es su tesoro,
Y que duerme, gozosa, siempre en sus brazos,
Para ella hizo la niña vistosas galas,
Y consultó modelos de perfecciones;
Y corrió, diligente, todas las salas
Sentando á su muñeca por los sillones:
Entónces satisfechos vió sus antojos,
Y con placer inmenso se sonreía,
Cuando miraba á aquella cerrar los ojos,
Batiendo sus manitas si los abría.
Y de emociones dulces en el exceso
De esas en que la infancia goza y no peca,
Disfrutaba la niña poniendo un beso
En la boca de talco de su muñeca.
—¿Quién te quiere, mi dicha?—Con voz melosa
A la dócil muñeca le preguntaba:
—Por tí diese tu madre, la vida, hermosa,
Y en monólogo tierno se solazaba.
—Duerme luz de mis ojos, que al sol la robas,
Duerme, verás un angel de blancas alas;
De otro modo las brujas montando escobas
Se llevan á las niñas cuando son malas.....
¡Oh edad de los ensueños color de rosa!

¿Quién tus goces purísimos no ama y comprende?
Esa niña en sus juegos, á ser esposa,
Y madre santa, y buena, de ellos aprende,
Y sin querer, mas tarde, dichas extrañas,
De su hogar hará templo de la dulzura,
Y dirá luego al hijo de sus entrañas,
Lo que hoy á la muñeca que es su ventura.

LA MUERTE DEL NIÑO

Dobló su cabecita
Como las aves;
Sus dos manos, de nieve,
Tendió á los aires;
Miró hácia el cielo,
Y el pobrecito niño
Quedóse muerto.

¡Pobre madre! no tiene
Su pena límites;
El hijo de su alma
Ya no le vive.
¡La cuna fría....!
¡Quién pudiera Dios mio
Darle la vida!

Se oyen tristes sollozos,
Ruedan las lágrimas,
Y el niño al fin se pone
Triste mortaja,
Blanca azucena,
Y que parece el símbolo
De su pureza.

Cuando el sol, lentamente,
Vá hácia el ocaso,

Llegan cerca, muy cerca,
Del Campo Santo,
Donde aquel niño,
Quedará bajo tierra
¡Muerto de frío!

Pero no, que los ángeles
A el angel velan,
Y le hablarán del cielo
Donde lo llevan....
Mientras su madre
Vé el corazón herido
Manando sangre.

Madres que teneis hijos,
Como luceros,
Si os lo roba la muerte
¡Cuánto tormento!
Porque no hay nada
Como el amor á un hijo
De sus entrañas!



EL PRIMER HIJO

¡Oh dulce aspiración que me enamora
Y dá campo feliz al pensamiento;
Te aguardo con las luces de la aurora,
Y por todo mi ser el goce siento,
Que solo es dable á un alma soñadora!
¡Un hijo! yo le aguardo como suele
La luz brillante el ciego á sus pupilas,
Como el vapor la fuerza que le impele,
Y el que sufre sin fin, horas tranquilas,
O esperanza de amor que le consuele
Sin verle todavía, ya le veo
En los dulces, purísimos, sonrojos
De la madre futura, y verle creo
Asomarse á las niñas de sus ojos,
Con las alas de rosa del deseo.
Al lado de mi amante compañera,
En gratas horas de quietud y calma,
Formamos en dulcísima quimera
Esa historia ideal que sigue el alma,
Cuando la dicha y el amor espera.
—¿Será rubio?—me dice en su embeleso,
—¡Oh cuál será mi dicha regalada,
De mi amor maternal en el exceso,
Poner en su carita sonrosada
Indefinible y prolongado beso!

Ya me figuro verle, en blanda cuna
Como un capullo que el amor envía,
Mientras que solo pienso en su fortuna
Esperando, feliz, que me sonría,
Bañado en luz, suave, por la luna.
¡Cuán santos serán siempre los cariños
Que al hijo bendecido consagremos,
De esos, puros, felices, sin aliños,
Y llenos de ventura gozaremos
Al mirarle jugar con otros niños!

.

.

Y vino el angel, y en su faz rosada
Los besos mas ardientes estampamos;
Es realidad la dicha tan soñada,
Y los dos cual al niño contemplamos
Vemos nuestra ventura realizada
Bendecida ilusión pura y hermosa;
Por mi hijo vida prolongada quiero,
Fingiendo un mundo de color de rosa
Con el angel, crisálida primero,
Que habrá de ser mas tarde, mariposa.

—♦♦♦—

SU CORAZÓN

Leo en tu corazón, hermosa niña,
Como en un libro abierto:
Como me lo he leído tantas veces,
Me lo sé de memoria; es muy ameno.
Y por si acaso dudas lo que digo
Veré si te convengo,
Diciéndote en resúmen los capítulos
Del libro que recuerdo.
Unos tristes y cortos, otros largos,
Muy largos.... tan inmensos
Que me hicieron pasar algunas noches
De mortales desvelos.
El índice del libro, ya se sabe,
Amores, juramentos,
Ilusiones marchitas, desengaños,
Esperanzas y celos.
Voy á ver si conserva mi memoria
Lo que trata el capítulo primero,
Que encabezaba un nombre,
Más el nombre.... ese no lo recuerdo.
El capítulo aquel así decía,
Préstame tu atención por un momento:
«Como jamás sentí de los amores
El purísimo fuego,
El suyo despertó los goces puros

Del amor en mi pecho.
Supieron cautivarme sus palabras,
Le juré amor eterno,
Y lejos de él su imagen era solo
La que llenaba siempre el pensamiento.
Él con delirio ciego me adoraba,
Eso sí, lo comprendo,
Pero era pobre, y aunque yo admiraba
Sus obras y su génio,
Para vivir, no bastan los laureles,
Es preciso dinero,
Si él mejorase de fortuna.... acaso....»
Y no seguí leyendo:
Te devolví aquel libro, que tu escondes
En el oscuro estante de tu pecho,
Y ya sabes después lo que te dije:
Toma tu corazón, que yo no puedo
Comprar por la tasa que me pides,
Otro acaso te ofrezca mas dinero.

LA EMIGRACIÓN

Serena está la tarde que se viste
Con sus mejores galas
Dejando el sol sobre la mar tranquila
Sus vivas llamaradas,
Que fingen un bullir de oro encendido
Sobre las olas mansas,
Que besan, con amor, á las arenas
De la suave playa.
A lo lejos, meciéndose en las olas
Con indolencia vaga,
El buque de emigrantes solo espera
Para partir, su carga.
No trata de encerrar en sus bodegas
Frutos de la comarca,
Ni las riquezas que produce el suelo,
Cansado ya de darlas.
Su cargamento, es rico, pero es triste,
Montón de carne humana,
Y de suspiros que se lleva el viento,
Y de lutos, y lágrimas.
¡Vedlos, son ellos, sí, los emigrantes
Hoy desdichados párias,
Porque no encuentran pan para los séres
Queridos, de su alma!

Mal cubiertas sus carnes con harapos,
Y tristes las miradas,
Miran desde las bordas, desde lejos
A su adorada patria
Donde están sus hogares silenciosos,
Donde quedan sus almas.

.

Ván en pòs del trabajo que no encuentran
En nuestra madre España,
Que és para tantos séres desgraciados
No ya madre, madrastra.
¿Lograrán su ambición? ¿Verán un día
Lucir una alborada
Que disipe las nubes tenebrosas
Que forma la desgracia?
Que Dios los colme de serenas dichas
Dándoles el mañana
Felicidades mil, enjugadoras
De sus ardientes lágrimas.

.

Se alza la brisa, se dispone el barco
A soltar las amarras,
Y un momento después, aquel emprende
Magestuosa marcha.
No es un buque español el que los lleva,
Por eso vivas ánsias
Sienten cuando aun divisan en el puerto
Gloriosa enseña y santa
Que alegra los sentidos y despierta
El amor á la patria,

Cuando ondea orgullosa con el viento
Su color rojo y gualda.
Pone no obstante en sus sedientos labios
Un muera, la desgracia.
¿Nació del corazón? no, que este nunca
Nos dirá ¡muera España!
¡Desdichada nación! hermosa tierra
Tan bella como ingrata,
Haz porque vuelvan pronto á sus hogares
A los que el hambre arrastra;
Son tus hijos, y madre cariñosa
No es posible que vaya
A dejarlos morir, lejos del sitio
Donde aprendieron su primer plegaria!....



LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Virgen de la Concepción
Que brillas en los altares
Y disipas los pesares
Que afligen al corazón;
Lleno de dulce emoción
Caigo á tus plantas de hinojos,
Miro del sol los sonrojos
Que besan tu pura frente,
Y asoman furtivamente
Las lágrimas en mis ojos.
A Tí, Virgen celestial,
Que yo en mi aflicción imploro,
La que cual rico tesoro
Guarda nuestra Catedral,
La que consuela al mortal
En todas sus aficciones
Con las santas emociones
De aquel que en la fe confía,
Vengo á tus piés, Vírgen mía
A elevar mis oraciones.
Perfumada la capilla
Por las flores del altar,
El alma dispuesta á orar
Y en el suelo la rodilla,
De toda humana manecilla

El espíritu se exime,
Nada en inquietud le oprime,
Todo consuelo denota,
Y algo en el espacio flota
Que fortalece y redime.
Nimbos de luz te coronan,
En pabellones de nubes;
Te circundan los querubes
Que himnos á tu gloria entonan;
A tu influjo se perdonan
Los yerros del pecador,
Y cantando en tu loor
Aquellos que son creyentes,
No hay más que puras corrientes
De fe divina y de amor.
De su inspiración al brillo,
Y en alas de sus creaciones,
Sus sublimes *Concepciones*
Dieron la fama á Murillo,
Y no hay afecto sencillo
Ni corazón, que un momento
Dé al olvido el sentimiento
De religión que enaltece....
Y que más grande parece
Cuando va á tí el pensamiento.

LA PRIMERA GOLONDRINA

Cruzó la estensión del mar;
Llegó á este vergel florido,
Buscó con afán su nido
En las vigas de mi hogar,
Y al entrar en mi morada
Abatiendo el raudo vuelo,
Su luz dibujó en el cielo
La purísima alborada.
Oí sus trinos suaves,
Que tienen ecos divinos;
Pude distinguir sus trinos
De los de las otras aves,
Y con profunda emoción
A el ave parlera oía,
Que auras del amor traía
A mi triste corazón.
Es ella, sí, con el sello
De mi amor estar grabada,
Aun trae la cinta encarnada
Que mi bien la puso al cuello;
Es la avecilla parlera
Que con pena ví marchar,
Es la que vuelve á mi hogar
Y anuncia la primavera.
Golondrina, golondrina,

Testigo de mis amores,
Dulce amiga de las flores,
Mi mensajera divina;
Tu ahuyentas mi padecer,
Tu disipas mi sufrir,
Y haces en mí revivir
Los recuerdos del ayer.
¡Amor, que en mi ser resbalas,
Santo y dulce amor primero,
De esa golondrina quiero
Que duermas bajo las alas,
Que ella de nuestra pasión
Vió las dichas soberanas,
Y acudió por las mañanas
Presurosa á mi balcón!
Aún ese amor me domina
Y á Dios con afán le pido,
Labrar mi amoroso nido
Cual la primer golondrina!!

SUEÑOS

Dulces brisas de amor, tranquilo lago
En cuyas puras y serenas aguas
Se refleja la imágen misteriosa,
Llena de luz, de la mujer amada;
Dejadme que repose en sus riberas,
Y perciba tranquilo las fragancias,
Que de las flores que el amor cultiva,
Cual pebeteros del Oriente exhalan.
Yo ambiciono soñar, quiero apartarme
De la maldita realidad humana,
Que solo ofrece misteriosas dudas,
Días sin sol y abrasadoras lágrimas.
¡Soñar! hermosa dicha del poeta
Dormir en brazos ¡ay! de la esperanza,
Ajjigantar perdidas ilusiones,
Que hacen nido feliz dentro del alma:
Yo ambiciono soñar, yo busco vida
En donde tiene la pasión sus auras,
El corazón su fuego inestinguible,
Y el culto eterno la muger amada....
Pude soñar al fin, pero ¡qué sueños!
Aun su recuerdo por mi sér resbala,
Como si circulase por mis venas,
De un oculto volcán, ardiente lava.
Había muerto ella; su figura,

Escultural, indefinida, lánguida,
Parecía á mis ojos asombrados,
Una vara ideal, de rosas blancas.
En sus hermosos ojos entreabiertos,
Ya privados de luz, yo ví dos lágrimas,
Encarnación de su ultimo suspiro,
Condensación de su última esperanza.
Puse en sus yertos lábios beso ardiente,
A animar aquel cuerpo fué mi alma,
Y entonces desperté... del sol un rayo
Perezoso se entró por mi ventana...

EL EXPÓSITO

Su origen, nadie lo sabe,
Sus padres le desamparan,
Vino al mundo cierto día
En brazos de la desgracia,
Que lo arrojó en una cuna
Muy grande y hospitalaria,
Que á esos ángeles recibe,
Que apenas tienden sus alas,
Suelen morir de frío,
De un frío que hiela el alma,
Revelador de martirios,
Causa de muchas nostalgias.
¡Pobre niño! tú has nacido,
O entre los vicios que manchan,
O entre profundas miserias,
O entre crímenes que espantan:
A penas naces, tu vida
Es triste, desamparada,
Que no te basta el abrigo
Ni que te den una cama,
Si te falta todo aquello
Que es culto de nuestras almas,
Un calor que solo existe
En la familia, en la casa,
Entre los amantes brazos

De una madre idolatrada.
Él, jamás sintió en sus labios
Besar sus mejillas pálidas,
Huérfano de esos cariños
Que en el corazón se arraigan,
Y que son de nuestra vida
Las afecciones mas caras,
¡Qué triste es verse sin nombre,
Qué horrible es esa asechanza
Que á la inocencia hace el crimen,
Para ver luego á la infancia
Señalada con un número
En una cuna prestada!
La sociedad, al expósito
Y sin compasión rechaza,
Y le dá de amor sus besos
Esa hermana dulce y santa,
Consuelo del afligido,
Que de Caridad se llama:
Ella le dá el primer ósculo
En sus mejillas de nácar,
Y vela, tambien, sus sueños
En esas noches calladas,
En que parece que surgen
Angeles de blancas alas,
Y al expósito sonrien,
Y aún á veces lo arrebatan
Para llevarlo hasta el cielo,
Donde la Virgen lo aguarda,
Como madre cariñosa
Que lo espera y que lo llama.



LA IGLESIA DEL LUGAR

Se halla el pueblo junto á el mar,
Que en sus playas se avecina,
Y en una verde colina
La Iglesia está del lugar,
Adonde acuden los fieles
A orar, llenos de fé pura,
En aquella iglesia oscura
Sin frisos ni chapiteles.
Allí el pecho alivio siente,
Y á él vuelve la santa calma;
Allí se embelesa el alma,
Y allí se forma el creyente.
Para sentir y rezar,
Basta al espíritu luz,
Una Virgen, una Cruz,
Un pensamiento, un altar.
Por eso á mi alma estasía
Un templo sin esplendores,
Y un altar lleno de flores
Que embriagan el alma mia.
Debido á toseo pincel
Y en un modesto retablo,
Ví desde niño al diablo
Hollado por San Miguel;
Y en la medrosa capilla

De miedos y asombros llena,
Luce á intervalos serena
La luz de una lamparilla,
Que con su triste fulgor
En misteriosa penumbra,
La santa imágen alumbra
Del Divino Redentor.
En tardes primaverales
Le presta vivo arrebol
La luz hermosa del sol,
Entrando por los cristales
De las ojivas preciosas,
Orladas de resplandores,
Que fingen con sus colores
Enjambres de mariposas.
Todo santidad respira
En aquel lugar sagrado:
Aquí el altar perfumado
Donde á la Virgen se mira,
Y el atril con el misal,
Que lee el cura diligente
El Domingo en que la gente
Va á la Iglesia parroquial.
Y el púlpito que domina,
Como cátedra sagrada,
Donde surge reposada
La fe, en palabra divina.
Allí el párroco se afana
Lleno de santos cariños,
Por instruir á los niños
En la doctrina cristiana.

Allí acude el pecador
Arrepentido y contrito,
Y se confiesa el delito...
Y se confiesa el amor...
Y cuando la noche llega,
La esquila del campanario
Toca, pausada el Rosario,
Y allí á los fieles congrega.
De esa esquila el grato sonido
Me causa melancolía,
Y sus ecos todavía
Suenan en mi corazón.
En esa Iglesia la fe,
Luz de mi vida adquirí;
En esa Iglesia sentí,
En esa Iglesia lloré.
De hinojos ante su altar,
Fuimos un día los dos,
Y aquel día ví yo á Dios,
¡Madre! y me hiciste rezar.
Por eso cuando dirijo
Mi vista á tiempos mejores,
Me acuerdo de mis amores,
De mi *ayer*, del Crucifijo
Y de mi madre adorada,
Que no irá mas á rezar
A la Iglesia del lugar
Por las flores perfumada.

LA CUNA Y EL ATAUD

Rudo, infatigable obrero
Con sudores gana el pan
El bueno y honrado Juan,
Laborioso carpintero.
Él con afanes prolijos
Vé su vida venturosa,
Con el amor de su esposa
Y el cariño de sus hijos.
De la vida en los azares
Ellos mejoran sus días,
Y le infunden alegrías
Y disipan sus pesares.
Y así feliz el buen Juan
Hace, sin otra ambición,
Del trabajo religión,
Por dar á sus hijos pan.
Cuando en las noches de luna
Al primer hijo esperaba,
Lleno de ilusión, soñaba
Con hacerle blanda cuna.
Vino el angel, que la madre
Dió al mundo, en grato embeleso,
Y recibió el primer beso
En la cuna de su padre.
Mas ¡ay! que pronto su amor,

Su esperanza, su alegría,
En brazos del mundo, huía
De otro angel, el del dolor,
Y en profundo desconsuelo,
Cuyo recuerdo le aterra,
El niño deja la tierra
Para ir á morar al cielo....
Triste noche, en que silbando
El viento con fuerza brava,
El pobre Juan se encontraba
Un ataud fabricando.
Dicha, placer, juventud,
Todo lo roba el destino,
¿Por qué es tan corto el camino
De la cuna al ataud?

LA ILUSIÓN

Sin ella ¿qué es la vida? senda obscura
Donde la luz del sol jamás penetra,
Corazón angustiado donde gime
Hondo pesar que nuestro ser lacera.
Sin la hermosa ilusión que nos anima,
Sin la hermosa ilusión que nos consuela,
¿Qué fuese del amor que nos seduce,
Qué fuera de los cantos del poeta?
Tristes ecos de angustia no extinguidos,
Y lágrimas ardientes que nos queman.
La ilusión es consuelo, y es la virgen
Que con puros amores solo sueña,
Es el angel de paz que por las noches
Junto á su lecho con constancia vela,
El deseo del bien no satisfecho
Las flores del amor que no se secan.
Por ella vivo yo, por ella existo,
Que ella disipa mis dolientes penas,
Y mitiga mis mas hondos pesares,
Prestando alivio, siempre, á mi tristeza.
Vosotros pensadores á la moda,
Los que solo creéis en la materia
Y negais el influjo del espíritu
¿Decidme, qué es la vida sin su esencia?
Un infierno dantesco, una amargura

Que siente el corazón y jamás cesa,
Vivir pisando míseros abrojos,
Estar siempre cercados de tinieblas,
Vislumbrar un edén y no alcanzarlo,
No ver jamás el cielo, y sí la tierra,
Dudar, solo dudar, sin que alimente
El triste corazón puras creencias.
Ilusión, ilusión, tú eres mi egida,
Tú eres la musa que consuelos presta,
El faro que ha alumbrado mi camino
Y la luz celestial que me rodea.

EL DEVOCIONARIO

En sus tapas de piel fina
Ostenta una cruz de nácar;
Su tafilete es dorado,
Tiene los broches de plata,
É intercalando su texto
Ilustraciones y estampas,
En las que la fe se esconde
Lo mismo que la esperanza
De la niña candorosa,
Que vierte sus tristes lágrimas.
De ella confidente eterno,
En sus manos nacaradas
Busca asilo misterioso,
Mientras recibe en sus páginas
De sus ojos todo el fuego,
De su aliento todo el ámbar,
Con la oración, que nacida
En el fondo de su alma,
Surge después de sus labios
Bermejos como la grana.
En ese devocionario
Tambien, esa niña guarda
Marchitas flores, y un rizo
De cabellos, del que ama,

Presos con una cintita
De seda, celeste y blanca,
Devocionario piadoso,
Libro de memorias santas
Ser una oración, quisiera
Sublime, pura y alada
Porque sus divinos ojos
Su luz hasta mí llegaran,
Abrasándome en el fuego
De sus ardientes miradas,
Donde anidan los amores,
La ilusión y la plegaria,
Y la imágen del deseo,
Los negros celos que matan,
La dulzura, las bondades,
Gloria, infierno, mundo y alma,
Corrientes de misticismo
Y emanaciones profanas,
Que azotando los sentidos
Hacen que despierte el alma.

¡AY!

Desde que ella murió nada es alegre
 Y solo cuando triste miro al cielo,
 Se me figura ver en cada estrella,
 La luz hermosa de sus ojos negros.
 Es la aurora que nace, sus sonrisas,
 En la tarde que muere, sus recuerdos,
 Y en la noche callada, aquella noche
 En que me dió, de amor, ¡su último beso!

*En costumbre de mentir,
 Hace, que al decir verdad,
 Se dude si es realidad
 Lo que acabas de decir,
 O si es otra falsedad.*

MI CALVARIO

La errante caravana del desierto,
Suele hallar grato oasis de frescura,
Una palmera que le preste sombra,
Amiga esfinge que del sol la escuda.
El náufrago, infeliz, brillante faro
Que le indica el camino de la playa,
Y el triste corazón, grato consuelo
Con el bautismo santo de las lágrimas.
Y en cambio yo que errante peregrino
Cruzo el desierto erial de la existencia,
Ni encuentro oasis que me dé placeres,
Ni muda esfinge, ni gentil palmera.
Náufrago del dolor, no he visto el faro
Que me indique la playa venturosa,
Ni supe hallar del manantial purísimo
De donde el llanto misterioso brota.
¡Dicha! ¿por qué te escondes á mis ojos?
Dulce felicidad ¿eres un mito?
¿Habrá de ser eterno mi Calvario?
¿Vendrá la Redención á mi martirio?

MI DESEO

Quisiera ser tu sér, y estar contigo;
Quisiera ser el sol que te ilumina,
El perfume suave de tu boca,
Y el céfiro sutil que te acaricia;
Ser un rayo de luna, y platearte
Esa fáz hechicera y nacarina,
Ser el sueño que enerva tus sentidos,
La luz en que se bañan tus pupilas,
El collar que rodea tu garganta
Y el horizonte vago á donde miras.
Quisiera ser la dicha que te alegra,
El suelo, siempre fértil, que tu pisas
Y tus cabellos rubios que parecen
Hebras de sol, del cielo desprendidas.
Quisiera ser los átomos de rosa
Que en tus lábios de grana se respiran,
Quisiera ser un beso, y estamparme
En esos lábios ¡ay! toda la vida;
Quisiera unirme á ti como la yedra
Únese al viejo tronco de la encina.
Quisiera ser tus dudas, tus desvelos,
Las lágrimas que viertes, bella niña,
Quisiera ser, en fin, hasta la losa
Que cubrirá tu sepultura un día.

SU ESCULTURA

Con un fuego de pasión,
La luz del sol que fulgura
Penetra por el balcón
De espaciosa habitación,
Por besar una escultura.
Admira aquel seductor
Busto, á que el arte dió norma,
Con todo su santo amor,
¿Es obra del escultor
O un angel le dió la forma?
Esa escultura, tormento
Del dócil y hábil cincel,
Que la labró en un momento
A impulsos del sentimiento
Brotó, entre lágrimas, fiel.
Es retrato de una hermosa
Que sucumbió entre aficciones
De muerte lenta, angustiosa,
Y al agostarse la rosa,
Murieron las ilusiones
Del artista, que cifraba
Sus dichas y sus antojos,
En la mujer que él amaba,
Cuando feliz se miraba
En las niñas de sus ojos.

El artista, en su locura,
Viendo morir su ilusión,
De su alma la luz mas pura,
Pensó en hacer su escultura
Con fibras del corazón.
Su exaltada fantasía
No cesaba, ni un momento,
De trabajar noche y día,
¡Siempre su imagen tenía
Grabada en el pensamiento!
Dando forma al mármol duro,
Nada á su cincel arredra,
De su inspiración seguro,
Fingiendo aquel rostro puro
La blancura de la piedra.
Traza líneas ideales
Lleno de fuego y pasión,
Sus formas esculturales,
Van surgiendo, celestiales
Del fondo del corazón.
Desalentado á la par
Arroja luego el cincel;
Imposible modelar
Aquel rostro singular
Que vive en el mármol fiel.
—¡Retratarla! que locura
Exclama con desaliento:
—Aquí no está su hermosura
¡Tan solo en mi pensamiento
Conservaré su escultura!



AL VOLVER

¡Te vuelvo á ver, afán de mis sentidos!
Mi dicha, mi esperanza,
¡Qué dudas, qué ansiedad, si no te veo
Que vida tan amarga,
La que paso sin tí, que tu eres solo
¡El angel de mi guarda!
Hoy te encuentras de nuevo, aquí á mi lado,
Pones fin á mis ánsias,
Y conviertes los ásperos abrojos
En flores perfumadas.
¿Qué tienes, dí? Respóndeme, bien mío,
¿Acaso no me amas?
Yo quiero que tus lábios seductores
Rojos como la grana,
A impulsos de tu amor, céfiro blando,
Cual las flores se abran.
Como espera la alondra, allá en su nido
La luz de la alborada,
Así aguardo, impaciente, vida mía,
Tu amor, con tus palabras...
Tus ojos se iluminan como un cielo,
Brillan mas tus miradas....
Ya no dudo de tí, ya sé, mi vida
Que me sabes querer ¡con toda el alma!



RIMAS

III

I

Mi destino es cruel, yo soy la sombra
Amiga de las horas del dolor,
Y tú bella mujer á quien adoro,
La luz brillante que nos manda el sol.
Yo vivo siempre con amargas penas
Y tu vives enmedio del placer,
Cuando quieres llorar, y no hallas lágrimas,
¿Sabes tú porque és?
Las lágrimas no brotan sino á impulsos
De un sentimiento que concede Dios,
Brotan del corazón, en donde nacen...
Y tú nunca has tenido corazón.

II

Siempre que paso por la Cruz bendita,
Centinela constante de los muertos,
Los séres que perdimos, para siempre,
Con lágrimas recuerdo.
Y llena el alma de mortal congoja,
Penetro en el callado cementerio,
Caigo sobre una losa de rodillas....
Y suspirando, rezo,

Y al alejarme triste y silencioso,
 Se me figura percibir un eco
 Que sale de las tumbas, y me dice:
 «Gracias por la visita, y *¡hasta luego!*»

III

Tu amor fué una borrasca de mi pecho
 Del cruel desengaño á los embates,
 Volaron mis risueñas ilusiones,
 Como vuelan las hojas de los árboles;
 Más como el roble añoso desafía
 El rigor de las fieras tempestades,
 Así á mi corazón no podrás nunca
 Ni conmover, artera, ni humillarle.

IV

Cuando pasó ante mí sintió mi pecho
 Una viva emoción inesplicable:
 Hermosa como un astro, era la reina
 En el salón de baile.
 Pasó á mi lado bella y sonriente
 Como un rayo de sol que nos alegra;
 Latió mi corazón, vino el deseo,
 Y posándose en él dijo: «Despierta»
 Nuevo Lázaro, en mí surgió la vida,
 Y el angel del amor batió sus alas,
 Y sentí renacer las ilusiones
 Con la brillante luz de su mirada.

Después miré en sus ojos hechiceros
Las nacaradas perlas de su llanto
A sus piés una rosa ya marchita...
La historia eterna del rapáz vendado.

V

El día en que yo me muera
Quiero que lleven mi cuerpo
A la región donde viven
Mis dichas y mis recuerdos;
Donde fuí feliz un día
Con mis amores primeros,
Debajo de aquellos árboles,
Centinelas de mi huerto,
Testigos en nuestra infancia
De sus inocentes juegos.
De mis delirios de joven,
De mis amorosos sueños,
De aquella serena tarde
En que me dió el primer beso.

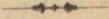
VI

Si es verdad que los sueños son quimeras,
Ya sé que solo en sueños me has amado;
Más si son realidad, feliz me encuentre;
Anoche, en sueños, me digiste: ¡Te amo!

VII

Me lo decías en el tono grave
Con que lo más solemne se reviste:

Nos separa un abismo tan profundo
Que hace de nuestro amor un imposible.
¿Para siempre?—te dije conmovido,
Sintiendo la honda herida de mi alma,
¡Para siempre! perder lo mas hermoso,
Lo último que se pierde ¡la esperanza!
Hermosa como nunca, con los ojos
Llenos de luz, del sol del Mediodia,
Más que mujer, me pareció una Virgen
Arrancada á una tabla bizantina.
Cerca de mí sus lánguidas miradas,
A estremecer mi espíritu llegaron....
Y me daba la vida su presencia,
Y la muerte, las frases de sus labios.
¡Imposible! Dios mio que poema
De tristezas, sin fin, y de amargura!
Ella podrá hasta odiarme, maldecirme....
Mas no por eso he de olvidarla nunca,
Que así como la roca desafia
El ímpetu constante de las olas,
Así yo desafio el infortunio
Inmóvil, mudo, oculto entre las sombras.
Me pidiera la vida, y yo gustoso
Se la entregara satisfecho y firme....
Pero ¿qué dé al olvido su hermosura?
¿Qué la deje de amar? eso.... ¡imposible!



LA DIFTERIA

¿Qué fué del angel rubio cual las mazorecas
Que velaba en la cuna su tierna madre?
Golondrina azulada, dimelo pronto
Porque me he figurado que tu lo sabes.
«Abandoné mi nido con la alborada;
Con mis obscuras alas dí en los cristales,
Solo me respondieron tristes sollozos;
Vacía ví la cuna, luego dos ángeles
Que en brazos se llevaban al pobre niño
En cuyo débil cuerpo se heló la sangre.
Dijo el doctor un dia: «No tiene cura,
La ciencia es impotente para salvarle,»
Y la madre fijaba sus tristes ojos
Con fervor de agonía, en una imagen
A que una lamparilla de aceite, daba
Un fulgor desmayado, triste, suave.....
¡Ella puede salvarle! Virgen bendita
De mi al hijo adorado, por Dios no apartes.

.....
.....
Después en la garganta del niño enfermo
Oyéronse estertores inesplicables....
Un mónstruo, la difteria, que lo mataba,
Y cerca de la cuna, velando un angel.

MADRIGAL

Vuelve hácia mi tus ojos hechiceros,
Cuyo mirar suave,
Tienen la luz que irradian los luceros,
Y el continente grave
De la mujer hermosa, pura y buena,
Que con sus mil hechizos enagena.
Por tí diera, mi bien, toda la vida,
Porque eres mi consuelo,
Y tu belleza espléndida convida
Con los goces purísimos del cielo.
Abeja libadora,
Aunque te cause agravios,
Quiero extraer ¡oh niña seductora!
La regalada miel que hay en tus lábios.
Que ¿cómo? de pasión en dulce exceso;
En un ardiente y prolongado beso!

¿QUÉ ES EL AMOR?

¡Amor! luz para vivir
Inexplicable placer,
Que ni se puede perder
Ni se puede definir.
Amor es..... delirio, calma,
Dulce sonrisa de un niño....
¿Amor verdad? el cariño
De la madre de mi alma.
Porque amor, dicen los más,
Que es fingido en muchos séres,
Será en las demás mujeres,
En una madre jamás.
Así su esencia se encierra
En una mujer sin dolo,
¿Qué existe un amor tan solo?
¡El más grande de la tierra!
Amor que presta consuelo
A el alma que lo concibe,
Y que su aroma recibe
Del trono de Dios, del cielo.

À UNA NIÑA RECIEN VESTIDA DE LARGO

¿Me preguntas mi opinión
Del mundo y su batahola?
¡Oh imagen de la ilusión!
Tu constante aspiración,
Trae cola.

¿Qué soy pesimista? evito
El serlo, rueda la bola,
Decir verdad necesito
Y además te lo repito:
Tiene cola.

¿Qué la tuya tiene flores
Y es de gasa? ¡Hola, hola!
¿Qué sueñas con tus amores
Y tienes adoradores?
Eso sí *que trae cola.*

VAGUEDADES

I

—¿Qué es lo que tocan?

—A muerto.

—¡Oh qué tristes las campanas!
Que pronto se han enterado
Murió el amor en mi alma!

II

Cuando me miro al espejo,
Me dice—son mis antojos—
Mi cara que soy un viejo,
Que soy un joven mis ojos.
Y es que perdida la calma
En el triste corazón,
No en vano espejos del alma
Dicen que los ojos son,
Y aun cuando más de una vez
Mire empañar su fulgor
El frío de la vejez,
Guardan el fuego de amor!

III

¡Llorar! no puedo llorar
¡Qué horrible angustia la mía!
Tanto lloré en aquel día
Que la fueron á enterrar!

IV

Dí que no toquen á fuego,
Por más que por tí me abraso;
¿Quién pretenderá apagar
El fuego que hay en tus labios?

LA FLOR SECA

—•••—

 Símbolo de amor naciente,
Surgió con la Primavera,
Y murió con el Otoño,
De una pasión, en la tierra.
Así son las ilusiones
Que el amor siempre rodean:
Primero fuego que abrasa,
Después nieve que blanquea,
Y del corazón nacida
Se traslada á la cabeza,
Siendo de nuestra vejéz
Y de nuestro hastío emblema.

—•••—

EL GUARDAPELO

Cerca de mi corazón
Le presta un calor suave,
Y es que en su interior encierra
El retrato de mi madre:
Un retrato en miniatura
Que iluminó un pincel hábil,
Dando vida á sus mejillas,
A su espresión mil bondades,
Luz seráfica á sus ojos,
Y aspecto santo de mártir.
Madre mia, madre mia,
En mis tristes soledades
Miro al cielo, y me figuro
Que mis desdichas compartes,
Y que consuelo me prestas
En rudas adversidades.
Cuando en el negro ataud
Caigan mis restos mortales,
Sigue sobre el corazón
Que por tí con fuerza late.
Quiero que no me abandone,
El retrato de mi madre,
Ni de la muerte callada
En los solemnes instantes!!!

LA PAZ DE LA ALDEA

No hay paz más hermosa
Que la de mi aldea;
Allí algún reposo
Mi espíritu encuentra,
Y grato deleite
Me ofrece mi huerta,
El monte, la caza,
Mi hogar, las risueñas
Y siempre encantadas
Perspectivas bellas.
Cuando de la aurora
Da el gallo el alerta,
Abandono el lecho,
Cojo la escopeta,
Del lebrel seguido,
Que me hace mil fiestas,
Y al monte mis pasos
Encamino, mientras
Escucho á las aves
Que allá en la floresta
Cuando el sol asoma
Cantando gorjean.
¡Qué hermoso está el campo,
Que blanca la iglesia

Del lugar, qué aromas
Exhala la sierra!
Ya el lebrél ligero
Que el monte olfatea,
La liebre descubre,
Cuyas dos orejas
Se empinan, oyendo
Rumor en las breñas;
Me escondo, dispare
Al fin mi escopeta,
Y el perro consigue
Cobrarme la pieza,
Que trae entre los dientes
Aun convulsa y trémula.
Después dos perdices
Mato en la maleza,
Y al hogar regreso,
Donde ya me esperan
Los blancos manteles
De mi limpia mesa;
Como, y doy al cuerpo
Dos horas de siesta;
Me fumo un cigarro,
Salgo á la pradera,
Recorro la viña,
Me voy á la huerta,
Y allí me consagro
A rudas faenas
Con las hortalizas,
Que ya sólo esperan
Que con una azada

Les cave la tierra,
Dándoles el riego
Con el agua fresca
A que doy salida
De cercana alberca.
Cuando el sol se pone,
A mi hogar doy vuelta,
Y después penetro
En la santa iglesia
Donde está la Virgen
Que mi alma venera;
Le rezo una salve,
Vuelvo á mi vivienda,
Y cuando he apurado
La sabrosa cena,
Cojo un libro y leo
Hasta que se cierran
Mis cansados párpados,
Y el lecho me espera.
No hay vida más dulce,
Sin odios ni penas,
Ni amores que espinas
En el alma dejan,
Sin que orgullo aliente
Mentidas empresas.
Así feliz vivo,
Y así mi existencia
Disfruta, constante,
La paz de la aldea.



EL NIÑO FOSFORERO

Con mil pintorescas gracias
Reflejadas en su rostro,
Vistiendo de lienzo un traje
Con los pantalones cortos,
Véase al niño fosforero
Cruzando de un lado á otro
Pregonando á todas horas,
Sin ningún descanso ¡fósforos!
El fosforero, en la escuela
El estudio provechoso
Seguir no pudo, y el hambre
Le obligó á vender los fósforos
Cuyas cajillas procura
Vender á diario, pronto,
Sin que falten parroquianos,
Con el niño generosos,
Que le den á más propinas
Para formar sus ahorros,
Que después lleva á su madre
Todas las noches gozoso.
Pálido cual la azucena,
Con envidia vé á los otros
Niños que juegan alegres
Formando animado corro,

Mientras que él, triste, muy triste,
Sigue pregonando ¡fósforos!
Sufre el frío del invierno
Y los calores de Agosto,
De los cafés en las puertas,
En el paseo, en los toros
En todas aquellas partes
Donde puede hacer negocio.
¡Pobre niño! flor temprana
Que no conoce los gozos
De la edad más venturosa,
La de los sueños hermosos,
En la que todo sonrie,
Sin desengaños, sin ódios.
Cuantas veces acercándose
El niño á mí, cauteloso,
Me ha dicho con dulce acento:
«Y hoy ¿no me compra usted fósforos?
Esta cajilla es la última
Señorito.» Se la compro,
Y lo miro satisfecho
Ir á su hogar presuroso
Cual ave que busca el nido,
Con la alegría en el rostro
Una copla entre los lábios
Y los cuartos en un bolso,
Hasta que al dia siguiente
Vuelva á emprender su negocio
Pregonando por las calles
Y por las plazuelas ¡fósforos!



EL ABUELO

Muy próximo á la ventana,
Que tiene vistas á un huerto,
Con la nevada cabeza
Inclinada sobre el pecho
Se encuentra alegre, sentado
En amplio sillón de cuero,
Un anciano que contempla,
Lleno de gozo, los juegos
A que se entregan solícitos
Sus pequeños nietezuelos.
Hay en sus dulces miradas
Y en su rostro adusto y seco
Donde sus profundos surcos
Dejó marcados el tiempo,
Huellas de dolor, sonrisas,
Y en sus miradas el fuego
De los días venturosos,
Que por su desgracia huyeron.
Cuando los niños se cansan
De sus infantiles juegos,
Buscan cariñoso asilo
En los brazos de su abuelo,
Que en sus rosadas mejillas
Estampa sonoros besos,
Mientras su huesosa mano



Acaricia con empeño
Sus cabecitas doradas
De querubines angélicos,
Escalando las rodillas
Del que se deleita en ellos.
Los niños, con impaciencia,
Esperan que narre un cuento,
O de batallas horribles,
O de brujas y hechiceros,
O la vida de algún Santo,
Que vió á Satanás soberbio
Cabe su celda una noche
Mirar con ojos de incendio
La cruz bendita que supo
Ahuyentarlo de allí luego,
Mientras sus manos pequeñas
Hunden los rosados dedos
Del rapé en la abierta caja
Que á veces sorbe el abuelo,
Haciendo del bastón lanza,
Por juzgarse, así, guerreros,
Y caballo, de las piernas
Siempre temblonas del viejo,
Que ve la aurora en los ojos,
Tan azules como el cielo,
De aquellos felices séres
Que buscan nido en su seno
Cual suelen las golondrinas
Labrar el suyo, modesto,
En los pardos torreones
Del antiguo monasterio.



MI ASPIRACIÓN

Dadme un corcel del desierto
Y cruzaré la llanura
Hasta donde encontrar pueda
Ilusión, amor, fortuna.

Dadme del condor el vuelo
Y en vertiginoso giro,
Yo me elevaré gigante
Desde este suelo mezquino.

Dadme las veloces alas
Con que vuela el pensamiento,
Y yo cruzaré el espacio
Que nos separa del cielo.

Yo quiero rasgar las brumas
Que ocultan á nuestra vista,
En donde están los misterios
Y los focos de la vida.

En donde están los arcanos
Que nuestra mente no alcanza,
Quiero saber como viven
En otra región las almas.

Donde van esos suspiros
Que exhalan las almas tristes,
Y los pensamientos puros
Si se encuentran, qué se dicen.
Quiero saber cuándo late

Nuestro pecho enamorado,
Por qué se nublan los ojos
Y por qué tiemblan los labios.

Por qué un torcedor constante
Es á veces la conciencia,
Por qué los celos nos matan,
Por qué abrasan las ideas.

Por qué el amor, que es el ídolo
Eterno de nuestra vida,
Nos hace sufrir á veces
Cuando engendra la perfidia.

Por qué las lágrimas brotan
Cuando el pesar nos oprime,
Y por qué los desengaños
Nos aplacan ó redimen.

¡Ah! mi pequeñez confieso
Porque la razón se estrella
Ante el misterio impalpable
Que constante nos rodea.

Anhelos, anhelos vagos
Que yo de continuo siento
¿Por qué atormentais mi alma,
Por qué también mi cerebro?

Dejadme, fantasmas vanos,
No despertéis en mi mente,
Deseos de lo infinito
De algo que no pueda verse.

Mi aspiración es eterna:
Si con mi impotencia lucho,
Es porque encuentro pequeño
Para las almas el mundo.



TUS CABELLOS

Son tus cabellos, niña,
Negros, muy negros,
Como la noche,
Como las alas
Suaves del cuervo.
Cuando los miro,
Mi sentimiento,
Es no ver el jazmín ó la rosa
Que prendes en ellos.
Son de tus ojos
Vivo reflejo,
También los tienes,
Negros, muy negros,
Como las penas,
Como los celos,
Como el manto que tiene la Virgen
Que es nuestro consuelo.
Cuando cuidadosa,
Puesta ante el espejo,
Sobre tus espaldas
Los miras cayendo,
Puede que algún día
Te cause desvelos,
El ver una cana, cual hilo de plata
Oculta hasta entónces, surgir entre ellos.

Tus manos de nieve
Los tienen sujetos,
Juntándose en ellas por raro conjunto
La nácar y el ébano.
Un rizo me diste,
Y yo lo conservo
Como un relicario,
Como un amuleto,
Que será en las borrascas del mundo
Mi norte y mi guía,
¡Mi eterno consuelo!
Y cuando me hallo
Por desgracia, lejos,
De la que es el culto
De mis pensamientos,
Condensando mi amor en los labios
Le doy á aquel rizo millones de besos.



SUEÑOS AZULES

Niña la de rubio pelo
Que te aduermes en los tules
De un lecho de terciopelo,
Tus sueños serán azules
Como tus ojos de cielo.
Soñarás, eternamente,
Con el azulado río
Que te arrulla dulcemente,
Con las flores, y el rocío
Y el murmurar de la fuente.
Soñarás con mil quimeras
Que forje tu pensamiento:
Con africanas palmeras
Que se besan con el viento
En eternas primaveras.
Y en claras noches de luna,
Soñará tu fantasía
A la que el amor se aduna,
Con fiestas de Andalucía
Y la ventana moruna.
Y con el cielo sereno
Que tapizan las estrellas;
Y con tu jardín ameno,
Donde las flores más bellas
Buscan asilo en tu seno.

Y con el junco que ondula,
Y con el trinar del ave,
Que sus amores modula,
La grata brisa suave,
Con el lago que se azula.
Aun no sabes alma mía,
Que existen los desengaños,
Y que es fugáz la alegría....
Más si tienes quince años
¡Qué sabes tu todavía!
Tu profesas grande amor
A un ser que miras flotar
De tu sueño en derredor,
Pero luego al despertar
Tu desencanto es mayor,
Pues solo ves, contristada,
En tus noches intranquilas,
Lágrimas en tu almohada,
Que empañando tus pupilas,
Perlas son de tu mirada.
Yo bien sé que tu consuelo
Es soñar entre los tules
De un lecho de terciopelo,
Que son tus sueños azules
Como tus ojos de cielo.

NOCTURNO

¿Por qué sueles decir, que no te importa
Si me encuentras, acaso, en tu camino?
¿Por qué dices no guardas, ni el recuerdo
De aquel inmenso amor que nos tuvimos?
¿Por qué llamas quimeras de la mente
Y del alma ilusiones y espejismos,
A lo que fué tu pesadilla eterna
Y á lo que fué mi eterno desvarío?
¿Olvidaste tan pronto tus promesas
Y aquella carta en que dejaste escrito
Un juramento que perenne flota
Porque espera tal vez verse cumplido?
Entónces, ¿por qué muestras inquietudes
Y tiemblas si te miro?
¿Si no te arguye nada la conciencia
Por qué asoma á tus ojos el delito....?
Aparentas valor, y eres cobarde;
Dices dar mis amores á el olvido,
Mas si me vés mirar á otras mujeres,
Bien sé que tu amor propio mortifico.
¿Qué pretendes de mí? ¿verme á tus plantas
Siendo dócil juguete á tus caprichos?
Te equivocas mujer, ante una estátua
Sentiré admiración, mas no me humillo!



Un pecho que no siente es un arcano:
Un corazón que no ama, es un infierno
Oculto nido de traidoras sierpes,
Donde no cabe nunca el sentimiento.
Artificiosa máquina que late
A impulsos de una vida, que no es vida,
Reló que marca del dolor las horas,
Pero jamás las de apacible dicha,
Un corazón que no ama es una roca
Que el sentimiento del amor no ablanda,
Arbol sin jugo que jamás florece
En la región hermosa de las almas.
Yo quiero siempre amar, el alma mia
Aspira, sin cesar, á lo infinito:
Mi pobre corazón, cual Galileo,
Tiene horror al vacío.



ECOS PERDIDOS

Como las gotas del agua
Suelen horadar las piedras,
Así van mi corazón
Minando mis tristes penas.

Ningún pedazo de cielo
He visto como tu cara,
Ni tan azul cual tus ojos,
Ni tan negro cual tu alma.

Mi testamento estará
Con letras de sangre escrito,
Que universal heredera
Te he de hacer de mi cariño.

Tengo de cristal el pecho,
Que es mi dolor tan profundo,
Que quiero que todo el mundo
Vea el mal que tu me has hecho.

Mi pena es como el minero
Que aunque trabaja no agota
El filón del sentimiento.

Cuando se pierde una madre,
Es cuando el dolor revela

Que no hay amor que se iguale
A este cariño en la tierra.

El día que yo me muera
He de encargár que me pongan
Una lápida muy negra,
Tan negra como tus ojos,
Tan negra como mis penas

Quise olvidarte y no pude,
Matastes mis esperanzas,
Y aún de la sangre vertida
Nació el amor en mi alma.

Cuando la guitarra tocas,
Me cuentas todas tus penas
Aunque las calle tu boca

No me digas que no tengo
Corazón, que me difamas,
Quien no lo tiene no llora
Jamás, por ninguna ingrata.

Sin comprender lo que sufro
Te gozas en mi martirio,
No hay padecer mas horrible
Que el de no ser comprendido.

La tristeza es una flor
Que brota siempre en el alma,
Y no recibe mas riego
Que el que le prestan las lágrimas.



¡QUÉ TIEMPOS!

¡Un colegio! la jaula que encierra
Criaturas hermosas
Que en revuelto tropel allí buyen
Como aves canoras.
¡Cuántas veces recuerdo otros tiempos,
Recuerdo mi infancia,
Y mis ojos se nublan y brotan
Al cabo las lágrimas!
¡Un colegio! mansión deliciosa
De días mejores,
Hoy bendigo lo que antes de niño
Prisión parecíome.
Cuando evoca recuerdos mi mente
Volver yo deseo
A jugar por las sendas del parque
Con mis compañeros.
Y después cuando el mes de Diciembre
Llegaba, anhelantes,
Regresar con el gozo en el alma
A nuestros hogares.
¡Qué placer al volver hasta ellos
Y que de emociones,
Al mirar cual gigante esqueleto
Del pueblo la torre

Nuestra madre que ansiosa esperaba,
 Los brazos abiertos,
Y un ¡al fin! que pronuncian sus lábios,
 Después.... muchos besos.
A su lado, con grandes rubores,
 Una bella niña
Nos saluda bajando los ojos,
 Con dulce sonrisa.

.....
Terminaban los días de asueto
 ¡Qué pronto pasaban!
Y al volver á los libros severos,
 Mi madre lloraba.
«¡Qué me escribas!» decía la pobre
 «Tu epístola aguardo.»
¿Y la niña? sus ojos decían
 ¡Te amo, te amo!

.....
¡Hoy no gozo como antes gozaba
 Cuando era yo niño,
Ya no pienso si tarda, ó no tarda
 Si viene el Domingo.
Ya no tengo una madre querida
 Que me abra los brazos,
Ni me espera mi bien por decirme
 ¡Te amo, te amo!
Solo estoy con mis penas amargas,
 ¡Qué triste me encuentro!
Y al pensar en los días de entónces
 Exclamo: ¡qué tiempos!

PARTE TERCERA



SONETOS

¡MADRE!

...

Me falta ya el amor de mis amores,
Me falta ya la santa madre mía,
La que en sus tiernos brazos me adormía
Tras infantiles juegos seductores.

Ya de su voz no escucho los rumores
Perdidos ¡ay! entre la tumba fría.
¡Cuán desierta la estancia en que sufría!
¡Qué silencio en los largos corredores!

Tras lucha de dolor, cayó vencida
Del martirio llevándose la palma
Signo de gloria en su eternal partida.

Tú desde el cielo me darás la calma
Mostrándome la senda apetecida,
¡Madre del corazón! ¡Madre del alma!

...

Á MI PADRE

¡Ya más no te veré! y en mi camino
El árbol no serás que me guiaba,
A quien ni fuerte vendabal tronchaba
Ni la segur constante del destino.

De la vida cansado peregrino,
Si en tí rudo infortunio se vengaba,
Tu fe, consuelos y esperanza hallaba
Lo mundano trocando en lo divino.

¿Qué valen los consejos de los sábios
Con los que de tus lábios recibía,
Exentos de rencores y de agravios?

Tú vives siempre en la memoria mía
Que es tu nombre plegaria de mis lábios,
Y tu ejemplo la senda que me guía.

EN LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

Todo en ellas á el alma dá consuelo;
El pañorama hermoso y dilatado,
El huerto por las flores perfumado,
La clara luz con que las baña el cielo.

El corazón, allí, libre de celo,
De las glorias mundanas olvidado,
Aspira ese perfume regalado
Que aleja con las dudas el desvelo.

Bendita la oración que allí murmura
El austero y dichoso penitente
Que busca por el bien senda segura.

La cruz le dice al pecador ¡detente!
La Virgen de Belén, ¡soy la ventura!
Y el cielo azul y hermoso, ¡sé creyente!

AURORAS

Muere la noche, luminoso día
Borra la obscuridad de sus cendales,
Y disipando el sol todos mis males,
Resucita en el alma la poesía.

Ya me encuentro á tu lado, vida mía,
Y busco en tí las dichas celestiales,
Que brotan de las almas virginales,
Cual la tuya, mi bien, que me estasia.

Auroras son los goces y la calma,
Que disipan la duda y los enojos,
Como aurora es también de amor la palma.

Auroras para mí son tus antojos,
Y auroras las bondades de tu alma,
Y las divinas luces de tus ojos.

PUESTA DE SOL

Riza la mar azul tranquila brisa
Que liba sus perfumes á las flores,
Y un tropel de sencillos pescadores,
Allá lejos, muy lejos se divisa.

El rojo sol, su postrimer sonrisa
Nos envía en sus últimos fulgores,
Y todo en calma respirando amores
Dejan á el alma muda é indecisa.

Naturaleza en armonioso coro
Canta en el valle, y en el mar y el monte
Nido feliz del ruiseñor canoro.

Y antes que al mar la obscuridad se afronte
Con ancha faja de granate y oro
Se engalana el espléndido horizonte.

EL PRIMER BESO

Acecha, traicionero, el dios vendado,
El coloquio eternal de dos amantes,
Que aprovechan, gozosos, los instantes
De hablar al corazón enamorado.

De ella el aliento túbio y perfumado,
Causa envidia á las flores más fragantes,
Y él siente los anhelos delirantes
Del alma que vá en pós de lo soñado.

Amor se acerca, precauciones pocas
Toma de su impaciencia en el exceso,
Que más despierta así sus ánsias locas,

Y como niño, al fin, niño travieso,
De los amantes une las dos bocas
Y estalla del amor el primer beso.

LA CUNA

Símbolo del amor y la pureza
Duerme en ella la infancia en su embeleso
Sellándola, también, el puro beso
De la madre ejemplar, que cose y reza.

No hay en la tierra honores ni grandeza,
Que puedan igualar con el exceso
De ternura, de amor y de embeleso,
Que de la cuna son sublime alteza.

En la noche callada y solitaria,
La cuna, por un ángel protegida,
Encierra en sí ternura extraordinaria.

Ella con goce celestial convida,
Y me recuerda la primer plegaria,
Que me enseñó la madre de mi vida.

LA ENVIDIA

Por dorados salones se pasea
Con el silbo feróz de la serpiente;
Es su mejor amigo el maldiciente
Y se halla en la ciudad como en la aldea.

El bien ageno es siempre su preseaa,
Gusta de censurar toda la gente,
Clava en las honras su asqueroso diente,
Y baba horrible sin cesar gotea.

Acecha el bienestar de los estraños
Y á su podrido corazón no mueve
Ni la virtud más pura, en sus amaños,

A toda empresa mundanal se atreve,
Que se halla colocada en los peldaños
De la escala del siglo diez y nueve.

EL COHETE

Cual pez de fuego en el azul se inflama
Con ecos de placer atronadores,
Y se deshace en chispas de colores
Después de fulgurar su viva llama.

Es un silbo estridente que nos llama,
Ofreciéndonos brillos seductores;
Es un enjambre de bermejas flores
Que por el cielo un hada desparrama.

Como el cohete audaz que lanza al viento,
Su penacho de fuego enrojecido,
Así ocurre al humano pensamiento;

Se levanta hasta Dios, ennoblecido,
Dá vida á una creación en un momento,
Y se pierde, después, desvanecido.

LA CITA

Cuál late el corazón; llegó la hora
Felíz mil veces, por mi anhelo ansiada,
En que vea los ojos de mi amada
Donde tiemblan las luces de la aurora.

El escuchar su acento me enamora,
Que hay en su voz suave y regalada
Algo que deja al ánima extasiada,
Y en vagas ilusiones se evapora.

¡Ya está aquí! y al rumor de su vestido,
Desafiando dudas y temores
De verla, solo, en mi ansiedad me cuido.

Abre su reja, asoma entre las flores,
Y el sol que surge del celeste nido,
Ilumina á el amor de mis amores.

TU ESPEJO

A CLARA

Me atrevo á darte, hermosa, este consejo,
Aunque no tenga canas mi cabeza:
Cuando pierdas tu espléndida belleza,
No por eso abomines de tu espejo.

Ese terso cristal, es el reflejo
Que por copiar tu rostro solo empieza,
Como el lago retrata la grandeza
Del cielo azul, en lánguido cotejo.

Ya lo dijo un poeta renombrado:
Lo que importa arrojar, será la cara
Cuando el rostro se mire ya arrugado,

El espejo jamás, la cosa es clara,
La belleza del cuerpo habrá pasado,
Más la del alma nunca, hermosa Clara.

EL CURA DE LA ALDEA

No sabe lo que llaman intereses,
Pues todas sus gavelas y obtenciones
Las gasta, entre benditas oraciones,
Socorriendo á sus pobres feligreses.

Él vió entrar en España á los franceses,
Fué testigo de grandes convulsiones,
Y yá solo de hablar de los cañones
Pide á Dios que no vuelva á haber reveses.

Su breviario, su huerto y sus gallinas,
Le hacen no recordar cosas estrañas,
Que producen las grandes tremolinas.

Preguntémoslo claro y sin patrañas:
¿Qué es mejor, esplicar santas doctrinas
O dar tiros, sin fin, en las montañas?

À UN LIBERTINO

¿Qué sacas de ese amor falso y mentido,
Qué vés buscando en la constante orgía?
¿Qué placeres, qué dichas, qué poesía
Hallas en un cariño que es fingido?

De igual modo que el ave labra un nido,
Donde con sus hijuelos se estasía,
Así debes buscar la hermosa vía,
Que sigue todo el que feliz ha sido.

Deja de revolcarte por el cieno,
Vé en pós de la virtud que es muy hermosa,
Y sé feliz, trabajador y bueno,

La carrera del vicio es afrentosa,
Y no hay hogar honrado ni sereno,
Mientras en él, el alma no reposa.

SU MIRADA

Es de sus ojos la especial mirada
Sol que ilumina el alma entristecida;
Es un rayo de luz que dá la vida,
Es aurora de un alma enamorada.

La inocencia sentida y no esplicada,
Luz brillante del cielo descendida,
Es el amor que dá su bienvenida
A la ilusión de azahares coronada.

Si sus ojos me miran, gran consuelo
Siento en mi corazón, y huye la pena,
Rasgando así de la tristeza el velo,
Que su alma jóven, candorosa y buena,
Asómase á sus ojos, donde un cielo
Miro siempre lucir que me enajena.

EL VICIO

De deforme y raquítica figura,
Y harto de revolcarse por el cieno,
Gusta de mancillar hogar ageno
En él vertiendo su semilla impura.

Con súa y harapienta vestidura,
Vá por el mundo, impávido y sereno,
Sin que le arredre, ni el dolor ageno
Ni la augusta virtud, sagrada y pura.

Quasimodo social, su horrible vista
Engendra esos cortejos de pasiones
Que andan siempre del bien tras de la pista;

Barrena las más santas afecciones,
Y alza el negro pendón, de su conquista,
Hecho de la moral con los girones.

EL CIELO DE ANDALUCÍA

El cielo siempre azul de Andalucía
Es mi dicha mayor y mi consuelo,
Porque la esplendidez de aqueste cielo
Es el gozo mayor del alma mía.

Musa, siempre feliz, de mi poesía,
Calma todo dolor y todo anhelo
Llevando al corazón grato consuelo
Que disipa mortal melancolía.

Cielo hermoso, dosel de mis amores,
Bendiga Dios tu luz esplendorosa
Que es manto luminoso de las flores,

Mi alma se encuentra libre y más dichosa
Cuando vé retratados tus fulgores
En los ojos, divinos, de una hermosa.

Á UNA BEATA

Señora, con verdad se lo confieso,
Sin que juzgue es en mí descortesía;
El pasarse en la iglesia todo el día,
De religión paréceme un exceso.

¿No vé, muy claramente, que con eso,
Hasta el monago, sin cesar se hastía?

¿No vé que su marido desconfía,
Y no puede roer tamaño hueso?

Santo y bueno, que tenga devociones,
Y una fe lo más pura y más completa,
Y que rece muy largas devociones,

Pero si usted, señora, al fin me aprieta,
Le diré, que reclaman atenciones,
Los hijos, el puchero y la calceta.

EL AMANECEER

Débil luz ilumina el firmamento
Que, vagamente, entre la bruma oscila;
Se oye á lo lejos destemplada esquila,
Murmura entre los árboles el viento.

Canta el gallo; en alegre movimiento
Pónese el labrador, y el grano apila;
El perro, fiel, á la heredad vigila;
Repica la campana del convento.

Cubre á los prados matinal rocío;
Abren su cáliz las pintadas flores;
La niebla vá borrándose en el río;

Dispónese el labriego á sus labores,
Y mitigando de la noche el frío,
¡Sale el sol entre nubes de colores!

CUARTO CRECIENTE

Cual virgen celestial y soñadora
Que pensando en sus dichas languidece,
Sobre el azul la luna se aparece
Fingiendo, altiva, la bandera mora.

La suave luz que guarda y atesora,
En su pálida faz, avanza y crece,
Y sobre el claro río se adormece,
Hasta que llega la rosada aurora.

Vuelve á surgir en el azul del cielo
Como rosa entreabierta, que se agita
A impulsos de la brisa, con desvelo:

Como el vate aleman, luz necesita
Para besar la tierra con anhelo,
Con un ánsia de amores infinita.

À CRISTO CRUCIFICADO

Apaga el sol su luz enrojecida,
Y todo es luto y lobreguez y duelo;
Se ciernen negras sombras en el cielo,
Y se agita la tierra estremecida.

Del Gólgota en la cumbre ennegrecida,
Se alza una Cruz en gigantesco anhelo,
Y el Hombre-Dios en triste desconsuelo,
Deja escapar entre el dolor su vida.

El pueblo impío goza y se divierte,
Viendo del Justo su dolor profundo;
María llora, pálida é inerte,

Con ese amor de madre, sin segundo,
Y ciego el pueblo en su maldad no advierte
Que al morir el Señor, redime al mundo.

¡MÁLAGA!



Un mar azul que la acaricia y besa
Y un cielo que la inunda y la colora,
Hacen de esta ciudad encantadora
Deidad, que nuestro espíritu embelesa.

El sol ardiente, de mandar no cesa
Los torrentes de luz que el atesora,
Dejando luego ver la costa mora
Que rompe el horizonte por sorpresa.

¡Oh Málaga gentil, cuanta poesía
Respiran los encantos de tu suelo,
Que bendijo el amor en fausto día!

Tu clima, tus mujeres y tu cielo
Te hacen rico joyel de Andalucía,
Que brinda amor al ánima y consuelo.



EN EL CIRCO

Llena la gente el circo, toda ansiosa
Por ver luchar los fieros gladiadores,
Que encienden sus enconos y furores
En su mirada ardiente y recelosa.

La multitud se agita rumorosa,
Y emperador, procónsules, lictores,
Se aprestan á gozar de las mejores
Luchas, que vió la Roma cenagosa.

Dá comienzo la lucha, que indecisa
Se mantiene un momento, y un rugido
Se oye en el Circo, que el peligro avisa.

Por la sangre está el suelo enrojecido,
Y con glacial é impavida sonrisa,
Mide la arena el gladiador vencido.

EL MONTÓN DE BASURA

Al lado de la espléndida hermosura
Que ofrece el campo, con matices rojos,
Contemplan, luego, mis cansados ojos
Un montón, nauseabundo, de basura.

En él suelen hallarse, á la ventura,
De grandes cosas, míseros despojos,
En que, acaso, cifrara sus antojos
Alguna niña ruborosa y pura.

De pronto en un objeto relumbrante
Fijo más mi atención, de anhelo lleno,
Y en el montón descúbrese un brillante:

Del mundo en el montón, no al vicio ageno,
Se encuentra la virtud pura y constante
Como una perla en el revuelto cieno.

MI CUNA

Expléndido vergel de Andalucía,
Guadalquivir sereno la retrata,
Mientras su fama, sin cesar, dilata
Hasta las olas de la mar bravía.

Retiro del amor y la poesía
A su hermosura virginal recata,
Con ténues velos de zafir y plata,
Que la antigua sultana envidiaría.

Su mezquita oriental es un tesoro
Donde su historia y su esplendor se aprende,
Creyendo verse al indolente moro.

Su sierra es paraiso que sorprende;
Guarda pura su fe, que es como el oro,
Y un arcángel bendito la defiende!!

EL VINO DE JEREZ



Brilla en la copa puro y trasparente,
Como rayo de sol aprisionado,
Y es su aroma esquisito y delicado,
El nectar de los dioses, más oliente.

Dióle vida la luz más esplendente,
Que emana de este sol privilegiado,
Que se encuentra rendido, enamorado,
De esta región hermosa eternamente.

Él enciende el amor en nuestras venas,
Y de su fondo surge la poesía;
Resucita memorias agarenas,

Despierta el entusiasmo y la alegría,
Y esas notas sentidas y serenas
Que en sus canciones tiene Andalucía.



CON CARETA

Cauteloso, sagaz, cual la serpiente
Que sigilosa, con fruición se oculta,
Y más tarde procáz hunde y sepulta
En cuanto toca su afilado diente,

Tal es en este mundo el maldiciente;
De la opinión el corazón ausculta,
É hipócrita, más tarde, nos resulta,
Cuando no despreciable é insolente.

Nada su lengua acata ni detiene,
Nada insaciable, juzga ni respeta,
Al bien y á la virtud jamás se aviene,
Que es su figura fúnebre y escueta,
La de un mónstruo feroz que siempre tiene
Puesta sobre su rostro una careta.

HISTORIA DE UNA PERLA

En camarín de concha nacarada
Nació en el fondo de la mar bravía,
Donde con dulce calma se adormía,
De placer, ni envidiosa ni envidiada.

Por un rojo coral solicitada,
A su empeño amoroso resistía,
Hasta que ignota mano cierto día
La robó de su cárcel, angustiada.

Pasó á poder, mas tarde, de una hermosa,
Que tuvo ciego afán por poseerla;
Lució en su pecho altiva y orgullosa,

Vióla un día llorar sin comprenderla,
Y una lágrima vino silenciosa
A declararse hermana de la perla.

LA CANTAORA ANDALUZA

De lánguida mirada que enamora,
Cuando amor en su pecho se levanta,
Acude presuroso á su garganta,
Y entre dulces canciones se evapora.

Tiene en su rostro gracia seductora,
Que el placer con sus rayos abrillanta,
Y es tal su sentimiento cuando canta,
Que no se sabe si suspira ó llora.

Si nacen en su pecho los rencores,
A la guitarra su pesar confía,
Y se aduerme á sus plácidos rumores.

Vestal hermosa de la patria mía
Esconde en su garganta ruiseñores,
Y en sus ojos.... ¡el sol de Andalucía!

UNA LÁGRIMA

En triste corazón tuvo su cuna;
Fué su hermana del alma el sentimiento;
Su traducción más fiel hondo lamento;
Su luz un rayo de la blanca luna.

Pesarosa y ardiente, y sin fortuna,
Agostarla no pudo el ráudo viento,
Y escuchando del alma el dulce acento,
Se unió al amor, y en la pasión se aduna.

¡Oh lágrima! ¿delatas mil agravios,
O delatas de amor fieros enojos?

Conteste el corazón, callen los sábios,

Pues que yo cifro solo mis antojos,
En beberla con ánsia, con mis lábios,
Llegando hasta los cielos de tus ojos.

LA CHOZA

Del bosque mas galano en la espesura
Miran los ojos llenos de alegría,
Una modesta choza donde un día
Labró el amor su nido, y la hermosura

En ella, lejos de la fiesta impura,
Lejos de los placeres de la orgía,
El ánimo se aplaca y se extasía
Viendo reinar en ella la ventura.

Un niño de cabellos como el oro;
Unos padres que en él cifran su anhelo;
Las aves que les dan celeste coro.

Su murmurio suave el arroyuelo,
Los frutales su espléndido tesoro,
Y su dosel brillante el limpio cielo.

EL NIDO

Del árbol secular, entre el ramaje,
Oculto está de pájaros el nido,
Que cubre, con amor, Abril florido,
Y una madre feliz con su plumaje.

Cuando la nieve el sol pronto descuaje,
Y aquellas avecillas se hayan ido,
Podrá mirar el corazón herido
Desierto el nido en soledad salvaje.

Así también, tras dulces ilusiones,
Con que se adorna al despertar la vida,
Vendrán después los rudos aquilones,

Y cual el nido aquel, que á amor convida
En el hogar habrá luto y crespones,
Símbolo de una luz desvanecida.

LA MANTILLA BLANCA

Es un velo de nácar trasparente
Para ocultar el sol de la hermosura;
Es la niebla de un fuego que fulgura
De una andaluza en la mirada ardiente.

Es valladar de la pasión valiente
Que en la llama de amor su bien procura,
Es un marco de nieve blanca y pura,
De una belleza rica y sorprendente.

Es el emblema donde amor reposa,
Es símbolo de amor y de poesía,
Y el adorno más bello de una hermosa,
Que exige los colores, la armonía,
Los toros, y la luz esplendorosa
Del cielo, siempre azul, de Andalucía.



PARTE CUARTA

ORIENTALES



PARTE QUARTA

ORIENTALES

CANCION MORISCA

Eres, Fátima, mi anhelo,
Pues tus hechizos me admiran,
Y dás á mi alma consuelo,
Cuando, con amor, me miran
Esos tus ojos de cielo.
Ellos son de mi albedrio
Los únicos poseedores,
Y ellos en el pecho mío
Vertiendo sus resplandores
Alejan todo el desvío.
Mírame siempre, sultana,
Como hoy me miras, que así
La dicha es mi soberana,
Y no me apartan de tí
Las luces de la mañana.
Cuando duermes, y entreabiertos
Dejas tus ojos azules,
Sus resplandores inciertos,
Bañan los flotantes tules
Que miro en tu lecho abiertos.
Fátima, mi corazón
Es tuyo, tuya és mi vida
Que es tan grande mi pasión,
Que tu amor es la ilusión

Que á eterno gozar convida.
Jamás te muestres ingrata;
Tu mandas en mis vasallos,
Y tu capricho retrata
El freno de mis caballos
Por tí, forjados de plata.
Tu capricho es ley que impera,
Y tu deseo es mi norte;
Por tí venció mi bandera,
Y por tí traje á mi corte
Tapices de Persia entera.
La yegua mia morcilla,
La que tanto te agradaba,
Al rey moro de Sevilla
Comprela, mientras la silla
Tu mano esperta bordaba.
Pájaros de mil colores
Se encierran en mis jardines
Llenos de olorosas flores,
Traidas de otros confines
Para el bien de mis amores.
Por tí dejé á mis infieles
Que allá en regiones lejanas
Fuesen solos en tropeles,
Con las huestes castellanas
A luchar, en sus corceles.
¿No me escuchas, inhumana?
Tengo de tu sueño celos,
De la luz de la mañana,
De ese beso de los cielos
Que el sol te envia, sultana.



LOS AMORES DE ZAIDE

Sobre un caballo mas negro
Que un alma sin esperanzas,
Camina Zaide, pensando
En la divina sultana
Que es culto de sus amores,
La que mitiga sus ansias,
Su estímulo á las victorias
Y su aliento en las batallas.
Por ella solo suspira,
Por ella aspira á la fama,
Y en su corazón ardiente
Por ella tan solo estallan,
Esas pasiones sin límites
De las almas africanas.
El no verla es su martirio,
Si la vé, plácida calma
Se apodera de su espíritu,
Por el que rápidos pasan
Los voluptuosos sueños
De las hurís y las hadas.
De sus caprichos, esclavo,
Quien en tantos reinos manda,
A veces, por darle gusto,
De su haren las circasianas
Manda dar muerte, por celos

Que despertaron en Fátima.
Otras veces caer á los rudos
Y fuertes golpes del hacha
Cayeron en sus jardines
Arboles, flores y plantas
Por improvisar un circo
Donde la bella sultana
Presidir pudiera un día
Toros y morisca zambra.
Ella tan solo es la reina
Cuyas órdenes acata,
Y el que en la guerra, furioso,
A los golpes de su lanza
Hizo añicos los arneses
De las tropas castellanas,
Tiembla como un azogado
Cuando delante se halla
De aquella mujer, que ejerce
Tal presión sobre su alma,
Que ni voluntad mantiene
Ni firmeza la avasalla.
Pero ya Zaide dá vista
A las torres de Granada,
Aplica los acicates
Al bruto, á escape le lanza,
Y poco después se encuentra
Del Darro á orillas, que pasa
Murmurando en su carrera,
De los álamos y acacias
Que á todas horas se miran
En sus transparentes aguas.



ZAIDA

Muellemente reclinada
En cojines orientales
De una estancia perfumada,
Y envuelta en sus rojos chales,
Está Zaida, enamorada.
Es su rostro cual la nieve,
Son dos rosas sus mejillas,
Y aprisionan su pié breve
Las moriscas zapatillas
Estrecha cárcel aleve.
Por su oscura cabellera
Resbalan perlas y flores;
Es su sonrisa hechicera
Y Tarfe por ella diera
Sus fortalezas mejores.
Por el ajimez calado
Un rayo de blanca luna
Penetra suave y callado,
Posándose enamorado
En su belleza moruna.
Lánguidamente adormida,
Zaida recuerdos evoca
De otra edad mas bendecida,
Que diera toda su vida
Por un beso de su boca.

¿Quién? el gallardo cristiano,
Que viera en Toledo un día;
Que á su influjo soberano,
Abdicó su amor pagano
Por el culto de María.
Aún se lo finje el deseo
Entre la morisca zambra,
Vencedor en el torneo;
Aún es testigo la Alhambra
Del victorioso trofeo.
Aún mira lleno de espumas
A su caballo brioso
De la tarde entre las brumas;
Aún mira flotar las plumas
De su penacho vistoso.
Presa de amorosa llama,
Llorando su triste suerte,
Piensa en el cristiano que ama,
Y teme acaso su muerte
Allá en su prisión de Alhama.
¿De qué me sirven las galas
Con que mi cuerpo atavió?
¿De qué mis doradas salas,
Si me hacen falta las alas
Para volar ¡oh Dios mío?
Ni mis estancias lujosas,
Ni mis rumorosas fuentes,
Ni mis alhajas preciosas
Valen las horas dichosas
De mis amores rientes.
Jardines, ricos tesoros,
Pebeteros, pedrería

Y ruiseñores canoros,
Todo eso lo cambiaria
Porque cesaran mis lloros.
Yo diera de buena gana
Por libertad, este edén:
Por verle, mi pompa vana,
Y el palacio de mi haren
Por una iglesia cristiana.
Oye mis ruegos, Señor,
Dijo Zaida dulcemente;
Yo creo en tí con fervor,
Mas llévame prontamente
Allí donde está mi amor.



LA VENGANZA DE ZULEMA

Su negro manto la noche
Tendía sobre la tierra,
Cuando á galope avanzaban
Por la granadina vega,
Mil gomeles, con un jefe
Africano á la cabeza,
Que á la guerra los conduce,
Y que obedientes respetan,
Creyendo oír en sus voces
La ley santa del Profeta,
Que les finje un paraíso
Poblado de huríes bellas.
Muy negros son sus corceles,
Como es la noche muy negra,
Sin que sus luces derramen
Las rutilantes estrellas.
Silbaba el viento á lo lejos
Entre las torres Bermejas;
Domina el jefe á su bruto
Y lentos sus cascos suenan,
Oyéndose á los herrages
En unísona cadencia
De los caballos morunos
Al pisar sobre la arena.
Cuando llegan de la Alhambra

A las frescas alamedas
Se apea Omar, que es el jefe,
Y á un su servidor entrega,
Después de hablarle al oído,
Del noble bruto las riendas,
¿Dónde irá? ¿por qué se esconde
Cuando la luna, indiscreta,
Rompe cendales de nubes
Y su faz pálida muestra?
Al fin tras horas pasadas,
Escondido en la maleza,
Una mujer aparece
Apoyada en el alfeizar
De la morisca ventana
Donde sus amores velan,
Y Omar se lanza á su lado,
Por una escala de seda,
Y una vez en su aposento,
Siente un puñal que penetra
Por su pecho; un ¡ay! exhala
Y cae desplomado en tierra.
A poco, á la misma escala
Cuatro cristianos se acercan
Para proteger la huida
Del amante de Zulema,
Que baja con ella en brazos,
La monta sobre su yegua,
Y de los suyos seguido
Después de picar espuelas,
Se lanza hácia sierra Elvira
En frenética carrera,
En tanto que los gomeles

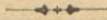
A su jefe, en vano, esperan,
Mientras que el viento murmura,
Y á corto intervalo suena
La campana misteriosa
De la torre de la Vela.....



LA PASION DEL SULTAN

Esclava de mis amores
La de los lábios bermejos,
La de cútis de alabastro,
La de los ojos muy negros.
Deja que aspire en tu boca
Ese perfumado aliento,
Que brota de tus entrañas;
Deja que de amor muriendo
Estampe un beso en tu frente,
Acaricie tus cabellos,
Y que lánguido me aduerma
En tu blanquísimo seno.
Has sido hasta ahora mi esclava,
Mas ya por tal no te tengo,
Y esclavo de tu hermosura
Entre sus redes me has preso.
Ya ves de que suerte, hermosa,
Tu señor es hoy tu siervo,
Y tu mi esclava eres reina,
A la que ciego obedezco.
Enjuga, pues, esas lágrimas,
Vuelva la calma á tu pecho
Y escucha frases de amores,
No los mandatos severos
Del que se goza mirando

Como desfilan sus siervos,
Mientras en lecho de púrpura
Recuéstase el señor, viendo
Las diosas de los placeres
Que van á velar sus sueños.
Ven, un camarín de oro
Tengo ya, esclava, dispuesto,
Para que en plumas de cisne
Pueda descansar tu cuerpo.
Allí, tendrás gasas, túles,
Y sedas y terciopelos
Y chales de Cachemira,
Tapices con arabescos
Y pájaros de colores,
En cuyos plumajes bellos
Verás las tintas del iris,
Que cual sonrisa del cielo,
Y abarcando los espacios,
A el alma causan contento.
Tú serás de hoy más mi vida,
Mi solo y único dueño,
Tuyos son ya mis jardines
Y mis palacios soberbios,
Mi corazón africano,
Mi noble corcel guerrero,
Y mis conquistas de guerra,
Y mi lanza, y mis trofeos,
Y ¿qué más, Gulnara hermosa?
Mi vida y mis pensamientos!!



EL CABALLO DEL MORO

Es su caballo, su mejor tesoro,
Que á él le consagra su amoroso empeño,
Cuando acaricia, con placer, el moro
La espesa negra crin de su peceño.
Él le condujo un día á la victoria,
Él corrió osado hasta el mortal combate;
Por él acaso conquistó la gloria
En él clavando el moro su acicate.
En las justas de amor, en el torneo,
Resistió los empujes de la lanza,
Revolviéndose inquieto cual deseo,
Que vaga hasta encontrar á la esperanza.
Su freno no es de acero, que es de plata,
Y su pretal de seda de colores;
Su sillin es un manto de escarlata
Bordado en sedas pérsicas con flores.
Libre, como el humano pensamiento,
Sin obstáculo, dique, ni barrera,
No le alcanza jamás el raudo viento
En su velóz, frenética, carrera.
Sus cascos en la arena del desierto
Nunca marca ni huella señalaron;
Mirando siempre al horizonte abierto
Sus brazos, sin cesar, se levantaron.
«Caballo, avanza más.... ¡corre ligero!

Mañana descansar podrás ufano,
Que ver á Zaida hermosa pronto quiero
Ya que celos me dá con el cristiano.
Ella, mi bien, te cuidará afanosa,
Acariciando tu enarcado cuello,
Mientras tu dueño con placer reposa
En su seno de nieve, casto y bello.
¡Corre caballo! de morisca zambra
Escucho los rumores á lo lejos,
Y ya miro las torres de la Alhambra,
Del moribundo sol á los reflejos.»
Esto dijo impaciente el noble moro,
Que ansioso por llegar hasta sus lares,
Clavó dos veces su espolín de oro
Del africano bruto en los hijares.

CANCION AGARENA

Ya sabes, Fátima mía,
Que hijo soy de este desierto
Donde el sol nos estasia,
Busco en tus brazos mi puerto
Y en tu mirar, luz del día.
Yo no sentí otras pasiones,
Que las salvajes y fieras
Que inspiran las impresiones
De una lucha de panteras
O una caza de leones.
Yo, hermosísima sultana,
Jamás tuve otros antojos
Que el de mi yegua africana;
Hoy me fascinan tus ojos
Y eres tú mi soberana.
Tan libre como las aves
He vivido en el desierto,
Sin otros cuidados graves
Que el de pensar en mis naves
Que cruzan por el mar Muerto.
Jamás soñé tu hermosura,
Ni al negro de tus cabellos
Igualó la noche oscura,
Descanso de mis camellos,
Dulce oasis de ventura.

Mi yegua, cuando tú llores,
Vendrá á halagarte sumisa,
Para darte sus favores,
Y bordarás á mi Tuisa
Una manta de colores.
Y en las cálidas arenas
De este desierto africano,
Se encerrarán nuestras penas,
Que eres mi dicha en lo humano
Dulce ser que me enagenas.
Las auroras boreales
Serán amorosa ofrenda
A tus lábios de corales,
Y nuestro trono mi tienda
Forrada en piel de chacales.
Nos dará música el viento,
El oasis la frescura,
El mar su sublime acento
Y tu célica hermosura,
Sueños á mi pensamiento.
De tu esclavitud odiosa
Rompe, Fátima, los lazos,
Y sé solo libre, hermosa,
Vén, mi sultana, y reposa
En la cárcel de mis brazos.



LOS TEMORES DE LA SULTANA

No te vayas á la guerra,
No te vayas, Aben-Zaide,
Deja á tu yegua africana
Que de las armas descanse,
Viste la marlota grana
Y deja el arnés brillante,
Que ya en batallas reñidas
Lograste manchar con sangre
De los temidos cristianos,
Que despiertan tu coraje;
No oigas la guerrera trompa
Que te llama á los combates,
Y si en la morisca guzla
Canciones de amor suaves,
Que inventará tu sultana
Porque de ella no te apartes.
Yo, que creo en los augurios,
Presentimientos fatales
Me dicen, amado dueño,
Que debes aquí quedarte;
Mira que á mí las estrellas
No pudieron engañarme,
Y mira que anoche mismo
Ví la misteriosa imágen
De un fantasma que venía

Por el jardín al estanque,
Y que me dijo: «Zulema,
Si es que adoras á Aben-Zaide,
Y si quieres que su vida
No entregue en este combate,
Dile que aplace la guerra,
Porque está escrito con sangre
Que ha de morir en la lucha,
Sin que ella pueda salvarle.»
Ya ves que no son caprichos
Que mi corazón amante
Sabría acallar sus penas,
Como otras veces, y en balde
Fuera que yo me esforzara
Por detenerte, Aben-Zaide.
Mira en mis ojos las lágrimas,
El dolor en mi semblante,
La incertidumbre en el alma
Y en el corazón pesares.
No te vayas, por mi vida,
Mis brazos serán tu cárcel,
Te perfumaré mi aliento
Cual el de brisas suaves,
Y cuando llegue la noche
Y en blando lecho descanses,
Yo habré de velar tus sueños,
Y un beso vendrá á posarse
Sobre tu tostada frente,
Que tu Zulema ha de darte.
Esto dijo la sultana;
Escuchóla absorto el árabe,
Y «no me es posible,» dijo:

Me llama el deber, y á escape
Partió en su africana yegua,
Venciendo al viento en su imágen,
Mientras Zulema lloraba
Del Darro en la fresca margen.

LA CAUTIVA

Ven á mis brazos, ven, sultana hermosa,
Que solo por tu amor de celos muero,
Y de la noche oscura y misteriosa
Gozar la dulce calma solo quiero.
Ya dejé mi bridón y mi gumia,
Ya abandoné mi tienda de campaña,
Y he venido á tu lado hermosa mía,
Buscando en tu mirar el sol de España.
Que eres tu para mí rico tesoro,
El angel seductor de mis ensueños,
La que se aduerme en camarín de oro,
Y no ha tenido ni tendrá más dueños.
No pienses en tu patria, ¿qué ambiciona
Tu pobre corazón? ¿qué necesitas?
Yo te doy con mi amor una corona,
Palacios con jardines y mezquitas.
Yo luché por tí sola en los torneos;
Tu amor fué siempre en ellos mi divisa,
Y no he tenido nunca más deseos
Que una mirada tuya, una sonrisa.
Ven á mis brazos, ven, sufres y callas,
Y ya en todo tu ser la fiebre arde;
Yo que nunca he temido á las batallas,
Ante tí, lo confieso, soy cobarde.
Una mirada tuya, me sofoca;

Una sola palabra, me fascina,
Y diera por un beso de tu boca
Mis riquezas, la vega granadina,
Y mi escuadra marcial, y mis gomeles,
Y mis palacios de marfil y oro,
Y mis bosques de espléndidos laureles,
En donde trina el ruiseñor canoro.
Mientras del lecho en los flotantes tules
Te aduermes, amor mio, me consuelo,
Viendo tus ojos lánguidos y azules
Que mi embeleso son, y son mi cielo....



ADIOS À GRANADA

Al declinar de la tarde,
Sobre una yegua africana
Mas negra que los pesares,
El moro Ismael cabalga
Pensativo y silencioso,
Acariciando su barba,
Marco de ébano que esconde
Parte de su faz, tostada
Por los encendidos rayos
Del ardiente sol de Africa.
¿Qué tristezas le preocupan,
O que temores le asaltan?
¿Por qué de sus negros ojos
Brotan furtivas las lágrimas?
Mas avanza en su camino,
Y más sus penas avanzan;
Clava al bruto en los hijares
Sus espolines de plata,
Y al momento lo refrena,
Y lo acaricia y lo para.
El sol, sus postreros rayos
Sobre las colinas lanza,
Tendiendo su roja túnica
Por las nevadas montañas,
Y allá á lo lejos se miran,

Destacándose gallardas,
Las torres y minaretes
De la morisca Granada,
Que vá envolviendo el crepúsculo
Con pabellones de gasa.
Detiene Ismael su yegua,
Que en impaciencia se abrasa,
Y hácia Granada tornando
Sus ojos, «¡adios!» esclama,
Ciudad que de mis amores,
Fuistes la visión fantástica.
Adios, mi ciudad querida,
La de la sierra nevada,
La cuna de mis ensueños,
El culto fiel de mi alma;
Ya mas no veré tu cielo
Ni las noches de la Alhambra,
Ni mis risueños jardines,
Ni á la hermosísima Zaida,
Mi estímulo en los torneos
Y en las justas de Bibrambla.
Adios, gentil paraiso,
Ya no te veré, Granada,
Dijo, y perdióse en las sombras
Sobre su yegua africana.



PARTE QUINTA

ECOS Y SUSPIROS

GRANADA Y ZORRILLA

(EN LA CORONACIÓN DEL EGREGIO POETA ESPAÑOL)

¡Granada! patria hermosa del sol y de las flores
Que arrullan mansamente el Darro y el Genil,
Donde la luz esparce mas vivos resplandores,
Donde la blanca nieve corona sus alcores,
La patria postrimera del mísero Boabdil.
Yo he visto de tu cielo la plácida alegría,
Yo he visto de tu vega la fértil extensión
Cubierta de esmeralda, perfumes y poesía
Donde las aves cantan la aparición del día
Y el alma se embelesa y late el corazón.
Dejad que nuestras brisas ¡oh espléndidos vergeles!
Aspire el bardo errante, que se encantó al pasar,
Creyendo ver do quiera los blancos alquiceles
Que en tu recinto augusto llevaban las infieles,
Sultanas de ojos negros de lánguido mirar.....
Historias de otros días, musulmicas grandezas,
Suspiros del Oriente, venturas del amor;
Añejas tradiciones, tan llenas de proezas;
Deidades dó palpitan, encantos y bellezas
Llegad hasta la lira del viejo trovador.
Venid, en alas siempre de estraña fantasía,

Llegad, ocultas silfes, amigas del rosal,
Salid, inquietos gnomos, decidme con el día
En donde está esa Alhambra, dechado de poesía,
En donde está esa joya del númen oriental.
Aquí, dicen las silfes, con charlas peregrinas,
Aquí, dicen los gnomos henchidos de placer;
Aquí, con lenguas de oro las luces matutinas,
Y el coro, siempre grato, de oscuras golondrinas
Con jubilosos ecos del Africa al volver.
La veo al fin, mis ojos se cierran dulcemente,
La maga de los sueños me toca al corazón,
Las auras acarician mi ya abrasada mente
Y flota por mi espíritu la viva luz de Oriente,
Y escucho de la guzla, morisca, el grato son.
Después siento que llegan las brisas de la aurora
Y me hablan dulcemente, de amores al pasar,
Y finjo ver delante visión encantadora,
Y de sus puros lábios, abeja libadora
Aspira los efluvios que tiene el azahar.
«Soy, dice luego, el símbolo de amor y de poesía,
El hada misteriosa del Darro y del Genil,
La musa de los árabes, la bella Andalucía,
Que encarnara sus sueños de rica fantasía
En un palacio orgullo del andaluz pensil.
Yo recorrí los sitios en donde tuvo Roma
Durante el vasto imperio, antigua población,
De allí mi plan fantástico su antiguo origen toma,
Y lego así á los hijos fervientes de Mahoma
La Alhambra que mas tarde les causa admiración.
Obreros de mi idea, busqué como á un tesoro
Los genios que aún en ella ocultos vivirán,
Los que la piedra encaje, tornan de azul y oro,

Y en camarín lujoso que el indolente moro
Bordó, con inscripciones tomadas del Korán.
Calados ajimeces, para soñar amores,
Arcadas y columnas, esbeltas por igual,
Y patios con mil fuentes de altivos surtidores,
Jardines donde cantan los pardos ruseñores
Y torres más esbeltas que la palmera real.
¡Miradla, no es que ciega, pondere su belleza
Alcázar misterioso, privilegiado eden,
Concluye dende el arte su concepción empieza,
Con Alh-aman, celoso, más crece su grandeza
Y la nevada sierra, admírala tambien.
Le envían sus aromas las delicadas flores
Que culto fiel le prestan por cima del Padul,
Conciertos matutinos los pájaros cantores,
Las rosas y claveles sus toldos de colores,
Doseil brillante el cielo eternamente azul.
De sus caladas torres es fijo centinela
El astro de la noche que nos convida á amar,
La luna que á los tristes con extásis consuela
Y baña con sus luces la torre de la Vela,
Que en tiempo de los árabes llamóse Aben-Gafar.
Miradla, si es mi Alhambra mansión esplendorosa,
Que entre floridos cármenes se ostenta cual joyel,
La que en tranquilo lecho primaveral reposa,
La que al dictado, siempre, responderá de hermosa
Y llorarán los hijos amantes de Ismael.
En ella, el pintor busca espléndidos colores,
El músico armonías, el vate inspiración,
Ensueños el que sufre, el corazón amores,
Quien piensa, siente y quiere encantos seductores,
El alma no dormida, ¡eterna aspiración!

Ayer la media luna, brillaba sin mancilla,
 Cabe tus recios muros del sol claro la luz,
 Muley-Hacen al cabo, al sitiador se humilla,
 Y flotan en tus muros pendones de Castilla
 En donde está grabada la redentora cruz.....
 ¿Dejaste de ser mora? mansión del Islamismo,
 ¿Sumisa del cristiano? no puedo nunca ser,
 Que llevas en tí el sello de antiguo orientalismo,
 Nacida para emblema de eterno sensualismo,
 Es tu recinto mágico el nido del placer.

Enmudeció la musa, la luz de blanca aurora
 Borró con tintas suaves la estraña aparición;
 Llegó hasta mí un suspiro desde la costa mora,
 Y oscura golondrina, su fiel embajadora,
 Tradujo en dulces trinos, alegre, su misión.

¿Fuí víctima de alguna imágen ilusoria?
 ¿Mi fantasía, estrañas visiones me fingió?
 De aquel ensueño vago, aún guardo la memoria,
 La Alhambra desde entonces es templo de la gloria,
 Y para el gran Zorrilla, sus puertas hoy abrió.
 Llegad, anciano vate, cantor de mi grandeza,
 Llegad á los fulgores del más brillante sol;
 La nieve de los años corona tu cabeza,
 Pero esa sien es símbolo del fuego de belleza
 Que alienta en quien es gloria del ámbito español.
 Aún guarda en sus arenas el Darro, oculto, el oro,
 Con él una corona á vuestras sienes dá
 La Alhambra encantadora, edén del pueblo moro,
 Palacio donde el arte y el sentimiento adoro,
 También de sus jardines laureles le dará.

Trascurrirán los años, y en nuestra patria historia
Conservará la Alhambra su mágico esplendor,
Y quedará grabado, por siempre en la memoria,
Que coronó las sienas, cubiertas ya de gloria,
Del vate honra de España, su principal cantor.



CUENTOS DE COLOR DE ROSA

Escúchame, niña hermosa,
Y préstame tu atención;
Sobre mi pecho reposa,
Oirás que bonitos son
Mis cuentos color de rosa.
Ven, tu rubia cabecita
Coloca sobre mi brazo,
Y escucha, niña bonita,
¿Quién romperá aqueste lazo?
Oye y verás, Margarita.
Erase un rosal gentil
Lleno de rosas fragantes,
Que era orgullo del pensil,
En esos días brillantes
Con que nos regala Abril.
Cuando sus flores abría,
A gustar su dulce miel
Todas las tardes venía
Una abeja, que solía
Constante posarse en él.
Mas ¡ay! que llegó el Estío
Con su hálito abrasador,
Y en aquel rosal ¡Dios mio!
No quedó una sola flor,
Que las agostó el desvío.

¿Te entristeces, niña hermosa?
¡Cuán desgraciadas las flores,
Qué muerte tan dolorosa!
Pero escucha ya, y no llores,
Mis cuentos color de rosa.
En un cielo siempre azul
Tienen su constante asiento,
Envueltas en blanco tul,
Esas niñas de mi cuento,
Nacidas en Stambul.
Cuatro, cuyas hermosuras
Semejan los querubines,
Que en hermosas esculturas
Se hallan en los camarines
De las iglesias oscuras.
Pues bien: allí siempre están,
Y no ven mas horizonte
Que aquel dó las almas van,
En las alturas de un monte;
¡Ay! cuán felices serán.
Allí sueñan con colores,
Con juguetes y con rosas,
Con pájaros seductores
Y enjambres de mariposas,
Y trinos de ruiseñores.
Siempre allí se están riyendo
Con el alba seductora,
Que en su luz los vá envolviendo,
Y cuando nace la aurora,
Es porque no están durmiendo.
¡Olá! ¿te gusta? ¿qué siga?
Ya dió fin mi relación:

Tu curiosidad me obliga
Decirte que ángeles son;
¿Qué mas quieres que te diga?
Tú eres un angel como ellos,
Que con esas cosas sueñas;
Son muy rubios tus cabellos,
Si en esforzarme te empeñas
¿Cómo tú? no, menos bellos.
Se rien cuando tu ries,
Y lloran cuando tu lloras
¿Pero y si luego te engrías?
Direte que á todas horas
Se sonrien si sonries.
Ellos, cual tú, niña hermosa,
Tienen su imaginación
Como alas de mariposa,
Y todos sus sueños son,
Sueños de color de rosa.



NOCHE DE VIAJE

Después de, según mi cuenta,
Caminar á troche y moche
Tres horas, y con tormenta
Que duró toda la noche,
Me topé con una venta.
Venta que yo desde luego
A los muy pocos instantes
Comparé, por su trasiego,
Con aquella en que Cervantes
Puso á su hidalgo manchego.
En el ámplio portalón
Que daba espaciosa entrada
A aquel vetusto mesón,
Escasamente alumbrado
Por un antiguo belón,
Veíase un cuarto estrecho
Donde puse el equipaje,
Pues que molido y maltrecho
Descanso de mi viaje
Quería hallar en el lecho.
Pero antes por reparar
Mis fuerzas, forzoso era
Que me diesen de cenar,
Y una mujer placentera
Fué mi cena á preparar,

Que poco después veía
Humear en los manteles
Y en platos de Andalucía;
Frutas, dulces cual las mieles,
Vino de la patria mia.
Satisfecho mi apetito
Y á solas en mi aposento
Dije, dormir necesito,
Pero escribiré un momento:
A las musas solicito,
Mas ¡ay! éstas sus favores
Me negaron insistentes
Con los estraños rumores
De entrar y salir las gentes
Por aquellos corredores.
Imposible el escribir
Me levanto: la tormenta
No cesaba de rugir
Y era imposible en la venta
El descansar ni dormir.
Por fin, cansado, rendido
Y de mi cuerpo en provecho
A acostarme me decido,
Me tendí en el duro lecho,
Y á poco quedé dormido.
Más fué muy corto el reposo,
Pues trascurrido un momento
Oigo un eco quejumbroso
Y poco más tarde siento
Cierta ruidos espantoso.
Trémulo, en paños menores
Y provisto de un garrote

Me levanté entre temores
Y fui un nuevo *Quijote*;
Pues es el caso, señores,
Que después de aquel mal rato
Que me hizo pasar escama,
De inquirir la causa trato,
Y.... me encontré con un gato
Que estaba bajo mi cama.



UN HÉROE

Solo se oye del cañón
El horrísono estampido,
Y todo en sangre teñido
Está el campo de la acción.
No hay más que un grito, el de guerra,
Y es la lucha tan ardiente,
Que arroyos de sangre hirviente
Van corriendo por la tierra.
Los soldados, que parecen
Titanes que no desmayan
Un himno de gloria ensayan,
Y ante el peligro se crecen.
¡Adelante! el general
Con voz estentórea grita
A la tropa que se incita
Con la música marcial;
¡Adelante! y que esos viles
No escuchen en la jornada,
Más que el choque de la espada,
Y el fuego de los fusiles.
En esto hácia una trinchera
Avanzó con furia brava
Un soldado que llevaba
Una pierna de madera.
¡Viva España! así gritó

Y por extraño resbalo
Vió qué la pierna de palo
Una bala se llevó.
Y aún tendido en la ladera
Que formaba aquel ribazo,
Un sable le cortó un brazo
Que era también de madera.
Aún más su fe se acrisola
Se vé inútil, y aún trabaja
Por hacerse una mortaja
Con la bandera española.



LA POESÍA



Sueños de amor y gloria, secretos misteriosos
Que el corazón esconde haciéndole sufrir
Perdidas ilusiones, recuerdos venturosos,
Rumores de las frondas, suspiros amorosos,
Yo soy la que os comprendo, venid á mí, venir.
Que yo soy ese génio que vaga en las ruinas
Y arranca al viejo muro ignota tradición;
Yo soy la que en el lago evoca las ondinas,
Yo soy la que ha cantado las negras golondrinas,
Yo soy la forma vaga que cubre la ilusión.
En mí palpitan siempre los trémulos acentos
Del alma enamorada, que vé perdido el bien,
Yo canto con dulcísimos y lánguidos concentos
La tempestad que ronca, agítase en los vientos,
Y el aura bonancible, que vive en el edén.
Mis notas, son las notas del arpa del querube
Que canta sobre un trono de vaporoso tul,
En himno que hasta el sólio dó Dios se asienta sube,
Mi reino no es la tierra, mi amante es una nube,
Mis ojos siempre miran al firmamento azul.
Mis hijos predilectos, son todos los poetas
Que cruzan por el mundo transidos de dolor,
Se aduermen en los prados cubiertos de violetas
Y cantan en estrofas, á modo de profetas,
La juventud, la vida, la gloria y el amor.

Por ellos siempre aliento, por ellos impresiones
Constante voy vertiendo, que calman el sufrir;
Yo soy la mensajera de más puras regiones,
Yo soy la que mantiene las vivas ilusiones:
Los que aún amar comprenden, venid, á mí, venir.

AL INMORTAL
ANGEL DE SAAVEDRA
DUQUE QUE FUÉ DE RIVAS

Honrar la eterna memoria
De los ingénios preclaros
Que prestan eterna fama
Al suelo privilegiado,
De Céspedes y de Séneca,
De Góngora y de Lucano
Despierta el gozo en mi espíritu
Y en mi pecho el entusiasmo.
Córdoba, mi amada patria,
(Con orgullo lo declaro)
Jamás olvidó á los hijos
Qué fama y préz le otorgaron;
Nos recuerda en cada calle
Algún poeta, algún sabio,
Una historia cada piedra,
Y cada Cruz, un Calvario
De aquellos gloriosos mártires,
De cuya sangre han brotado
Las bermejas amapolas
Que nacen en nuestros campos.
¡Insigne Duque de Rivas,
Cantor de mi suelo patrio,

De las moriscas leyendas
Y de los hechos cristianos!
Tu esplendente fantasía
Cruza del génio los ámbitos,
Y de tu sueño en las alas
Nos sentimos trasportados
De las calles de Toledo
Donde hornacinas con santos,
Aún nos hablan de donceles,
Siempre en el reñir bizarros,
A las calles de mi Córdoba
Que perfuman los naranjos.
Y tras calada *cancela*
Se vén andaluces patios,
Que aroman flores galanas
En el suelo sevillano.
Y *El Alcázar de Sevilla*,
El espléndido palacio
Testigo de los amores
De un rey valiente y gallardo,
Que por la Padilla muere,
Cautivo de sus halagos.
Córdoba su egregia cuna,
Dióle luz para sus cuadros,
Rica inspiración su cielo
Y fe cristiana sus santos.
Tal vez en la agreste sierra,
Y al pié de algún santuario
Que cual cristiana plegaria
Se levanta en nuestros campos,
Dió vida á sus creaciones
Y dió vida á su *Don Alvaro*,

Donde la pasión estalla
En misticismos profanos,
Y surge la imagen de *ella*
Como siniestro relámpago,
Que ilumina aquel abismo
Que atrae á su cuerpo liviano,
Dejando á el alma que vaya
A morar á otros espacios,
Que fué la *Fuerza del sino*
Amar, y morir amando.
En los romances históricos
Que gloria son del Parnaso,
Oí asombrarse á la vieja
Con el candil en la mano,
Al conocer al monarca
De su luz al fulgor pálido.
Y en el *Fratricida* miro
De Montiel el sitio aciago,
Y en la tienda de campaña
A Don Fadrique luchando
Con su hermano el Rey Don Pedro,
Que con acentó apagado:
¡Cain—exclama—no mates
Por Dios bendito á tu hermano!
En *Don Alvaro de Luna*
Veo el fúnebre cadalso,
Donde concluye la vida
Del que antes que rey fué árbitro.
Recuerdos de un grande hombre
Como evocan el retrato
Del gran Colón que suspira
Por un mundo incierto y vago,

Mientras que loco le llaman,
Ya los necios, ya los sabios,
Hasta que una Reina augusta
Y un Padre Marchena, entrambos,
Le dán, el uno su albergue,
Atención, cena y amparo,
Y la Reina ricas joyas
Que convertidas en barcos,
Se alejan en fausto día
Con rumbo ignoto de Palos.
Bailén los héroes despierta
Sublimes del Dos de Mayo,
Y *Un castellano leal*
Es el ejemplo mas claro
De la hidalguía española,
Que el toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera,
Y no de este suelo hispano.
El canto del ruiñeñor
Es de un ruiñeñor el canto,
Que fascina y embelesa
En el bosque solitario,
A quien dá sus castos besos
El aura que en giros varios
Siempre alegre se complace
En rizar el Bétis manso.
El Moro Expósito guarda
Tal admiración al ánimo,
Tanta emoción al expósito
Y tal interés dramático,
Que al comenzar su lectura
No se deja de las manos.

Allí Córdoba aparece
Con su atavío más ámplio,
De palmeras y de flores,
Y sus torres y sus patios
Y después, como figuras
Destacadas en un cuadro,
Almanzor bravo guerrero
De gloria y laureles harto,
Que conquistó en mil batallas
Al esfuerzo de su brazo,
Y la sombra de Mudarra
Como un fantasma ó un trasgo
Como las mudas cabezas,
Despojos yertos ó pálidos
De los infantes de Lara
Que ¡venganza! ván clamando.
De sus leyendas famosas
Surge después *Maldonado*,
El comunero valiente
De la libertad, esclavo.
La milagrosa *Azucena*,
Preciada fior de los campos
Y otras muchas que despiertan
La admiración y el aplauso.
Al despertar nos advierte
La dulce voz de Lisardo,
Que *El desengaño es un sueño*
Y hace comprender lo raro
Que es la ambición y la gloria
Menos los brillantes lauros
Que á Angel Saavedra coronan,
Y no marchitan los años.

¿Quién no recuerda y admira
De *Malta* el brillante *Faro*
Condensación de las lágrimas
Del infeliz desterrado?
Otras veces me figuro
Ver del poeta el descanso
«Mientras que su nietezuelo
Hace del bastón caballo,
Y dice que vá á la guerra
De moros y de cristianos.»

.
.
.
¡Gloria eterna al vate insigne
Que mereció eterno lauro,
Cuyo nombre canta el Bétis
Y evoca el angel dorado
Que fulgura en nuestras torres
Y es de mi Córdoba amparo!

EL MINERO

Hermano de las tinieblas,
Hijo de la obscuridad,
Es su destino en el seno
De la tierra trabajar;
En ella buscando ansioso
El oro ó el mineral,
Más que á un hombre se parece
A un esforzado titán,
Que puede con sus alientos
Fuertes rocas horadar.
Para el minero los rayos
De este sol meridional
Llegan á sus turbios ojos
Con terrible claridad,
Que apenas apunta el día
Se tiene que sepultar
En esos negros abismos
Donde acaso morirá,
Sin ver otra luz que aquella
Que una tea suele dar,
Trocando en lugar dantesco,
La mina donde él está.
En sus oídos resuena,
A modo de eco infernal,
Sonora voz que le dice:

¡Adelante y ahonda más!
¡Ahondar! terrible martirio
Que es causa de nuestro mal,
Lucha el sabio á todas horas
Por descubrir la verdad,
Consuelos el desgraciado,
Amor el que sufre más,
Y el minero solamente,
Por carbón ó mineral
Que el demonio de la industria
En arte habrá de trocar,
En moneda ó en un templo
Refugio á la santidad!
Pobre minero, su vida
Es eterno batallar,
Cuando al fin de la jornada
Tan solo conseguirá,
Por epitafio el olvido,
Por tumbas piedras no más,
Y horrible explosión de gases
Por póstumo funeral.



EL ENTIERRO DEL CANARIO

¡Pobre avecilla parlera,
La de las plumas rizadas!
Tras lanzar sus dulces trinos
En la prisión de su jaula,
Escondió su cabecita
Tristemente, bajo el ala,
Y en su cadáver de oro
Derramó el niño sus lágrimas,
Poniendo un beso en su pico,
Escanciador de fermatas.
¡Angel de rubios cabellos
Y mejillas sonrosadas!
No llores, dulce bien mio,
Que yo encerraré en tu jaula
El canario mas sonoro
Y mas bonito de España.
Consolóse el pequeñuelo,
Que con el claror del alba
Fué á ver si su pajarillo
Tocaba ya la diana,
Y al mirarlo frio, inerte
En sus manitas de nácar,
Pensó en darle sepultura
En el jardín de su casa.
El féretro del canario
Fué una cajita de paja,

Que en un coche de juguetes
Fué luego depositada,
Hasta llegar á un espacio
Cubierto de rosas blancas,
Que lanzaban á los vientos
Sus esquisitas fragancias.
Hizo un hoyito en la tierra,
Y á poco, entre nuevas lágrimas,
Bajó el canario á su fondo
Con su amarilla mortaja,
Cubriendo después su fosa
De cartón, con una lápida.
Volvió el niño pesaroso
A la entreabierta ventana;
Miró la jaula vacía,
Y á un jilguero que trataba
De darle fin al alpiste,
Derramado por la estancia.
¿Lo cojeré? pensó el niño!
Dando término á sus ansias;
Trató de cojerlo; el ave
Al viento batió sus alas,
Y hácia el jardín dirigióse
Y al sitio de rosas blancas,
Cantando los funerales
De *su amigo de la infancia*,
Del canario, en cuya losa
Hizo el jilguero la guardia,
Hasta que un pícaro gato,
Con intenciones *nonc santas*,
Llegóse hasta el pajarillo,
Que se perdió en la enramada.

SALUTACIÓN (1)

¡Salud ilustre vate! la hermosa patria mía
Con júbilo recibe, de nuevo, á su cantor,
Al que buscó en su cielo la luz de la poesía,
Y tiene en sus cantares la dulce melodía
Y el trino misterioso del pardo ruiseñor.

Hoy vuelves á los lares dó se meció tu cuna
Y sientes alegrías, tristezas y pesar,
Mirando que resbalan las horas una á una,
De las felices noches en que alumbró la luna
Las dichas venturosas de tu tranquilo hogar.

Aquí te ofrece el campo perfumes y colores;
Las aves sus conciertos; el sol su clara luz;
La tarde misteriosa sus tibios resplandores;
La noche dulce calma; la aurora sus albores;
Sus brazos, siempre abiertos, la solitaria cruz.

Aquí todos te llaman, no amigo, sino hermano;
Aquí es más claro el día y alumbra más el sol;
Y todos se apresuran por estrechar la mano,
Del inspirado genio, del vate castellano,
Que siente cual nosotros, que escribe en español.

(1) Composición leída en la velada literario-musical del *Centro Filarmónico* de Córdoba, celebrada en honor de Grilo la noche del 28 de Marzo de 1885.



Hoy vuelves á tu nido, hoy vuelves á tus lares,
Y miras cariñoso los sitios del *ayer*,
La misma Santa Vírgen, brillando en los altares,
La Catedral medrosa, sus altos alminares,
Algo que no te explicas, y es parte de tu ser.

Tú sabes que en el pecho, eternamente anidan,
Memorias y recuerdos que allí tienen su altar,
Tú sabes que hay momentos que á la oración convidan...
Cuando las luces trémulas del templo se despidan,
Tú sabes que nosotros ¡tenemos que llorar!

Tenemos que decirnos, aquello que se siente,
Viendo desierta y triste la paternal mansión;
Y hablar de ¡nuestras madres! y del amigo ausente,
De todo lo que es culto de nuestro amor ardiente,
Y es luz de nuestro espíritu, que llena el corazón.

Yo te hablaré de silfos, de amores lisonjeros,
Y tú, de tu angel bello gozoso me hablarás;
Dirasme cómo duerme, sus modos hechiceros,
Y cómo son sus ojos, que mas son dos luceros,
Y cómo se entristece cuando de allí te vás.

Yo aquí soy solo un eco perdido en el vacío,
Que solo lo que sienta amante te diré;
Yo quiero de tus flores ser gota de rocío
Que no evaporen nunca los rayos del estío...
Yo quiero ser la yedra, del arbol de tu fe.

De niño, tus canciones con júbilo aprendía,
Que jóven, no he dejado después de repetir,

Acaso porque en ellas está la patria mía
Y fueron mi bautismo glorioso de poesía,
Porque llorar me hicieron, á fuerza de sentir.

.....

 Mi Córdoba te aclama, y espera ya impaciente
Que pulses tu cristiano y armónico laud,
Con cuyas notas ama, y se embelesa y siente...
El lauro que te ofrezca, colócalo en la frente
De tu hija, como símbolo, de amor y gratitud.



¡EL SIGLO!

En el sitio donde antes estuvo
Viejo monasterio
Y á orillas del Bétis
Que amante arrullaba
Su tranquilo sueño,
Ancha vía, que el ánimo admira,
Ha abierto el progreso,
Que titán de este siglo tan solo,
Camino de hierro
Elije á su paso, porque ellos reflejan
Los presentes tiempos.
Allí no se escuchan
Ni salmos ni rezos,
Quedando tan solo de aquella morada,
Cual vivo recuerdo,
Una torre de agujas caladas
Que se alza hasta el cielo,
Cual plegaria de piedra
Que ruega por todos los muertos.
Donde antes el coro,
La fábrica vemos
Dó funcionan las máquinas siempre,
Y vive el obrero,
Y de día se mezcla de aquellas
Tenáz martilleo,

Con el silbo sonoro, extridente,
Del tren que recorre los campos estensos.
 La locomotora,
 El mónstruo de hierro
Que horada los montes y cruza los valles
 Vomitando fuego
 Cuando el paso enfrena,
 Y quedo, muy quedo,
Al lugar se aproxima dó estuvo
 Aquel monasterio,
 Parece que dice
 En sus silbos secos:
Yo soy el titán que no ceja
 De siglos pasados
 El noble heredero.
Y del sol andaluz á los últimos
 Brillantes reflejos
Cuando el trén alejándose finje
 Serpientes de hierro,
De la torre gallarda y erguida
 Que fué del convento
Parece que surgen mil voces que dicen:
 ¡Qué tiempos!
 Y cuando la noche
 Con su negro velo
 Desciende hasta el rio
 Y enciende los astros
 En el firmamento,
 De la nueva fábrica
 Salen los obreros,
 Cesando las máquinas
 En su martilleo,

Y poleas, y ruedas y enseres
Nos están diciendo
Comparando sin duda los giros
De unos y otros tiempos
¡Qué gran diferencia
Entre estos y aquellos!



EL REY DEL GALLINERO

Vistiendo plumas vistosas,
Que son su traje de gala
La cresta muy encendida
Y muy abiertas las patas,
El gallo se pavonea
En medio de sus sultanas,
Seis gallinas color de oro,
Que muy sumisas acatan
Los mandatos de su dueño
Y señor, que cuando canta
Atruenan el corral, cerrado
Por cuatro paredes blancas,
Que el sol con su luz invade
Y la madre selva escala.
Como el antiguo guerrero
Que espuela de oro calzaba
Disponiéndose á la justa
Para luchar por su dama,
Así el gallo se pasea
Con magestad soberana,
Luciendo sus espolones
Que son sus mejores armas,
Para el rival que pretenda
Usurparle sus esclavas,
A las que avaro defiende
Y siempre celoso guarda.

Apenas surgen las luces
De la espléndida alborada,
El gallinero abandona,
Y con marcial arrogancia,
Ya del corral en el medio
A sus favoritas llama,
Que en alegre cacareo,
Después de batir sus alas,
Al gallo amantes rodean
De sus caricias avaras.
Después, cuando el sol asciende
Y todo con su luz baña,
Se guarecen de sus rayos
Y de la atmósfera cálida,
Bajo pobre cobertizo
Hecho con frágiles pajas;
Y allí, ya pican el suelo
O bien en el mismo escarban,
Hasta que llega la dueña
A repartirles la escaña,
Que es siempre en comer el último
El gallo, cortés, que aguarda
Que terminen las gallinas
Para ocupar luego plaza
En el banquete que dura
Hasta que el día se marcha,
Y las sombras de la noche
Hacen su fúnebre entrada,
Y las gallinas se duermen
Hasta la nueva mañana,
Temerosas ocultando
La cabeza bajo el ala.

EL TINTERO

Yo lo usé desde muy niño,
Lo contemplo ante mi vista,
Y adivinar me parece
En lo negro de la tinta
La claridad del ingenio
Y la luz de la poesía,
Que cual gnomos encendidos,
Solo esperan la visita
De la pluma que se empape
En el tintero solícita,
Para trasladar, más tarde
A las nevadas cuartillas,
Un raudal de pensamientos,
Que luego después cautivan,
Imágenes del poeta
Y delirios del artista,
Negras dudas del filósofo
Y chismes de la política,
Que constantemente escribe
El más hábil periodista.
Todo surge del tintero,
Que todo en su abismo anida,
Lo mismo el amor que el odio,
La virtud, la hipocresía,
La aviesa intención, el crimen,

La inocencia de una niña,
Y del jóven estudiante,
Duermen allí las mentiras
Para engañar en sus cartas
A su novia, á su familia.
El tintero me parece
Un cerebro, donde anidan
En vez de células, gotas
De negra y espesa tinta;
De un tintero, *Don Quijote*
Surgió en nuestra patria un día,
Y las obras inmortales
De Calderón, y las místicas
De Fray Luis de Granada,
Y esos mundos de poesía
Que dieron nombre á los génios
Que pensaban y sentían:
Todo surgió de un tintero,
Del piélago de su tinta;
La pluma ha sido el intérprete
En esta empresa sencilla.
Ahora mismo entre mis dedos,
Con el tintero á la vista,
Mi pluma, con gran trabajo,
Sobre el papel se desliza,
Mientras que pienso á mis solas
Y sueña mi fantasía,
Los pensamientos que duermen
En cada gota de tinta
Esperando un nuevo Lázaro,
Que es el génio, que les diga:
Levantaos, decid al mundo

En páginas de oro escritas
Cómo se habla con Cervantes,
Con Quevedo, que es la risa,
Con Fray Luis, que es misticismo,
Con Góngora, que es poesía.



ROMA PAGANA

El trono de los Césares vacila
Y á una orgía sin fin se entrega Roma;
En carros de marfil, medio desnudas,
Al circo se dirigen las matronas.

Siente el esclavo el látigo inclemente
Con dureza caer sobre su espalda,
Y goza el pueblo viendo á los cristianos
Bañar la arena, con su sangre y lágrimas.

Solo ondea la púrpura de Tiro
En alegres festines y molicie,
Donde se apuran las brillantes copas
En que fermenta el espumoso Chipre.

Calígula hace un cónsul de un caballo,
Y Tiberio en el vicio se encenega;
De la ley el imperio es solo un mito,
Y los tribunos al furor se entregan.

Roma se embriaga; el templo de sus dioses
Preside de aquel mundo el desconcierto,
Y hechas ya las vestales meretrices,
Dejan de alimentar el sacro fuego.

Las águilas romanas, ya no surcan
Extendiendo sus alas al espacio,
Y clavan solo sus abiertos picos
Del vicio impuro en el creciente fango.

¿No fuiste, Roma, reina de los mundos?

¿No avasalló tu imperio las naciones?
¿No tuvo en tí el derecho noble cuna,
Derecho que extendiste á todo el orbe?

Sí; y hoy te miro inerme, envilecida
Arrastrar por el polvo el régio manto,
Con fuerzas solamente para el crimen,
E inhumana azotar á tus esclavos.

Ya te embelesas con salvaje anhelo
Viendo como en el circo van las fieras,
A desgarrar los cuerpos de tus víctimas
Que les arrojas cual sangrienta presa.

¡Miradlas! son los mártires cristianos
Que mueren fijos en la cruz divina...
Tiembla, Roma infeliz, que ya se escucha
Galopar al coreel donde vá Atila.



Á LA CARIDAD

La vida es un erial; desierto el mundo
Donde la nota del dolor domina,
Y el corazón, el piélago profundo
Que la luz del amor, solo ilumina;
Si la existencia, al fin, es sufrimiento
Donde perdida la serena calma
Se oye solo un lamento,
Expresión siempre fiel del sentimiento
De un anhelo ideal que tiene el alma,
Busquemos el consuelo
En todo aquello que á el amor invita
Ejercitando cual virtud bendita
La santa Caridad, hija del cielo.
Por ella, el alma mía
La angustia adivinó del desgraciado
Que la amargura del dolor sufría,
Y en ella el ángel de bondad veía
Que vela por el niño abandonado.
Perfume celestial, flor de ventura,
La Caridad se estiende por el mundo
Prestando luz á la conciencia oscura.
Un Dios Omnipotente la pregona;
Enaltece su espíritu fecundo
Que el amor eslabona,
Y formando con ella una corona

Que es símbolo del bien, la ofrece al mundo.
Egoísmo cruel, hunde la frente
En ese cieno en que tu ser reposa;
El corazón doliente
Libre se vé de tu venganza odiosa,
Que si la humanidad en su destino
De la miseria encuentra los horrores,
No le falta también quien su camino
Vaya sembrando con hermosas flores.
La Caridad es esa, que mantiene
Vivo el amor más puro, y que sublimes
Intérpretes del bien consigo tiene.
Existe una mujer sobre la tierra
Que es flor bendita que embalsama el viento,
Flor que su puro broche al placer cierra,
Y que la gloria mundanal destierra
Al lado del dolor y el sufrimiento.
Es de la Caridad la santa hermana
Para el amor al prójimo nacida,
Es un ángel del cielo que se afana
Por hacer menos triste nuestra vida.
¡Vedla! al lado del triste moribundo
¡Cuán constante se halla!
Su misión es amar á todo el mundo,
Su trono es ¡ay! el campo de batalla.
Cual los jazmines pálida, no advierte
Que el cuerpo muere, cuando falta calma,
Sabiendo como sabe que la muerte
Es la feliz resurrección del alma.
La sociedad plagada de egoísmo,
Se muestra á la virtud indiferente,
Y desdeña el valor, el heroísmo

De aquel que se le pone frente á frente.
¿Qué fuera del amor que es lo más puro
En el seno del alma,
Si hallara el corazón ya seco y duro,
Sin que arraigase en él de amor la palma?
Si los males acrecen,
Si el egoismo impera
Y las grandes acciones hoy decrecen,
Perenne y verdadera
Existe una virtud que es mensajera
De las grandes acciones que ennoblecen.

.....

¡Hermosa Caridad! ángel divino
Que la desgracia vela,
Amparo del errante peregrino
Que al fin en su camino
Encuentra un corazón que le consuela.
Seres que de la vida en los umbrales
Sentísteis el puñal del abandono
Y más tarde consuelos celestiales;
El que entre triste soledad camina
Y nota luego que á besar su frente
Una visión seráfica se inclina,
Decidme ¿no es verdad que aquella calma
Que vino á disipar vuestros rigores,
Debido á los consuelos bienhechores
Fué de la Caridad, que entró en el alma?
¡Humanidad, humilla
El vil orgullo, y presta tu consuelo
Al que sufre, doblando la rodilla
Ante la Caridad hija del cielo!

EL FESTÍN

La copa del licor entre las manos;
Llena de vivo fuego la cabeza;
El amor asomándose á los ojos
Y circulando aprisa por las venas;
En los labios marcada la sonrisa
Que en horas solo de festín alienta,
Así vi yo al placer cruzar un día
Por mis eternos sueños de poeta,
Diciéndome con júbilo: «ven pronto,
Yo persigo el amor y la belleza.»
Y lo seguí, por fin; colgué la lira
De un sauce soñoliento, y cuando apenas
Penetré en la mansión de los placeres,
Sentíme lleno de mortal tristeza,
Pugnando mi alma por dejar el cuerpo
Donde siempre se encuentra prisionera.
Allí, en coro infernal, y desceñidas
Las clámides de Tiro que vistieran,
Pude ver las mujeres más hermosas,
Raros modelos de estatuaria griega,
Que con alegres risas apuraban
Vino de Chipre en copas de Bohemia,
Robando luz á sus hermosos ojos
La vaguedad de dulce borrachera.
¡Brindemos por el vino y las mujeres,

Por el amor que es rey de la existencia,
Por la locura y la pasión sublime
Que inspiran á la musa del poetal...
Y embriagado, también, soñando amores,
Desperté de mi sueño, y ficción era
El báquico festín donde mis lábios
Gustaron del licor de la belleza.



SANTA TERESA DE JESUS

¡Salve! mística doctora,
Por tu saber celebrada,
Cuyas obras nos admiran,
Cuyo estilo nos encanta,
Cuyos versos nos deleitan,
Cuya fe nos entusiasma.
En tí se reúnen á un tiempo,
La sencillez de una santa,
La nobleza de la cuna,
Y amor divino que exalta,
Y te hizo decir un día
Esas sublimes palabras
De *muero, porque no muero*,
Porque mi Dios no me llama,
Y en misticismos te envuelves
Y en impacencias te abrasas,
Por habitar cuanto antes
En la divina *morada*,
Donde cesarán tus cuitas
Y terminarán tus ansias.
Sencilla flor del Carmelo
Y compatrona de España,
A tus pasos en la tierra
Nuevos templos se levantan,

Que tu ardiente fe instituye
Y la religión consagra.
En ellos tu nombre flota,
Que está con ellos tu alma,
Que la aureola circunda
De las virtudes cristianas.
Tus conquistas, siempre fueron
En la región de las almas,
Donde el error suele á veces
Preparar sus emboscadas:
Allí los triunfos lograste
Que la religión delata,
Y unas veces con la pluma,
Y otras mil con tus palabras,
Caía el error vencido,
Y las sombras se alejaban
Para dar paso á las luces
Con que la fe se abrillanta.
Aún recuerdo con cariño,
En los días de mi infancia,
Haber contemplado absorto
El retrato de la Santa,
Que con la pluma en la diestra
Y envuelta entre tocas blancas,
Sentada junto á una mesa,
La inspiración aguardaba
Del cielo, donde sus ojos,
Rebosando luz, miraban,
Mientras cándida paloma
Batía sus blancas alas
Sobre la gentil cabeza
De la incomparable santa.

EL CANARIO Y LA MÚSICA

De un espléndido salón,
A la tibia luz dudosa,
Despertó mi admiración
Una mujer muy hermosa
Que inflamó mi corazón.
Estaba sentada al piano,
Y una vírgen parecía
De Murillo ó del Tiziano,
Y brotaba la armonía
Al contacto de su mano.
Manos que á las azucenas
Dejan atrás en blancura,
Y que en las noches serenas
Cuando la luna fulgura,
Fueran cendal de sus penas.
Beethoven era el autor
Que en el piano interpretaba;
Era un nocturno de amor
Lo sentía, y lo espresaba
Con dulzura, con calor.
Cautivo en jaula de plata,
Un canario que dormía

Despertó á la serenata,
Y al creerse en nuevo día
Cantó, también, su fermata.
Mas avanzaba, la hermosa
Tocando el nocturno aquel
Cual plegaria melodiosa,
Y las notas en tropel,
En confusión misteriosa,
Iban en concierto vario
A reflejar su deseo,
En el sentido jorgeo
Que preludiaba el canario.
Y la avecilla canora,
Imitando la armonía
De la música sonora,
Al viento su melodía,
Daba fácil, seductora.
Al fin terminó la bella
De ejecutar al piano
La dulce canción aquella,
Dando así tregua la mano
A su amorosa querella,
Y desde aquella ocasión
Enmudeció la avecilla,
Quedó en silencio el salón,
Y la mano en la mejilla
Mi venturosa ilusión.
¿Por qué ¡ay! pensé será un ave
La que tan dulce armonía
Copiar en sus trinos sabe?
¡Dios mio! cuánto daría
(Si es que en mi destino cabe)

Ser como el compositor
De esa canción deliciosa,
Y espresar como él mi amor
A la pura niña hermosa .
Que es de mi dicha el fulgor.



LA MUSA DEL SIGLO

No es el vago fantasma que persigue,
Los genios pobladores de las selvas,
Ni el castillo feudal busca amoroso
Para cantar su apasionada endecha,
A la hermosa y noble castellana
Que á su rendido trovador espera.
No es el eco que vaga por las tumbas,
Y es amigo eternal de las tinieblas
Que en las orillas del tranquilo lago
Con las xanas y espíritus conversa.
No es la que canta con la guzla mora
En cuyas suaves y vibrantes cuerdas,
Se esconden los suspiros de Zulima,
Las noches de la Alhambra y sus leyendas,
Con los ecos que arranca misterioso
El viento á la campana de la Vela.
Murieron ya las notas que cantaban,
Con la locura de la triste Ofelia,
Los deliquios de amor en que intervienen
Romeo, apasionado, y su Julieta;
Y los choques de espadas de galanes,
Por causa de una dama, y de la dueña
Que lleva los billetes perfumados
A la niña que aguarda en una reja.
Ya no es la fe, la que el acento inspira

De los sentidos versos del poeta;
En la musa del siglo, van unidos
El progreso, la luz, la indiferencia,
Del vapor los ardientes resoplidos,
Del eléctrico fluido las secretas
Corrientes misteriosas, y la duda,
Que cual serpiente horrible y gigantesca
Se enrosca en el cerebro, y hace nido,
Que fabrica el error en la conciencia....
¡Oh! yo quiero volver atrás los ojos,
Yo soy esclavo de mi musa eterna,
Quiero cantar la fe, cantar la gloria
Y el puro amor con que mi mente sueña.



EL AUTOR DE "EL QUIJOTE",

En una tranquila noche
Del mes de Abril perfumada,
Y en la ciudad venturosa
Que preside la Giraldá,
Un hombre pálido y triste
Con muy remendada capa,
La luz del génio en los ojos
Donde el dolor se retrata,
Ante una mesa de pino
Y al resplandor de una lámpara
Tan escasa del aceite
Como menguada en la llama,
Pensativo y cabizbajo,
A solas á veces habla,
Mezclando con franca risa
Copiosas y ardientes lágrimas,
«¡Pobre de mí y de mi suerte!
—Con lánguido tono exclama,—
»Que después de haber luchado
»En Lepanto por mi patria,
»Perdiendo abundosa sangre
»Y un brazo que me hace falta,
»En vez de laureles, hallo
»Cadenas, desprecio y ánsias,
»Que con las del infortunio

» Van con el hambre mezcladas.
» Por la pluma que es mi encanto
» Dejé mi luciente espada,
» Y hoy pan con la gloria espero
» De este libro, de estas páginas,
» Que en largas noches de insomnio
» Fueron por mí laboradas,
» Entre el pesar que me oprime
» Y el hambre atroz que me asalta.
» ¡Adelante! *Galatea*,
» Mis novelas y mis jácaras,
» *Rinconete y Cortadillo*
» Y otras de mis obras varias,
» Si nó pan, daránle al menos
» Satisfacciones á el alma,
» Que templé, como el acero
» Que me siguió á mis campañas.
» Haré, prosiguió, un esfuerzo,
» Y el *Don Quijote*, esperanzas
» Habrá de proporeionarme
» De bienestar en mi patria:»
Esto dijo, y al momento
Murió la luz de su lámpara,
Y cayó en sueño profundo,
Durante el cual, diz que es fama,
Que ¡gloria al génio! exclamaron
En los ámbitos de España.



LAS PALMAS

Siempre tuvieron las palmas
Inesplicables encantos
Para todos los poetas
Que en sus versos las cantaron.
Cantó Abderramán en Córdoba
Las palmas de su palacio;
Y el talle de las hermosas
A las palmas compararon,
Aquellos que suspendidos
Se vieron de sus encantos.
Son símbolo de pureza;
En los mártires cristianos
Son el emblema del triunfo,
Y en el Domingo de Ramos
Ostentan en las iglesias
Sus cimbradores penachos,
Y sobre ellas bendiciones
Caen desde el altar sagrado
Como rocío del cielo
Que fecundiza los prados,
Haciendo que de las palmas
Broten esos frutos santos
Que en el corazón se esconden
Y tienen su firme arraigo.
Petrificadas las palmas

En la Catedral miramos;
Son las estériles palmas
A las que un día secaron
Bajo el sol del cristianismo
Que hoy allí vierten sus rayos,
Encendiendo en nuestras almas
La pura fe del cristiano.
¡Gloria á Dios en las alturas!
Repite el canto sagrado,
Y torrentes de armonía
El órgano sollozando,
Se mezclan con el incienso,
Muda oración, que ondulando,
Besa el altar del Altísimo
Y perfuma su sagrario.
Palmas de Sión, hermosas,
Que el Señor bendijo, entrando
En Jerusalem un día
En medio del entusiasmo
Del pueblo, que le arrojaba
Mantos y flores al paso.
Palmas de Sión, hermosas,
Halle yo eterno descanso
A vuestra sombra bendita
Aquel día, en que apoyando
Mi helada frente en la tierra,
Mi alma vuela á otros espacios.



LA VIRGEN DEL PILAR

«La Virgen del Pilar dice
»Que no quiere ser francesa,
»Que quiere ser capitana
»De la tropa aragonesa.»
Esto canta el pueblo invicto
De la gloriosa epopeya,
Que reconoció por causa
Nuestra santa independencia;
Esto dice en sus canciones,
En las cuales se refleja
El vivo amor á la patria
Y el de su patrona excelsa,
Que sus destinos preside
En la aragonesa tierra.
De Aragón en los confines
No hay una casa siquiera
Donde falte aquella imagen
Que es de su culto la enseña,
El faro de su esperanza
Y el alivio de sus penas.
El pueblo con ese modo
Especial de su existencia,
Le llama la *Pilarica*,
Y no hay temor de que venza
La duda impía, en su lucha

Con la fe, con las creencias,
Que son flores de la vida
Que perfuman y embelesan.
Con esa Virgen el pueblo
Llora, canta, sufre y reza,
Con Ella marcha al combate,
Con Ella la paz celebra
Y los triunfos del trabajo,
Y los lauros de la guerra,
Y la alegre romería,
Y todo, en fin, lo que lleva
El sello de los destinos
De la patria que congrega.
La madre, desde la cuna
Enseñó al hijo, que vela
Siempre por él esa Virgen
Que de los cielos es Reina:
Y cuando es joven y marcha
A las civiles contiendas,
Con grande amor, á su cuello
Un relicario le cuelga,
Donde se vé de la Virgen
Del Pilar la imagen bella,
Que aparece colocada
Sobre una columna esbelta.
¡Bendita la fe que salva!
Bendita la Virgen sea,
La Virgen que dice el pueblo
«Que no quiere ser francesa,
»Que quiere ser capitana
»De la tropa aragonesa.»

EL ALBAICÍN GRANADINO

En la morisca Granada
Tiene el Albaicín su asiento;
Por fondo Sierra Nevada,
Por música el vago viento,
Por luz la de la alborada.
La triste y pálida luna
Enamorada la mira,
Viejo, débil, sin fortuna,
Que en ese barrio suspira
Aun hoy la raza moruna.
Del sol al postrer reflejo,
En esas tardes divinas,
Que son de Dios claro espejo,
Las oscuras golondrinas
Le dan constante cortejo,
Que al volver de los aduares
A los vergeles floridos,
Que esmaltan los azahares,
Colgaron allí sus nidos
Después de cruzar sus mares.
¡El Albaicín! ¡cómo adunas
En tí mil joyas galanas,
Tus perdidas medias lunas
Y mil leyendas cristianas,
Con fantasías morunas!

Por tus calles silenciosas
No discurren los infieles,
Ni las sultanas hermosas,
Ni piafan ya los corceles
En sus cuadras espaciosas.
La calada celosía,
Tan solo el recuerdo vago
Guarda de aquella poesía,
Que amarillo jaramago
Acaso nos contaría,
Pues él puso sus pendones
Enmedio la obscura yedra
Que escala los paredones,
Por arrancar á la piedra
Sus antiguas tradiciones.
Refugio de mil consejas
Que aun pregona la hornacina,
Y que repiten las viejas,
Aun el misterio domina
Sus retorcidas callejas.
Y junto á la opaca luz
Que pone la devoción
Al Cristo que está en la Cruz,
La alcoránica inscripción
Y el moruno tragaluz.
Sus pátiols llenos de flores
Con su primorosa fuente
De diversos surtidores,
Por la noche, dulcemente,
Hablan de citas, y amores,
De los ecos del Muezín,

O los de la brisa gratos
O de arábigo festín,
O los de los timoratos
Del *duende del Albaicín*....
¡Granada, oriental Granada!
Que inspiras tranquilo amor,
Favorita desgraciada,
Tu eterno y vivo fulgor
No apaga Sierra Nevada.



EL 2 DE MAYO

Hable solo el corazón
Y calle el lenguaje humano
¡Resucita, pueblo hispano!
¡Despierta, ibero león!
Cese de la honda aflicción
El dolorido desmayo,
Del sol de la patria el rayo,
De sus luces eternas
A los héroes inmortales,
Sublimes, del dos de Mayo.
No han muerto, no, que morir
No pueden los que han de ser
El espejo del deber,
De los que saben morir.
¿Podrá España consentir
Que se olvide su memoria?
¿Podrá obscurecer su gloria
De su alta fama en desdoro?
Grabada en letras de oro
Está esa fecha en su historia.
¡Cuán dichosas las naciones
Que de su heroísmo en pos
Y la confianza en Dios,
No temen á los cañones!

Las invasoras legiones,
Con el águila francesa,
Quisieron á España opresa,
Juzgándonos más entecos....
Y huyeron, solo á los ecos
De la jota aragonesa.
Patria mía, hermoso sol
Que nuestras comarcas baña,
Puesto que nací en España
Morir quiero en español,
Tu historia en limpio crisol
Depuraba el heroísmo,
De sangre fué tu bautismo,
Mezclado con patrio amor;
Si hoy volviera otro invasor
Sucedería lo mismo.
Sí, que tu pueblo leal
Hace muros de sus pechos
Y ha de repetir los hechos
De Sagunto y San Marcial,
Y á su empuje sin rival
Que nadie sin fe soporta,
Héroes sin cesar aporta,
Con gran desprecio profundo,
Y es admiración del mundo
Con su general *no importa*.
¡Héroes, cuyo nombre zumba
En la vasta inmensidad,
La fe, con la libertad
Velando están vuestra tumba.
Lepanto, Gerona, Otumba...
Vuestra gloria extraordinaria

Será siempre necesaria,
A los que se juzgan fieles,
Y aun os consagran laureles,
Y una sentida plegaria.



LA FUENTE DEL CASTAÑAR

Niña hermosa, niña hermosa
Que con tus galas más bellas
Para asistir te dispones
A la fiesta de tu aldea;
No pases junto á la fuente
Del castañar, no detengas
En ella, niña, tus pasos
Si quieres no sufrir penas.
Con rosas en tus mejillas
Mezcladas con azucenas.
Con claveles en sus labios
Y en sus ojos luz Febea,
Vá la hermosa, que en su pecho
Castos amores alienta,
A la alegre romería
Que en el lugar se celebra.
El corpiño más lujoso
Su cuerpo flexible encierra,
Y sus piés, que dos capullos
Más que otra cosa semejan,
En cárcel de tafilete
Van, con dos moñas de seda.
Su paso menudo, casi
Huella en el suelo no deja,
Y entre cantar y reir,

Cerca de la fuente llega,
Do el galán que la enamora
Con vivas ansias la espera.
A poco los dos amantes
En amorosas endechas
Dejan trascurrir el tiempo,
Bajo la espesa arboleda,
Olvidando los rumores
De la bulliciosa fiesta,
Que de las brisas en alas,
Hasta sus oídos llegan.

Triste está la niña hermosa,
Son sus mejillas de cera,
Y en sus ojos se adivina
Todo un mundo de tristezas.
Ni ríe como otras veces,
Ni con sus cantos alegre:
Alguna vez de sus ojos
Furtivas lágrimas ruedan,
Y su oculto sentimiento
Hondos suspiros expresan;
Y á asistir no se dispone
A la fiesta de su aldea,
Y vierte abundoso llanto,
Cuando oye cantar de cerca:
«No pases junto á la fuente
Del castañar, no detengas
En ella, niña, tus pasos
Si quieres ahorrarte penas.»

ANTES DE LA BATALLA

Bajo el deleznable techo
De una tienda de campaña,
Que lo mismo al sol dá paso
Que á los chuceos del agua,
Un valeroso soldado,
Un valiente hijo de España,
El pensamiento en su tierra
Y su cuerpo en una manta,
Después de templar á gusto
Las cuerdas de una guitarra,
Con voz sentida y sonora,
Llena de alegrías, canta:
«Mientras exista el Montilla
Y me quiera mi serrana,
Se me importe á mí un comino
El rigor de la campaña.»
Cordobés, en San Lorenzo
Recibió en la pila el agua,
Y como lleva en el pecho
De San Rafael la estampa,
Que le puso al despedirse
La «maresita é su alma,»
Ni le importan los rigores,
Ni tiene miedo á las balas,
Y es un Cid cuando pelea

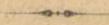
Y un Juan Brea cuando canta.
La voz de ¡alerta! se estiende
Por valles y por montañas,
Y tras la noche sombría
Vienen las luces del alba,
Prólogo siempre obligado
De los toques de diana.
El corazón del soldado
Late en su amor por la patria,
Se levanta de su lecho,
Recoje al punto las armas,
Piensa en su madre querida
Y en la mujer que más ama,
Y se lanza á la pelea
Al grito de ¡viva España!



LA CAMPANA DEL COLEGIO

¡Parece que fué ayer! era en los días
Felices de mi infancia,
Cuando recluso, siempre, en el colegio
Alegre me encontraba.
Era en la edad en que la vida tiene
Perfumes y fragancias,
En que todo se vé color de rosa,
Y alienta la esperanza.
Ese periodo en que del niño al hombre
La extensión no es muy larga,
Y en que los brotes del amor primero
Existen en el alma.
Cuando tienen las puras ilusiones
La blancura en sus alas,
Y los ojos ignoran todavía
Que son de fuego, lágrimas.
Tras las doctas lecciones que un maestro
Exponía en la cátedra;
Tras las horas de estudio, que eran siempre
Enojosas y largas,
El anuncio de la hora de recreo
Nos daba la campana,
Y al jardín acudíamos, gozosos,
Con bulla y algazara.
Allí de inclinaciones bien distintas

Los niños dibujaban
Esas siluetas vagas é impalpables
Que han nacido del alma;
Así que mientras unos con ser jefes
Y soldados soñaban,
Fingiendo mil combates sanguinarios
Con fusiles de caña,
Otros más apacibles y tranquilos
En procesión formaban,
Llevando de papeles de colores
Casullas y dalmáticas.
Los que más avanzados, ó más hombres
Acaso se juzgaban,
A escondidas fumaban un cigarro,
O leían las cartas
Escritas con el fuego de una niña
Sensible colegiala;
Y á lo mejor, enmedio de este cuadro
De muy sabrosas pláticas,
Llamándonos de nuevo hácia los libros
Vibraba la campana...
Hoy, al pasar delante de los muros
De la vetusta casa
Donde corrieron con amor los días
Risueños de mi infancia,
Con emoción escucho todavía
El toque ds campana....
¡Ay! ¡quien pudiera oirla como entónces,
Sin dolor en el alma!



LA ARMADURA ANTIGUA

Colocada en el testero
De un salón, donde fulgura
Del sol el rayo postrero,
Se vé la vieja armadura
De un valeroso guerrero,
Del que cuenta antigua historia,
Que sus mil hechos detalla,
Y su limpia ejecutoria,
Que no asistió á una batalla
Donde no alcanzase gloria.
Casco con pluma y celada
A la armadura corona,
Y cerca se vé la espada
Que hechos de heroismo abona,
Y la gloria conquistada.
Un niño, que una creación
De Rubens se nos figura,
Se halla en medio del salón
Contemplando la armadura
Con creciente admiración.
Y es que en las noches de Enero,
Sentado junto al hogar,
Y con aspecto severo,
Oyó á su abuelo contar

Las hazañas del guerrero,
Y los actos inhumanos
Cometidos en España,
Con alientos soberanos,
En la reñida campaña
De moros y de cristianos.
De la armadura colgada
Que el niño tiene á la vista,
Fué dueño un conde Moncada,
Que asistió á la Reconquista
De la morisca Granada.
A su abuelo noche y día
Oyó relatar la historia
De su mucha valentía,
Y surgen hechos y gloria
Del niño en la fantasía.
Que absorto, embebido, nota
Que tras el brillante acero,
Desde su tumba remota,
Resucita el caballero
Para vestirse la cota.
Y en su rostro reflejada
La cólera y el cariño,
Con faz torva y arrugada,
Cree ver con asombro el niño
Que le acaricia el Moncada.
Hasta que la fantasía
Al cabo en sus sueños cesa,
Y á su abuelo se confía
En tanto que al rapaz besa
El postrer rayo del día.

EL LIBRO VIEJO

Casi exhausto ya de hojas
Descuadernado y mugriento,
En un pobre baratillo,
Encontréme un libro viejo
Que hasta mí llegó arrastrándose
Lleno de polvo y de miedo.
—¿Quién eres?—le dije al cabo.
—¿No lo ves? un esqueleto
Del que huyó parte de ciencia
Merced á un chico tendero
Que con mis hojas liaba
Los ultramarinos géneros.
Soy.... más fijate en mi título,
Soy *El Hidalgo Manchego*,
Aquel ingenioso hidalgo
Cuyas hazañas sin cuento
Nos describió el gran Cervantes
Con galanura y acierto;
El que tomó por gigantes
A los molinos de viento;
Soy, en fin, pues, *Don Quijote*,
Descuadernado y maltrecho.
En todas estas angustias
Porque ha pasado mi cuerpo,
Por alegres compañeras

Tuve unas obras de mérito,
Las regocijadas obras
De Don Francisco Quevedo,
Donde se apagó la risa
Trocada en lágrimas luego.
—¿Y qué quieres?—¿Lo preguntas?
¿No sabes lo que yo quiero?
No dar en manos de un bruto
Que después me venda al peso.



VENCEDORES Y VENCIDOS

El día de combate fué terrible,
Y el combate tremendo fué de prueba,
De esos que dejan sombras en la mente
Y pavoroso hielo en nuestras venas.
Las voces roncacas del cañón sonaron,
Como un eco de muerte por las breñas,
Y el ángel del dolor cruzó el espacio
Con un girón de luto por bandera.
Las flores perfumadas de los campos,
No ya rocío, sangre es lo que ostentan,
Fingiendo extenso valle de amapolas,
De la muerte cruel la triste huella.
La ermita del lugar, que allá á lo lejos,
En el azul perfila su silueta,
Tiene rota su cruz por la metralla,
Más con el solo brazo que le queda,
Parece que pidiendo está venganza,
O justicia eternal para la tierra.
La campana, que alegre los domingos
Invitaba á la fiesta de la aldea,
Sólo toca arrebato, y ya cansada
Tiene ¡infelice! de metal su lengua.
Bien se batieron ya los campeones;
Muertos y heridos por doquier se observan,

Que lanzan luego su postrer suspiro
En medio la oración ó la blasfemia.
De Caridad bendita las hermanas
A los que sufren, con amor, consuelan,
Fingiendo de sus tocas la blancura
Albas palomas que los campos pueblan.
Los que el monte ocupaban dispersados
Y vagando al azar, al fin se encuentran
Cercados sin cesar por su enemigo
Y al desaliento y al terror se entregan.
Pocos son, es verdad, más héroes todos,
Que amarrados al carro de una idea,
Lucharon cual titanes, y perdieron
La generosa sangre de sus venas.
Juntos ya, vencedores y vencidos,
Que hermanos é hijos son de aquesta tierra,
Se dan los brazos llenos de carino,
Como antes ódio y muerte en la pelea,
Naciendo de estas iras el relámpago
Que surge de la aguda bayoneta.
Si hermanos solo son, ¿por qué este encono?
¿Por qué en sus corazones cruda guerra?...
Son peones eternos del tablero,
Donde la España sus destinos juega.



EN UN ÁLBUM

Yo bien sé que el álbum es
Un altar de tu hermosura,
Donde el poeta procura
Poner flores á tus piés.
Yo que solo piso abrojos,
Que en mi corazón penetran,
Por más que miran, no encuentran
Flores para tí mis ojos.
Flores lozanas, que al fin,
Dignas de tí, niña, sean,
De esas flores que hermocean
El máspreciado jardín.
Más recobrando la calma,
Y solo por complacerte,
Me decidiré á ofrecerte
Las flores que hay en mi alma.
Muy pobres y humildes son,
Mas por el amor creadas,
Mis flores están regadas
Con llanto del corazón.
Si en ellas, niña, adivinas
Los recuerdos del pasado,
Al tocarlas, ten cuidado
No te claves sus espinas.

De tanto como sufrí
Esas flores marchité,
Con amor las conservé,
Y hoy te las ofrezco á tí.
Puede que tu sentimiento
De alguna en favor te incline;
Puede que alguna domine
Acaso algún pensamiento.
Escójelo, que él será
De mi corazón emblema,
De amor acaso un poema
Que grabado en él está.
Y de tu llanto al rocío
El abrirá su capullo,
Y tú dirás: «siendo tuyo
Ese pensamiento es mío.»



EL CORAZON DE PIEDRA

Cuenta una historia vulgar
Que un caballero cristiano,
Por un hecho singular,
Hizo en su escudo labrar
Un corazón y una mano.
Esta, armada de un cuchillo,
Y partido en dos pedazos
Aquel, y el pueblo sencillo,
Cuenta que rotos los lazos
Dentro del feudal castillo,
Del señor que en él vivía
Con la hermosa castellana,
Su esposa, celos un día
Diéronla muerte inhumana,
Y así el vulgo lo decía:
«Don Nuño, tipo ejemplar
De hidalgo y de buen guerrero,
Llegóse un día á ausentar,
Porque era su orgullo fiero
Con los moros pelear.
Partióse, y cuán infeliz
El tal se consideraba
Muy lejos de su Beatriz,
Que con pasión ciega amaba,
Siendo por ella feliz.»

Y cuentan, «que ya partido
No causó á Beatriz dolor
La ausencia de su marido,
Pues de aquel hombre el amor
Nunca fué correspondido.
Pliegos á Beatriz mandaba
Don Nuño, de estraña tierra,
En donde cuenta le daba
De los giros de la guerra,
Y Beatriz no contestaba.
Por lo que de angustia preso,
De Don Nuño el corazón,
De su amor en un exceso,
Metió espuelas al bridón,
Y decidió su regreso.
Y al entrar en su castillo
Por una puerta escusada,
Notó de una luz el brillo
En el cuarto de su amada,
Y levantando el rastrillo
Avanzó con precaución,
Subió torcida escalera
De vetusto torreón,
Y de Beatriz, su alma entera,
Penetró en la habitación.
Ella, pálida, mortal,
Estraviados los ojos,
Desordenado el brial,
Y después, con mil sonrojos,
Contempló al señor feudal,
Que ya en iras se abrasaba
Por desnudar el acero,

Que más tarde muerte daba
A arrogante caballero,
Que en un tapiz se ocultaba.
Y después, en su furor,
Con damasquina gumía,
Viendo ya su deshonor,
Ciego, el corazón partía
De Beatriz, su inmenso amor.»
Y desde entónces labrar
Mandó en su feudal escudo
Aquel mote singular...
Que esplica en lenguaje mudo
Aquella historia vulgar.



EL TOLDO

Quitándole á las luces
Del Mediodía
Esos tonos brillantes
Que nos deslumbran,
Pueden verse en los pátios
De Andalucía,
Los protectores toldos
Que allí se encumbran.
Ellos del sol esquivan
Los rayos rojos,
Que más opacos llegan
Hasta las flores,
Y ellos hacen más tarde
Que nuestros ojos,
Con el sueño se cierran
Y los calores.
El pátio que es un nido
De luz y aromas,
Queda con esos toldos,
Por el Estío,
Como una oscura gruta
Donde las pomas,
Exparcen sus perfumes
En lo sombrío.
Por su influjo los pátios

Tienen frescura,
Que convida al descanso
Si en la floresta,
Se percibe la esencia
Suave y pura,
En las horas de calma
Que trae la siesta.
Bajo sus anchos pliegues
Canta el canario,
Que dá al viento sus notas
Siempre divinas,
Y emigrando, más tarde
Del campanario,
A sus alambres vienen
Las golondrinas.
La fuente que murmura
Con gratos sonos,
Con el agua más fresca,
La sed apaga,
Bajo los toldos zumban
Los moscardones,
Y el áura de la tarde
Suspira y vaga.
Visto desde los hierros
De la azotea,
Parece blanca vela
De algún navío,
Que el viento de la tarde
Besa y orea,
Por librarla del fuego
Que dá el Estío.
¡Cuántas veces mis sueños

Halagadores,
Debajo de esos toldos
De Andalucía,
Acaricié soñando
Con mis amores,
Y los conceptos vagos
De la poesía!
De niño dieron sombra
Siempre á mi cuna,
Llevando á mis ensueños
La dulce calma,
Libre de los vaivenes
De la fortuna,
Y de esas tempestades
Que sufre el alma.
Hoy, cuando el sol ardiente
Su luz envía,
Busco su protectora
Sombra, que es grata,
Y mi cansado espíritu,
Más se estasia,
Oyendo de las aves
Dulce fermata.



UN GUERRERO INFANTIL

De un bastón hace caballo
Y de una caña una espada,
Un hermoso niño rubio,
Que su vocación declara
En los infantiles juegos
A que constante se lanza;
Teniendo solo seis años,
Sueña con ganar batallas
Y con mandar un ejército,
Adquiriendo gloria y fama,
Lo mismo que sus abuelos
En mil gloriosas campañas.
Más que los libros, le gustan
De soldados las estampas;
Más que estudiar, el dar palos
A todos sus camaradas,
Y arrastrando por el suelo
Un largo sable de lata,
Y poniéndose postizas
Bigote y muy luengas barbas,
Decir que él es un guerrero,
Que es orgullo de la patria,
Que no conoce el peligro
Ni el enemigo le espanta.

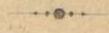
Y es de verlo cuando al frente
De los otros niños marcha,
Con qué grave contoneo
Su bastón-caballo arrastra,
Ostentando con orgullo
En el pecho roja banda.
Dá las órdenes de mando,
Con vocecita atiplada,
Y desdeña á los cobardes
Que mira derramar lágrimas,
De resultas de algún chirlo
Que cualquiera le causara.
«¡Adelante, no haya miedo
En contra de esa canalla
Y que nadie atrás se quede!»
Con gran energía exclama,
Y corre hácia los muchachos,
Que huyen á la desbandada,
Y él, con sonrisa de triunfo,
Por entre los suyos pasa.
¡Quién sabe si el niño hermoso
Sus sueños verá mañana
Realizarse, siendo acaso
Una gloria de su patria,
Cuando por fulmíneo acero
Trueque su espada de caña!



EL TROMPETA

No descansa la metralla
En su horrísono fragor,
Y todo es luto y horror
En el campo de batalla.
El sol que su luz envía
No llega á las posiciones
Entre el humo de cañones
Y el de la fusilería.
Al entusiasmo despiertos
Los combatientes se crecen,
Mientras que sembrar parecen
El fértil campo los muertos.
Todo á la patria se inmola,
Enmedio el noble ardimiento,
Mientras ondea en el viento
Nuestra bandera española.
El ejército leal
Es conjunto de leones,
Que acata las instrucciones
Del capitán general,
Que aprovecha los instantes
Para ordenar un embite,
Mientras órdenes trasmite
A todos sus ayudantes.
Los batallones aprisa,

Marchan hácia el enemigo
Para darle algún castigo:
La batalla está indecisa.
¡No retroceder por nada!
Dice el jefe, sin desmayos,
Mientras del sol á los rayos
Brilla su fulmínea espada.
A poco, la muerte impía
Deja de sangre teñido
El campo, así convertido
En una carnicería.
Hasta que un pobre trompeta
Al lado del general,
Con arrogancia marcial,
Dá el toque de bayoneta.
El enemigo, mermada
Su fuerza en extraordinarios
Esfuerzos, cree son contrarios
Y se huye á la desbandada.
Así que por esta treta
Se salva la situación,
Gracias al gran corazón
De aquel valiente corneta.
¿Si obtuvo un lauro especial
El corneta? ¡maravilla!
Obtuvo una cruz sencilla...
Y un ascenso el general.



LA PRENSA

Lleva en su seno el amor
A toda sublime idea;
Lo mismo narra que crea
Del entusiasmo al calor.
Fe inquebrantable, valor,
Abnegación, heroísmo,
Esperar á un tiempo mismo
La gloria ó la apostasía;
Este es el titán del día,
El moderno periodismo.
Para él no existen fronteras;
Esparce luz á torrentes,
Y con ecos diferentes
Llega á todas las esferas.
De muy diversas maneras
Vá influyendo en la opinión;
Difunde la ilustración
Y el espíritu levanta,
Y sus vuelos agiganta
En serena discusión.
El bebe las impresiones
En donde la vida alienta,
Y paladín se presenta
De las más nobles acciones.
Respondiendo á altas misiones,

La atención del mundo llama;
Del génio el triunfo proclama,
Y hace que por modo vário,
Unos tengan su Calvario
Y otros consigan la fama.
También, á veces, sin freno,
A su misión no responde,
Y como el reptil, se esconde
Para verter su veneno.
Vive en asqueroso cieno,
Y nuevo Luzbel, airado,
Envilecido, arrojado,
Sabe maldecir sin tasa,
Pero el umbral no traspasa
De ningún hogar honrado.
¿Qué mucho que nuestros ojos
Contemplan estos errores?
Entre las lozanas flores
Véanse, también, los abrojos;
En el corazón enojos,
Y al lado de la clemencia
El rigor y la violencia;
El ódio, junto al amor,
Junto al cuervo, el ruiseñor,
Junto al crimen, la inocencia.
Ferviente propagandista
Del *cuarto poder* llamado,
Al que dá fuego sagrado,
Será siempre el periodista.
Jamás cede en su conquista,
Ni el desaliento le abruma,
Que él las voluntades suma

Y reputaciones labra,
A influjos de la palabra
A que dá forma su pluma.
Obrero que jamás ceja
En su labor incesante,
Con entusiasmo anhelante
Nunca su trabajo deja.
Rompe de la idea vieja
El molde en que esta yacía,
Le dá otro nuevo, y poesía,
Y á la opinión siempre oyendo,
Medita, escribe, y vá haciendo
El periódico del día.
¡Cuántas veladas sencillas
No roba á su calma ansiada,
Con la cabeza inclinada
Sobre las blancas cuartillas!
Y á veces, ¡cuántas mancillas
Recibe por galardón,
Mientras la propagación
De una idea que enaltece,
Solo por premio le ofrece
Los muros de una prisión!
También en la sociedad
Es en ocasión ilota,
Y aun cuando el mundo lo nota
Consiente tanta ruindad.
Primero, notoriedad,
Luego, el aplauso obligado,
Después, favor suplicado,
Y el deseo ya obtenido,
El periodista al olvido

Y su nombre postergado.
Más ¡ay! que no el desaliento
De él, por eso se apodera,
El progreso es su bandera
Y su luz el pensamiento.
Trabaja con noble aliento,
Que el entusiasmo le mueve,
Nada á su influjo se atreve
Porque en lucha noble y franca,
La prensa es la gran palanca
En el siglo diez y nueve!!



TÍISIS

(A MI MUY QUERIDO AMIGO EL ILUSTRADO MÉDICO Y ESCRITOR D. PABLO GARCÍA)

Apenas cuenta catorce abrilés,
¡Qué hermosa edad!
Y sin embargo la pobre niña
Muere... se vá...
En sus mejillas, que eran dos rosas,
La palidez;
Brilla en sus ojos calenturientos
Un no sé qué.
Se muestra avara de sanas brisas
Para el pulmón,
Al que destroza con sus crueldades
Constante tos.
Todo sonríe cuando ella muere,
Y á revivir
Vuelven las plantas, vuelven las flores,
Que llega Abril.
Las golondrinas también retornan,
Ya vienen, ya,
¡Ay! mientras vuelven y hacen su nido
Ella se vá.
¡Oh sol brillante, señor y dueño
Del cielo azul,
Dale tus besos, dale tu fuego,
Dale tu luz.

Tierra fecunda, que no te cansas
De producir,
Dale la fuerza de tus entrañas,
Dásela, sí.

La pobre niña calla y sonríe,
Piensa en su amor,
Y forma planes halagadores
Su corazón.
Hará viajes, largos, muy largos,
Descansará,
En todos piensa menos en uno...
¡La eternidad!
La roja sangre que de sus labios
Suele salir,
Es solo un vaso que se le ha roto...
¡Niña infeliz!
Vendrán las tardes claras, serenas,
De puro sol,
Y ella en su huerta cojerá flores
Para su amor.
Vendrán las noches de clara luna
Y ella, en su afán,
Allá en la reja, toda impaciente
Le esperará...

Sueños de amores, sueños de amores
Por Dios, huid,
La pobre enferma no vé su sino
Que es el morir.
Cuando el otoño llame á las puertas

Con ruda voz,
Y hojas y flores caigan á impulsos
Del aquilón,
La hermosa niña, del dulce sueño
No volverá,
Y hará un viaje, largo, muy largo,
¡La eternidad!
Cruel arcano, funesta suerte,
Vivir feliz,
Y cuando brinda la vida goces
¡Solo morir!
Mirar la dicha, cerca, muy cerca,
Sentir amor,
Y vivir solo lo que podría
Una ilusión!!



LA HERMANA DE LA CARIDAD

Existe en la tierra un ser
Que consagra sus desvelos
Al humano padecer,
Y que más que una mujer
¡Es un ángel de los cielos!
De la fe y del heroísmo
Es eterna desposada...
Que huye del mundano abismo,
Hospital es su morada,
Las lágrimas su bautismo.
De las pompas mundanales
Dejó las risueñas galas
Vistiendo toscos sayales...
Tomó de un ángel las alas,
De Cristo los ideales.
De su hermoso corazón
Arrancó el amor profundo
Que un día fué su ilusión,
Y es su mayor ambición
¡El amar á todo el mundo!
Que para el amor nacida,
La caridad es su fuerte,
Y su propio ser olvida,
Que es otra vida su muerte
Y halla en la muerte la vida.

En medio de los dolores
Que rodean la existencia,
De dudas y de rencores,
Los abrojos torna en flores
Con su celeste presencia.
En el campo de batalla,
Junto al lecho del dolor
Y sin miedo á la metralla
Que á cada momento estalla,
Tiene su puesto de honor.
Ella es luz que allí fulgura
En medio de la pelea,
Donde la muerte es segura,
Es el bálsamo que cura,
Es la religión que crea.

Angel del cielo venido
Y que por cuidar se afana
Del que sufre dolorido,
Ella es el árbol florido
De la caridad cristiana.



NOTAS DEL ALMA

No te apartes de mí, que tú eres sola
De mi vida la luz,
Y quien disipa todos mis pesares
Eres tan solo tú.
Para mí no hay más goces en la tierra,
Hermosa, que tu amor;
Yo soy la nube que oscurece el cielo
Y tú el brillante sol.
No te apartes de mí, ven á mi lado,
Que no vivo sin tí,
Yo soy Diciembre con sus nieves cano
Tú el perfumado Abril.
Juntos los dos la senda seguiremos
Por dó la dicha está,
Y al vernos dirán todos: ¡cuán felices!
¡Oh, cuánto se amarán!
Deja pasar las sombras de la duda,
Busco en tus ojos luz,
Mieles de amor en tus bermejos labios,
Que mi *todo* eres tú.

LA VIOLETA Y EL ROCÍO

En las orillas de un río,
Vió, con amor, un poeta
Una sencilla violeta
Bañada por el rocío.
Como oyese suspirar
A aquella modesta flor,
El errante trovador
Quiso su cuita escuchar.
«¡Ay de mí, le oyó al momento
A la pobre florecilla;
Soy modesta y se me humilla
Y es mi vida el sufrimiento;
Ya sé que no soy hermosa
Como son las otras flores,
Ni ostentar puedo colores
Cual el clavel ó la rosa.
Pero si pobre nací
Y si entre la yerba vivo,
Decidme ¿por qué motivo
Se me ha de injuriar á mí?
Luchó con mi destconsuelo,
Más el vate en su laud,
Emblema de la virtud
Me llama, que aspira al cielo.

Yo que no puedo brillar
En ostentosos salones,
Prefiero oír oraciones
Del templo en sencillo altar,
Y cuando despunta el día,
Bañada por el rocío,
Yo mis perfumes envío
Hasta la Virgen María.
¿Por qué de la primavera
Soy el heraldo obligado?
Si muchos me han desechado
¿Por qué broté la primera?»
Calló al fin la flor doliente,
Siguió murmurando el río,
Y una gota de rocío
Le contestó dulcemente.
«Cese ya tu desconsuelo,
Porque yo no te abandono,
Bajo del cerúleo trono,
Soy el rocío del cielo.
Y cuando al nacer el día
Caigo en tí, con embeleso,
Es porque yo soy un beso
Que para tí Dios envía.»
Y al conocer al poeta,
Que en el mundo se llamó
Selgas, amante besó
El rocío á la violeta.

GRILLOS DE ORO

Sé que la libertad es muy hermosa,
También sé que es amor un cautiverio,
Más me agrada su luz esplendorosa
Cercada por el nimbo del misterio.
¿De qué me sirve libertad preciada
Y cruzar por el mundo á mis antojos,
Sin ver la clara luz de una mirada
Desprendida del faro de sus ojos?
De nada, bien lo sé, que horas serenas
Y un dulce amor, no más, ciego ambiciono,
Para el que sabe amar no son cadenas,
Pues que esa esclavitud, es solo un trono.
Yo busco el ser esclavo, porque quiero
Amar á una mujer pura y hermosa,
Con el cariño santo y verdadero
De un alma noble, franca y generosa.
Así podré seguir ese camino
Que conduce al país de la ventura,
Así veré cumplido mi destino,
Postrado ante el altar de su hermosura.
Yo tengo un ideal que me he formado
De una mujer cual los querubes bella,
Y en mis sueños de amores ha pasado
Como del cielo desprendida estrella.

La busco por doquier, y no la veo;
La llamo sin cesar, pero no viene,
Y solo con su imagen me recreo,
Y sola la esperanza me mantiene.
Pero, al fin la veré, vendrá á mi lado,
Y ella será mi vida y mi tesoro,
Y he de hallarme en su amor aprisionado,
Que será para mí *grillos de oro*.



EL CUSTODIO DE CÓRDOBA

No hay ciudad que no tenga su custodio,
Una Virgen ó un santo, lo que sea,
En un altar con perfumadas flores
A donde el pueblo acude, y siente, y reza.
Córdoba, la ciudad de mis ensueños,
Que el claro Bétis con sus ondas riega,
Tiene también su egida y fiel amparo
En un Arcángel que por ella vela,
En un patrono que jamás la olvida,
Remate de las torres cordobesas.
¡San Rafael! tu bendecido nombre
Invoca el pueblo en sus amargas penas,
Que tú conjuras del pesar el luto,
Y el rayo, asolador, de las tormentas.
¡Cuántas veces al pié de tus altares
He vertido la lágrima primera
Que arranca el sufrimiento, y te he pedido
Consuelo bienhechor á mis tristezas!
Y cuántas otras penetré en el templo
Donde tu imagen santa se venera,
Y he pensado, á mis solas, que la vida
Solo en la fe y en el amor empieza!
.....
¡Madre del corazón! tú no me escuchas
Y cuando el día del Arcángel llega,

No voy contigo al templo misterioso,
Ni aquí en mi hogar presidirás la mesa,
Ni te daré mis cariñosos besos...
Ni tú me besarás... ¡ay! quién pudiera
El estar junto á tí, solo un momento
Volar al cielo, abandonar la tierra,
Haciendo provisión de tus caricias,
De la luz de tus ojos ¡de tu esencial
Más nó, que tú me ves, tú me bendices;
Para mí son tus ojos las estrellas,
La aurora tus sonrisas, y la noche
Tu bendición, tus besos, tus tristezas...!!



PERLAS Y LÁGRIMAS

A las lágrimas comparo
Con las perlas de la mar,
Iguales son en su origen,
Nacen en la obscuridad,
Las unas bajo las olas,
Las lágrimas donde están
Los más puros sentimientos
Del amor y la amistad,
Donde las pasiones rugen
En constante batallar,
En las rosadas mejillas
De encantadora beldad
Tan hermosa cual las Vírgenes
De severa Catedral.
¿Qué son lágrimas? son perlas,
Perlas que rodando van,
Los congelados suspiros
De un alma que errante está
Caminando por la tierra
En busca de un ideal.
¿Qué son las perlas purísimas
Que buscan la obscuridad
De la concha nacarada?
Son... las lágrimas del mar

Que tras el fuerte oleaje,
Tras la ronca tempestad,
Cuando las olas sumisas
Vienen la playa á besar,
Parece que están llorando
Por el furioso huracán,
Que hundió la velera nave
En su límpido cristal.
Las lágrimas son consuelo,
Las perlas fastuosidad;
Las primeras, destinadas
A los que sufriendo están,
Y las segundas al cuello
De una hermosa en el collar
Que aprisiona su garganta
Amasada con azahar.
¡Cuántas veces esas perlas
Las lágrimas costarán!
Y cuántas estas acaso
En perlas se han de tornar.
¡Oh juventud del cariño!
Amor que velando estás
De la pasión los altares,
Díle á la dicha fugaz
Que vale más una lágrima
Que perlas que guarda el mar.



REVELACIONES

—Voy á decirte un secreto,
Le dice una niña hermosa
A su madre, con sonrisa
Celestial y seductora;
Pero habrás de prometerme
A nadie decirlo...

—Tonta.

—Bueno, perdóname madre
Pero me avergüenzo, y pocas
Habrán de ser mis palabras,
Mas yo quiero que conozcas
Lo que hace tiempo me pasa,
Lo que la calma me roba,
Lo que por las noches hace
Que piense á todas las horas,
No en los pájaros y flores
Que cuarto y ventana adornan,
Pienso, en un ser misterioso
Que en derredor de mí flota,
Y parece, madre mía,
Que me dá un beso en la boca,
Diciéndome dulces frases
Que nunca escuché, y ahora
Las oigo á cada momento;

¿Es esto malo, ó no importa?
—Esas son visiones, hija,
Que en tu cerebro se forjan,
Dijo la madre, poniendo
La faz pensativa y torva.
— N6, madre, son realidades
Que de continuo me acosan;
Y ¿sabes tú desde cuando?
Desde que Andrés en las horas
Que su estudio le permite
El vagar, me cuenta historias
De purísimos amores,
De dos almas seductoras
Que se amaron, siempre, siempre,
En una región ignota.
¿Qué es el amor? dí, las aves
Deben ser muy amorosas,
Porque ayer Andrés me dijo
Indicándome la copa
De un árbol, en donde había
Dos palomitas, ¡qué hermosa
Es la vida así! ¿Me quieres?
Díjome, y pronto mi boca
Con mi corazón, le dieron
Su respuesta afirmatoria.
Lo de Andrés ¿es amor, madre?
Yo en él pienso á todas horas.
Nada respondió la anciana
A los trinos de su alondra,
Más estas revelaciones
Supe acabaron en boda.

A LA LUZ DE LA LÁMPARA

Con esa inquietud constante
Y esa singular viveza
Patrimonio de los niños
Que á los pájaros recuerdan,
Cuatro se ven que á los ángeles
Por su hermosura semejan,
Con los cabellos muy rubios
Y las mejillas muy frescas.
Es una noche de Octubre,
Y en torno de blanca mesa,
Con los ojos muy abiertos
Y con la atención alerta,
Cuentos de brujas y endriagos
Escuchaban de su abuela,
Que sus ócios entretiene
En tanto, con la calceta,
A la luz de vieja lámpara,
Que de verde cordón presa,
Baja de las negras vigas
Disipando las tinieblas.
—¡Dígame usted otro cuento
Abuelita! una leyenda,
La del pajarito verde.
—No, no, la de la princesa

Que en sus jardines tenía
Cascadas de oro y de perlas,
Así los niños exclaman,
En opiniones diversas,
Cuales pidiendo el del pájaro
Y estotro el de la princesa.
La abuelita mientras tanto
Rendida al sueño se entrega
Entre el sopor de los años
Y con cabezadas lentas,
Cayéndose de sus manos
La labor, que al suelo rueda.
—Abuelita, ¿y ese cuento?
No vá á decírnoslo? venga.
Despierta al fin la abuelita,
Lanza su tos siempre seca,
Se afirma los espejuelos,
Coje, de nuevo, la media,
Y después del obligado
Pues señor, su cuento empieza,
Con paréntesis de sueño
Que á los niños desespera.
De ánimas lanzan el toque
Las campanas de la iglesia,
Y pausada, al par que grave,
Deja su sillón la abuela
Para conducir al lecho
A su auditorio, que reza
Cruzadas las manecitas
Ante una Virgen de piedra.



FIEBRE DE AMOR

Siempre, en mis horas tranquilas
Hallo mi mayor consuelo,
Cuando me miro en el cielo
De tus hermosas pupilas.
Porque para mí no hay nada
Que cause mayor ventura,
Cual sentir la calentura
Que produce tu mirada.

REMINISCENCIAS DE AYER

Yo siento un grato placer
Que dá trégua á mi pesar,
Si me vienen á buscar
Reminiscencias de ayer.
¡Qué de dulces emociones,
Qué de placeres perdidos,
Y cuántos años corridos
Entre alegres impresiones!
El hogar con sus venturas,
De una madre las caricias,
Las inefables delicias
De otras edades más puras.
Siempre en todo lo pasado
Hay un eco entristecido
Que dice: «¡cuánto has sufrido!»
Y alguno: «¡cuánto has gozado!»
Que trás el negro capuz
De la noche, viene el día,
Trás las penas, la alegría,
Trás de las sombras, la luz.
Yo recuerdo, con cariño,
Aquel tiempo sonriente
En que fulguró mi mente
Con la inocencia del niño.

Y mis juegos infantiles
En las tardes más hermosas
Persiguiendo mariposas
En los risueños pensiles.
Y la estancia solitaria
Donde mi madre dormía,
Y la reja que tenía
Por dosel la pasionaria.
En esa reja, al fulgor
De la luna misteriosa,
Le dí, más tarde, á una hermosa
¡El primer beso de amor!
Aun el vetusto rosal
Me habla en su lenguaje mudo;
Aun contemplo el mismo escudo
En la casa señorial.
Nada encuentro variado
De lo que fué mi ilusión...
Tan solo tu corazón,
Es el que encuentro cambiado.
Tu no eres la misma, nó,
Tu sientes de otra manera;
Tu rigor me desespera,
En cambio el mismo soy yo.
No me atormentes, mujer,
Y no me robes la calma...
Tu no llevas en el alma
Reminiscencias de ayer.



¿SUEÑO Ó REALIDAD?

¿Fué sueño ó realidad? ni lo he sabido,
Ni pretendo saberlo;
Solo sé desde entonces, que yo adoro
A un ser que jamás veo.
Era de noche: solitario y triste
Vagaba por los muros de un convento,
Que la luz de la luna, iluminaba
Con pálidos reflejos.
Absorto, delirante, y embebido
En hondos pensamientos,
Cruzaban las ideas más extrañas
Sin orden ni concierto,
Por los negros abismos que la duda
Abriera en mi cerebro.
Quería ser creyente, y sólo era
Cada vez más excéptico;
Invocaba la fe... jamás venía
A prestarme consuelos;
La lucha era cruel; sorda batalla
Reñían con denuedo,
La duda, sierpe que envenena el alma
Y la fe, que es la luz y el sentimiento.
Sentéme en una piedra, que se hallaba
enfrente á un monasterio,

Y á poco oí de un órgano las notas
Impregnadas de amor, y de misterios.
Las religiosas en celeste coro
En angélicas voces prorrumpieron
Despertando en mi alma todo un mundo
De amor y de recuerdos.
Fijé la vista en las espesas rejas
Que tenía el convento,
Y contemplé ante mí, lleno de asombro,
¡una virgen, un ángel, algún sueño!
Una mujer de faz encantadora
Envuelta en blancos velos,
Que á luz de la luna parecía
Obra del cincel griego;
Una hermosa escultura, que llevaba
Un espíritu dentro.
Caí de hinojos, contempléla absorto
Y al escuchar el eco
De su voz armoniosa que me dijo:
—¡Ama y espera...!—Espero;
—Dije lleno de amor;—más oye, estatua,
Mujer, ángel, deseo,
Yo solo puedo amarte, y si esperara,
¡Sólo en tu amor espero!...

Después desapareció, para no verla
Desde el instante aquel, y yo no puedo
Amar á otra mujer, porque aun ignoro,
Si existe en realidad, ó ha sido un sueño.



AURORA Y OCASO

—Abuelito, estás muy triste
Y hay en tus miradas sombras
Que en tí no he visto otras veces
Y en tus ojos se amontonan.
Dime: ¿es que ya no me quieres?
¿Por qué algunas veces lloras
Y otras muchas ocultaste
Tus suspiros y congojas?
—No té apures, hijo mío,
Es que pienso, con zozobra,
Que pronto vendrá la muerte
Que la frágil vida corta,
Me arrancará de tu lado,
Y ¡ay! que la pena me ahoga;
Quedarás solo en el mundo
¡Sin tu abuelo, que te adora!
—No tal, abuelito; dime
La muerte ¿no es otra cosa
Que irse á otros mundos mejores?
¿No es un viaje á la gloria?
¿No me has dicho muchas veces
Cuando la noche de sombra
Tendía su negro manto,
Que mi madre cariñosa,

Sin que yó me apercibiese,
Desde el cielo en donde mora
Venía por darme un beso
A mi lecho? pues ¿qué importa
Entónce la muerte? mira,
Si tú vas con ella ahora,
Cuando la noche se acerque,
Vendreis los dos á mi alcoba
Y me dareis vuestros besos,
Y me contareis historias...
— ¡Hijo mío!—dice el viejo
Con voz sentida y temblona,
Tienes razón, ya no abrigo
Más temores ni zozobras...
Tú eres la luz que renace,
Y yo, en cambio, soy la sombra.
Aunqué yo muera, descuida,
Que no estarás solo... ¿lloras?
A mis brazos, vieja encina,
Y tú yedra trepadora,
Quiero aspirar los effluvios
De candor, que hay en tu boca.



EL VOTO À LA VIRGEN

Caminito de la aldea
Muy triste marcha la niña,
Los ojos llenos de lágrimas,
Muy pálidas las mejillas,
Descoloridos sus lábios,
Que en otro tiempo eran guindas,
Y una tristeza inefable
En sus azules pupilas,
Donde las luces asoman
De esas auroras divinas
Que bañan á nuestro espíritu
En hondas melancolías.
Va descalza, y su pié breve
Con lento paso camina;
Lleva las manos cruzadas,
Y en su actitud affigida,
Cuando mira al cielo, llora,
Y cuando á la tierra mira,
Solo vé en derredor suyo
Los árboles que se inclinan
Para besarla en la frente
Con sus hojas amarillas.
Más, avanza en su camino,
Hasta que al cabo rendida
Se sienta junto á una fuente,

Cuyas aguas cristalinas
Mas se acrecen con las lágrimas
Que se desprenden tranquilas
De sus ojos, que parecen
Dos cielos, que se adivinan
Bajo el pabellón obscuro
De sus pestañas, que oscilan
Como pistilos oscuros
De pasionaria que brilla
Entre el ramaje frondoso,
Como lágrimas del día.
—¡Madre de los pecadores!
Exclama la pobre niña,
Salvad á mi santa madre
Conservándole la vida,
Que ella es mi apoyo en el mundo,
Mi bien y toda mi dicha:
Si así lo haceis, yo os ofrezco
Como voto, Virgen mía,
Cortar mis rubios cabellos,
Poniéndolos en la ermita
Y en el altar do entre flores
Te elevas, Virgen Santísima.
Exhaló tristes sollozos,
Vino la noche sombría,
Y á la mañana siguiente,
Y en el acto de la misa,
Los vecinos de la aldea
Contemplaron en la ermita
La cabellera dorada
De la hermosa y triste niña,
Que como rayos de oro
Acariciaban las brisas.

LOS COMEDIANTES DE ANTAÑO

Montados en rocinantes
Que un carro van custodiando,
De pueblo en pueblo vagando,
Así van los comediantes.
Que por dar culto á Talía
Y por ganarse el sustento,
Llevaban esparcimiento
A las gentes, y alegría.
Carácter irresoluto,
Pobre ropa, buen humor,
Inflexibles á el amor
Y el bolsillo muy enjuto.
Así el comediante era
En aquella edad pasada,
Del duelo por la tapada
Y de la audacia altanera.
En que Quevedo escribía
Y el gran Velázquez pintaba,
Y el conde-duque imperaba
En la hispana monarquía.
Mientras en revuelto giro,
Jamás de placeres hartó,
Gozaba Felipe cuarto
En las fiestas del Retiro.
En mes de cálido estío,

Cuando el sol con fuerza arde,
Al comenzar de una tarde
Y por la orilla de un río
Marchan por ganar instantes
En nube de polvo envueltos
Y ya á trabajar resueltos,
Los antiguos comediantes.
Que han de dar como función,
En sentando sus reales,
Los *Autos sacramentales*
De Don Pedro Calderón.
Allí la primera dama;
Y el galán con el gracioso,
Y el empresario furioso,
Porque del galán se escama,
Todos marchan al lugar
Donde los han contratado,
Y ya el pueblo entusiasmado
Les ha salido á esperar.
Ya miran los azulejos
De una iglesia la alta torre...
Y el manso río que corre
Murmurando allá á lo lejos.
Llegaron, y es de rigor,
Cual sucede en casos tales,
Suenen los ecos marciales
Que se escapan de un tambor.
Los comediantes su cháchara
Agotan, para después
Anunciar un entremés,
Un sainete ó una jácara.
Y á poco el teatro armado

De la plaza en un rincón
Dá comienzo la función
Ante el pueblo embelesado.
Y ante cuadro tan estraño,
Como el que pintando voy,
Los comediantes de hoy
Se reirán de los de antaño.



FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA

Tras la penosa y terrenal jornada
Donde perdí no pocas ilusiones,
He conseguido, al fin, la paz ansiada;
Que lejos del bullir de las pasiones,
De la ambición, la duda y el desvelo,
Laten con más vigor los corazones.
Aquel amor que persiguió mi anhelo,
Puesto que en él cifré mi vida entera.
Bendijo Dios, me devolvió el consuelo,
Y hoy con mi amante y dulce compañera,
Consigo, ni envidiado ni envidioso,
Vivir feliz, sin la ambición que altera,
Halla en modesto hogar mi alma reposo,
Sin ver de torpe gente los errores,
Ni de la envidia el áspid cauteloso.
Vosotros, del hogar los detractores
Decidme ¿qué otro bien mayor se alcanza
En donde están la dicha y los amores?
Por norte de la vida, la esperanza,
La fe, que es del espíritu sustento,
Y el iris de la paz, que es la bonanza,
Alejan el error y el sufrimiento,
Y dejan deslizar nuestra existencia

Embragada en un dulce sentimiento.
¡Tener siempre tranquila la conciencia!
¿Puede hallar el mortal mayor fortuna?
Ni oro, ni aplausos, ni poder, ni ciencia.
A la modestia el bienestar se aduna,
Conviene no torcerse en el sendero
Y huir de la lisonja inoportuna.
En esas noches del lluvioso Enero,
Sin nécias ambiciones, sin hastío,
Escucho cual descende el aguacero
Y ante la llama que combate el frío,
Pongo mis ojos llenos de ternura
En los grandes y hermosos del bien mío.
A veces, suspendiendo la lectura
A que me entrego, con placer no escaso,
Me recreo en su célica hermosura,
Sigo su pensamiento paso á paso,
Y leyendo en sus ojos un deseo,
De sus reservas el dintel traspaso.
En las desdichas del amor no creo,
Y es porque al ver el mío tan cumplido
Flores, jamás abrojos, siempre veo.
Labra el ave, feliz, su amante nido
Y halla su bienestar y su ternura
Lejos de la asechanza y del ruido:
Así busqué, con ánsia, la ventura
Y hoy es todo mi bien y mi consuelo
Ver el rostro bañado de dulzura
Que muestra en su cunita el pequeñuelo,
Mientras su madre, eterna guardiana,
Vá andando de puntillas sobre el suelo.
Tocan, después, las aves á diana,

Exhala mi ángel su primer arrullo,
Vá surgiendo la luz de la mañana,
Promueve el viento su especial murmullo
Y el hijo mío, que feliz reposa,
Finje temprano halagador capullo:
¿Qué mucho, si ha nacido de una rosa?
Debo decirlo, pues lo tengo á gala,
En lo buena, sencilla y candorosa
Nadie á mi amante compañera iguala.
Pues que por ella, con placer aspiro
El puro aroma que mi amor exhala,
Bendiga Dios mi dicha y mi retiro,
Que libre de pasiones y de dolo,
En la jornada mundanal aspiro
A verme amado, y á querer tan solo.

.
.

ÍNDICE



	<u>Páginas.</u>
<i>Carta prólogo..</i>	3
PARTE PRIMERA.— <i>Proemio.</i>	7
<i>A Córdoba.</i>	9
<i>Al poeta Grilo en su regreso á Córdoba.</i>	15
<i>La guitarra.</i>	18
<i>El vino de Montilla.</i>	21
<i>A Andalucía.</i>	23
<i>Ecos del valle.</i>	27
<i>Un recuerdo de Sevilla.</i>	29
<i>Las huertas de mi patria.</i>	31
<i>El pinar.</i>	34
<i>En la era.</i>	36
<i>La noria.</i>	38
<i>La feria de Córdoba..</i>	41
<i>El otorgo.</i>	50
<i>¡A la Arruzafa!</i>	56
<i>Una juerga á orillas del mar.</i>	64
<i>Mis dos noches buenas.</i>	71
<i>La guitarra y los palillos.</i>	76
<i>A una malagueña.</i>	79
<i>Ecos de la guitarra.</i>	81
<i>Los balcones de Andalucía..</i>	84
<i>La gitanilla.</i>	86
<i>Los claveles.</i>	88
<i>Nuestros aromas.</i>	90

<i>La belleza de mi barrio.</i>	93
<i>Cuadro de luz.</i>	95
<i>Mi patria.</i>	97
PARTE SEGUNDA.—NOTAS ÍNTIMAS.— <i>¡Magdalena?</i>	103
<i>¡Sacrilegio!</i>	105
<i>La caja de mis recuerdos.</i>	106
<i>Historia de un beso.</i>	108
<i>Mis funerales.</i>	110
<i>¡Era un ángel!</i>	112
<i>A la luz de la luna.</i>	115
<i>La urna de la Virgen.)</i>	117
<i>El amor muerto.</i>	119
<i>Lo que es el mundo.</i>	121
<i>El álbum de retratos..</i>	123
<i>Tu y yo..</i>	125
<i>Todo negro..</i>	126
<i>Ecos del alma..</i>	128
<i>Como ayer..</i>	129
<i>Meditación..</i>	131
<i>Velando su sueño..</i>	132
<i>Nocturno.</i>	134
<i>Insomnio.</i>	135
<i>Las campanas de mi lugar.</i>	137
<i>¡Pobre niña!</i>	139
<i>Una madre futura.</i>	141
<i>La muerte del niño.</i>	143
<i>El primer hijo..</i>	145
<i>Su corazón..</i>	147
<i>La emigración..</i>	149
<i>La Inmaculada Concepción.</i>	152
<i>La primera golondrina..</i>	154
<i>Sueños.</i>	156
<i>El expósito..</i>	158
<i>La iglesia del lugar..</i>	160

<i>La cuna y el ataúd.</i>	163
<i>La ilusión.</i>	165
<i>El devocionario.</i>	167
<i>¡Ay!</i>	169
<i>Mi calcario.</i>	170
<i>Mi deseo.</i>	171
<i>Su escultura.</i>	172
<i>Al volver.</i>	174
<i>Rimas.</i>	175
<i>La difteria.</i>	179
<i>Madrigal.</i>	180
<i>¿Qué es el amor?</i>	181
<i>A una niña recién vestida de largo.</i>	182
<i>Vaguedades.</i>	183
<i>La flor seca.</i>	185
<i>El guardapelo.</i>	186
<i>La paz de la aldea.</i>	187
<i>El niño fosforero.</i>	190
<i>El abuelo.</i>	192
<i>Mi aspiración.</i>	194
<i>Tus cabellos.</i>	196
<i>Sueños azules.</i>	198
<i>Nocturno.</i>	200
<i>* *</i>	201
<i>Ecos perdidos.</i>	202
<i>¿Qué tiempos!</i>	204
PARTE TERCERA.—SONETOS.— <i>¡Madre!</i>	209
<i>A mi padre.</i>	210
<i>En las ermitas de Córdoba.</i>	211
<i>Auroras.</i>	212
<i>Puesta de sol.</i>	213
<i>El primer beso.</i>	214
<i>La cuna.</i>	215
<i>La envidia.</i>	216

<i>El cohete.</i>	217
<i>La cita.</i>	218
<i>Tu espejo.</i>	219
<i>El cura de la aldea.</i>	220
<i>A un libertino.</i>	221
<i>Su mirada.</i>	222
<i>El vicio.</i>	223
<i>El cielo de Andalucía.</i>	224
<i>A una beata.</i>	225
<i>El amanecer.</i>	226
<i>Cuarto creciente.</i>	227
<i>A Cristo Crucificado.</i>	228
<i>¡Málaga!</i>	229
<i>En el circo.</i>	230
<i>El montón de basura.</i>	231
<i>Mi cuna.</i>	232
<i>El vino de Jerez.</i>	233
<i>Con careta.</i>	234
<i>Historia de una perla.</i>	235
<i>La cantaora andaluza.</i>	236
<i>Una lágrima.</i>	237
<i>La choza.</i>	238
<i>El nido.</i>	239
<i>La mantilla blanca.</i>	240
PARTE CUARTA.—ORIENTALES.— <i>Canción morisca.</i>	243
<i>Los amores de Zaida.</i>	245
<i>Zaida.</i>	247
<i>La venganza de Zulema.</i>	250
<i>La pasión del sultán.</i>	253
<i>El caballo del moro.</i>	255
<i>Canción agarena.</i>	257
<i>Los temores de la sultana.</i>	259
<i>La cautiva.</i>	262
<i>Adios á Granada.</i>	264

PARTE QUINTA.—ECOS Y SUSPIROS.—Granada y Zo-	
<i>rrilla.</i>	269
<i>Cuentos de color de rosa.</i>	274
<i>Noche de viaje.</i>	277
<i>Un héroe.</i>	280
<i>La poesía.</i>	282
<i>Al inmortal Angel de Saavedra, Duque que fué de</i>	
<i>Rivas.</i>	284
<i>El minero.</i>	300
<i>El entierro del canario.</i>	302
<i>Salutación.</i>	304
<i>¡El siglo!</i>	307
<i>El rey del gallinero.</i>	310
<i>El tintero.</i>	312
<i>Roma pagana.</i>	315
<i>A la Caridad.</i>	317
<i>El festín.</i>	320
<i>Santa Teresa de Jesús.</i>	322
<i>El canario y la música.</i>	324
<i>La musa del siglo.</i>	327
<i>El autor de el Quijote.</i>	329
<i>Las palmas.</i>	331
<i>La Virgen del Pilar.</i>	333
<i>El Albaicín granadino.</i>	335
<i>El 2 de Mayo.</i>	338
<i>La fuente del castañar.</i>	341
<i>Antes de la batalla.</i>	343
<i>La campana del colegio.</i>	345
<i>La armadura antigua.</i>	347
<i>El libro viejo.</i>	349
<i>Vencedores y vencidos.</i>	351
<i>En un álbum.</i>	353
<i>El corazón de piedra.</i>	355
<i>El toldo.</i>	358

	<u>Páginas.</u>
<i>Un guerrero infantil.</i>	361
<i>El trompeta.</i>	363
<i>La prensa.</i>	365
<i>Tisis.</i>	369
<i>La Hermana de la Caridad.</i>	372
<i>Notas del alma.</i>	374
<i>La violeta y el rocío.</i>	375
<i>Grillos de oro.</i>	377
<i>El custodio de Córdoba.</i>	379
<i>Perlas y lágrimas.</i>	381
<i>Revelaciones.</i>	383
<i>A la luz de la lámpara.</i>	385
<i>Fiebre de amor.</i>	387
<i>Reminiscencias de ayer.</i>	388
<i>¿Sueño ó realidad?</i>	390
<i>Aurora y ocaso.</i>	392
<i>El voto á la Virgen.</i>	394
<i>Los comediantes de antaño.</i>	396
<i>Fragmento de una epístola.</i>	399

